



**KATE DAWSON**

**BUSCANDO  
mi  
CAMINO**

# Contenido

[Título](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Y colorín colorado...](#)

[Un apunte lector](#)

# BUSCANDO MI CAMINO

Kate Dawson

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra será constitutiva de delito y está bajo las sanciones que determinan las leyes.

© Kate Dawson

Portada: Kate Dawson

1ª Edición: noviembre de 2017

# 1

## Unos van, otros vienen

La puerta del apartamento estaba entornada. Pierce se acercó con prevención. Todos sus nervios estaban en tensión y cada uno de sus sentidos alerta. Después de la llamada de Genevieve había cogido las llaves del coche y había salido de su apartamento, en el piso veinte de la Tercera Avenida, con una espantosa sensación de fatalidad.

Atravesó el hall, cruzó el salón y entró en la habitación de su amiga. No era la primera vez que estaba en ese apartamento. Había vivido allí durante tres meses, aunque de eso hacía ya diez años. Un barrido rápido y después de constatar que no estaba allí se apresuró en recorrer la distancia hasta el baño.

Al abrir la puerta todo su mundo se tiñó de rojo y ahogó en su garganta una exclamación horrorizada que lo sacudió desde las entrañas. Corrió hasta la bañera y metió las manos en el agua buscando sus muñecas. Tenía dos largos y profundos cortes verticales en ambos antebrazos por donde se le había escapado toda la sangre.

Escuchó las sirenas de la policía y se quedó allí, esperando a que subieran, sin apartar la mirada de aquel querido rostro que, pálido y exangüe, se había convertido en una pétrea figura de mármol.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres?

Ronald Pattinson miraba a su amigo con preocupación.

Pierce estaba de pie frente al enorme ventanal del despacho de su jefe mirando a la calle. Los diminutos coches y las hormigas humanas que se movían en todas direcciones. Se volvió con la firmeza por máscara y la resolución en la mirada.

—Es lo que quiero.

—¿Cuánto tiempo? ¿Un año? ¿Dos? —Pattinson se levantó para coger dos vasos y llenarlos de whisky. Beber era la única acción que se le ocurría en esa situación.

—No voy a volver —dijo Pierce con media sonrisa.

—No hablas en serio. Es el dolor...

Pierce cogió el vaso que el otro le ofrecía y apuró el contenido de un trago.

—Sí hablo en serio, Ronald. —Dejó el vaso sobre la mesa y avanzó hacia la puerta deteniéndose en medio del despacho—. He dejado todos los casos en orden y le he pedido a Charles que se encargue de lo más urgente mientras buscas a alguien. No hace falta que me pagues finiquito, no lo necesito.

Salió del despacho y su amigo sintió casi alivio al ver cerrarse la puerta. No encontraba más palabras de consuelo. No las tenía. Los últimos días habían sido una montaña rusa en la empresa. Todo el mundo estaba conmocionado tras la muerte de Genevieve. Pero nadie como Pierce. Había sido su secretaria durante diez años y sabía que para él era mucho más que eso. Era su mejor amiga.

Pierce ni siquiera pasó por su despacho, no había nada allí que quisiera llevarse. Tocó el botón de llamada del ascensor y volvió a meterse las manos en los bolsillos. La recepcionista lo miraba de soslayo, no quería que la pillaran cotilleando. Todo el mundo sabía que él había encontrado el cadáver. Algunos decían incluso que ella lo llamó antes de...

La campanilla sonó y las puertas se abrieron. Pierce entró sin echar una última mirada al que había sido casi su hogar durante los últimos años. Pero se volvió en el último momento y su mirada viajó hasta la mesa situada frente a su despacho.

—Pierce... —Escuchó la voz de Genevieve—, no me hagas correr que llevo tacones.

Las puertas del ascensor se cerraron y la cabina se puso en marcha descendente.

Salió a la calle y caminó sin rumbo. Aquella ciudad le resultaba desconocida a esas horas. Le pareció extraño cruzarse con tanta gente que deambulaba de aquí para allá y se preguntó a dónde se dirigirían. ¿Qué clase de vida tendrían?

Después de una hora caminando, ya despejado y centrado en sus planes, se dirigió a su apartamento. Tenía que recoger sus cosas antes de las doce del día siguiente si no quería encontrarse con los nuevos inquilinos estando todavía allí.

El teléfono móvil vibró dentro de su bolsillo y lo sacó de sus pensamientos.

—Niall. ¿Ya de vuelta? —preguntó a su hermano—. ¿Cómo está papá?

—Muy bien —dijo su hermano dejando que Olivia cogiese al bebé—. Lo ha pasado genial haciendo de abuelo, ya sabes.

—Con tanta nieta...

—Y nieto, no te olvides —aclaró Niall, satisfecho.

Pierce sintió una punzada en el costado. Aquella mañana le pidió a Genevieve que comprase el regalo de cumpleaños de Jonas. Cuando la policía lo interrogaba vio el paquete sobre la mesita del salón, perfectamente envuelto y

con un bonito lazo azul.

—¿Lo has hecho? —preguntó Niall.

—Sí, lo he hecho.

Habían pasado horas hablando de ello después del funeral. Niall trató de quitarle la idea de la cabeza, no creía que ayudase en nada que estuviese desocupado en un momento como aquel. Suspiró sin saber si insultarle o decirle lo mucho que lo quería.

—No le has dicho nada a papá.

—Quería darle una sorpresa —dijo Pierce con media sonrisa mirando hacia la izquierda antes de cruzar la calle.

—Pues la sorpresa te la va a dar él —dijo Niall—. Papá ya no vive solo.

—¿De qué hablas?

—Yo me encargo de la papilla —dijo Niall mirando a Olivia antes de salir del salón—. Perdona, Pierce, es que estas cuatro mujeres parlotando no me dejaban escucharte. Cuando llegamos a casa de papá el viernes nos encontramos con una mujer y su hija pequeña. Resulta que viven con él.

—¿Qué? —Pierce se paró en medio de la calle—. ¿Papá tiene un lío?

—¡Pero qué dices, idiota! No es eso —Niall entró en la cocina y empezó a preparar las cosas para la papilla de Jonas—. Al parecer las encontró durmiendo en la playa. No tenían a donde ir y las invitó a pasar la noche. No sé cómo ella acabó consiguiendo que le ofreciese su casa para vivir.

—¿Ha alquilado una habitación? —Pierce empezaba a preocuparse.

—No exactamente. Ella se encarga de mantener la casa limpia y hacerle la comida.

—¿Las mantiene?

—No, la chica trabaja en el *Cofee too*, con Rona y Samuel. Comparte los gastos de la comida y todo lo demás con papá, pero pagar no paga.

—¿Estás seguro de que no se acuestan? —preguntó Pierce pensando que era la evolución más lógica de aquel pensamiento.

—¡Tiene mi edad, Pierce! ¡Pues claro que no se acuestan!

—¿Qué dice Olivia?

—Que lo dejemos en paz. —Niall troceó el plátano y lo añadió a la leche y a las galletas antes de utilizar la batidora—. Que se le veía muy feliz.

—¿Cómo es? —preguntó Pierce apartándose el pelo con preocupación.

—Ese es el caso —dijo Niall apretando el botón de la máquina tres veces—. Ya está, perdona por el ruido. Tan solo las vimos al llegar. Resulta que se iban de fin de semana a no sé dónde.

—Qué raro —dijo Pierce empezando a mosquearse—. ¿Justo cuando llegasteis?

—Eso mismo pensé yo —dijo Niall vertiendo la papilla en un plato—. Si se hubiese quedado podría haberla conocido y ver de qué pie calza, pero así...

—Ya.

—No pasa nada porque ahora estarás tú para controlar la situación —dijo Niall—. Pero hubiese estado bien que le hubieses comunicado a papá que piensas vivir con él.

—Es mi padre —dijo como si aquella frase lo justificase todo.

Pierce bajó del coche y cerró la puerta con la fuerza exacta para que no golpeará demasiado. Fue hasta el maletero y sacó parte de su equipaje, no quería entrar en la casa con todas las maletas y que a su padre le diese un infarto. Dejaría que se enterase poco a poco. Cuando bajó la puerta del maletero se encontró con la penetrante mirada de una niña de unos cinco años con dos trenzas rubias y una expresión curiosa.

—¿Quién eres? —preguntó la niña.

—Me llamo Pierce —dijo acercándose—, soy el hijo de Cary.

El rostro de la niña cambió y una enorme sonrisa iluminó toda su cara. Corrió hacia él y lo abrazó sin que el hombre supiese cómo reaccionar.

—¡Pierce! —exclamó su padre con sorpresa, desde el porche—. No dijiste que venías.

Su hijo trató de disimular la sonrisa maliciosa que pugnaba por salir y se encogió de hombros.

—¡Sorpresa! —dijo caminando hacia las escaleras con la pequeña agarrada al brazo de su maleta.

—Mira abuelo, yo le ayudo —dijo la niña.

Pierce miró a su padre sin poder ocultar el impacto de oír cómo lo había llamado la niña.

—Así que abuelo —dijo al detenerse frente a Cary, antes de darle un abrazo—. Tienes mucho que contarme, por lo que veo.

—¿Pero a dónde vas con esa maleta? —preguntó su padre con el ceño fruncido—. Esto es cosa de Niall, como si lo viera.

—¿Qué pasa? ¿No soy bienvenido en casa de mi padre? —Pierce trató de poner una expresión ofendida sin demasiado éxito.

—Sentí mucho lo de Gene, hijo —dijo Cary, poniéndole una mano en la espalda.

Entraron los tres en la casa. Pierce dejó la maleta y su cartera en el recibidor y siguió a su padre y a la pequeña, que iba de su mano, hasta la cocina.

—Estaba preparando un té, ¿te apetece?

—Mejor café —dijo Pierce apartando una silla para sentarse.

La pequeña se acercó a él y se quedó mirándolo sin ningún pudor.

—No me has dicho como se llama —dijo dirigiéndose a su padre.

Cary se volvió a mirarlos y luego continuó con su tarea.

—Sabe hablar, puedes preguntárselo a ella —dijo.

Pierce miró a la niña y se sorprendió de que una criatura tan pequeña pudiese tener unos ojos tan grandes. Por no hablar de que tenían el color del mar cuando el sol lo ilumina con mayor intensidad.

—¿Cómo te llamas?

—Bonnie —respondió la niña—. ¿Y tú?

—Yo soy Pierce, el hijo mayor de Cary. —Tendió la mano a la pequeña que la estrechó riendo divertida.

—¿Vas a vivir aquí? —preguntó Bonnie.

—Un tiempo.

La niña asintió con la cabeza repetidamente como quisiera dejar claro que entendía todo lo que decía.

—Mi mamá y yo dormimos arriba, en la habitación grande —explicó.

Pierce miró a su padre, sorprendido.

—¿Les has dado tu habitación?

Cary dejó las tazas sobre la mesa y miró a su hijo levantando una ceja.

—Ellas necesitan una habitación más grande, son dos.

—Podían dormir en la de las mellizas —dijo Pierce.

—¿Y qué hacemos cuando vienen?

Pierce miraba a su padre sorprendido. Parecía dar por hecho que iban a quedarse mucho tiempo. Miró a la niña y luego a su padre.

—¿No ve la tele? —preguntó—. Supongo que hará algo, aparte de quedarse pegada a ti todo el día.

Cary lo miró con severidad. Su hijo no tenía práctica con niños, exceptuando a Cas no había tratado con ninguno, y estaba claro que pensaba que la niña allí era un estorbo.

—Bonnie, ve a terminar los deberes del cole mientras yo hablo con mi hijo de cosas de mayores —dijo con suma ternura.

La niña asintió y sin protestar salió de la cocina y los dejó solos.

—¿Pero quién es esa cría? —Pierce iba a hacerse el tonto.

Cary levantó una ceja y miró a su hijo mayor con ironía.

—¿En serio?

—Vale, sí, Niall me llamó...

—¡Este hijo mío...! —Cary se levantó y fue hasta el armario a coger unas

pastas y las puso en la mesa frente a Pierce.

—Papá, yo no como estas mierdas —dijo.

—Son caseras, sin conservantes ni nada de eso. Las hace Sara —explicó su padre.

—¿Sara? ¿Quién narices es esa Sara? ¿Por qué las has acogido en tu casa?

—Porque lo necesitaban.

—¿Y ya está? ¿Esa es la explicación? ¿Vas a recoger a todo el mundo que encuentres tirado en la calle? —su hijo no daba crédito—. ¿En serio no ves el problema?

—No, no hay ningún problema. Las encontré durmiendo en la playa y me interesé...

—¿Durmiendo en la playa? ¿Y no te pareció un motivo suficiente para llamar a la policía?

—¿Llamar a la policía? ¿Por qué iba a hacer semejante cosa? No estaban haciendo nada malo. —Cary lo miraba escandalizado—. ¿Pero tú en qué clase de mundo vives, hijo?

—En la misma clase que tú —respondió con temor. Empezaba a pensar que a su padre le pasaba algo malo—. Eres un hombre inteligente, papá, no me hagas decir cosas que ya sabes. Que una mujer tenga una hija pequeña adorable no significa que sea buena persona. De hecho dice muy poco de ella que la tuviese durmiendo en la playa. ¿Qué clase de madre hace algo así?

—Una madre horrible.

Pierce cerró los ojos un instante maldiciéndose en silencio antes de girarse. De pie bajo el arco de la puerta estaba la que debía ser Sara.

## 2

### Cada uno tiene su tarea

Sus ojos azules, como los de su hija, miraban a Pierce con vergüenza y sus gestos evidenciaban su enorme incomodidad.

—Soy Sara —dijo muy seria sin moverse.

—Hola, yo soy Pierce, el hijo mayor de Cary. —Se levantó y le tendió la mano a modo de saludo.

—¿Dónde está Bonnie? —Sara ignoró el gesto y miró a su alrededor—. ¡Bonnie, vamos, tenemos que hacer un recado!

—No tienes que ir a ningún lado, Sara —dijo Cary mirándola con ternura—. Está claro que Niall ha convencido a Pierce para que venga a espiarte, pero no tienes de qué esconderte.

Pierce miró a su padre con severidad, tampoco hacía falta poner todas las cartas sobre la mesa.

—No pretendía que las cosas fuesen desagradables —dijo—, pero ya que mi padre ha optado por la sinceridad, creo que deberíamos ejercitarla convenientemente. Ambos.

—He hecho té —dijo Cary mirando a Sara.

Ella asintió y fue a por una taza antes de sentarse al otro lado de la mesa, frente a Pierce.

—Me llamó Sara Jarman. Mi hija y yo somos de Pensilvania. Necesitábamos un cambio de aires. Extendí un mapa sobre el capó del coche y le dije a Bonnie que señalase un lugar al que ir. Eligió este pueblecito de la costa. Tu padre nos encontró durmiendo en la playa la noche que llegamos. No había tenido tiempo de buscar alojamiento ni trabajo y estaba cansada de conducir. Saqué unas mantas y las coloqué en la arena, hacía una noche apacible. Nos abrazamos y nos quedamos dormidas...

—Ya sabes que yo madrugo mucho y salgo a pasear todos los días cuando aún es de noche —siguió Cary—. Las encontré abrazadas en la arena y me acerqué a ver si les pasaba algo. En cuanto toqué suavemente a la pequeña, su madre se despertó sobresaltada. Hablamos y le ofrecí una habitación hasta que encontrarse dónde quedarse. Al principio iba a ser solo algo temporal, pero

enseguida descubrí que nos podíamos ayudar mutuamente. Sara era muy reticente a aceptar el trato, pero Bonnie me ayudó con eso.

—¿Por qué os fuisteis cuando vino mi hermano? —preguntó Pierce, que no estaba dispuesto a dejarse embaucar, así como así.

Sara lo miró con aquellos enormes y azules ojos. Pierce se dio cuenta entonces de que tenía una pequeña cicatriz en el labio y otra en la barbilla que le daban a su sonrisa un carácter triste.

—No queríamos molestar —explicó—. Niall tiene una gran familia y venía a pasar sus vacaciones con su padre, no con dos desconocidas. Pensamos que seríamos un estorbo, así que nos fuimos de acampada.

—Vamos a ver —dijo Cary a punto de perder la paciencia—. Que yo sepa soy un hombre adulto y con plenas facultades mentales. Tú, Pierce, me ayudaste a comprar esta casa, pero el dinero que empleamos para ello era mío. ¿Hasta aquí voy bien? —Su hijo asintió un poco violento—. Vale. Yo he decidido acoger a Sara y a Bonnie. No tengo que pedirle permiso a nadie, no tengo que esperar la aprobación de mis hijos, que, por cierto, hacen su vida sin consultarme.

—Papá...

—Déjame acabar —le interrumpió su padre con severidad—. Sara y Bonnie me hacen compañía, me ayudan con la casa y tengo a alguien con quien compartir mis pensamientos. Si yo por mi parte puedo ayudarlas también de algún modo, ¿qué narices tenéis que meteros vosotros?

Sara bajó la cabeza incómoda. No quería ser la causa de una discusión entre padre e hijo y por un momento deseo coger sus cosas y a su hija y largarse de allí. No había dejado Pensilvania para buscarse más problemas. Se puso de pie y miró a los dos hombres.

—Os voy a dejar solos para que habléis con tranquilidad y sin tener que reprimiros por estar yo delante.

—No tienes por qué irte —dijo Pierce—, no he venido a echarte.

—Tampoco podrías —dijo Cary muy serio.

—Papá —le conminó su hijo—. Sara, por favor, siéntate. Quiero que comprendas que solo nos mueve la preocupación por nuestro padre, al que adoramos. Hasta hace unos meses Lewis vivía con él. No es que estuviese mucho por aquí, es músico, seguro que ya lo sabes. —Sara asintió—. Sabemos cómo es y le pierde su enorme corazón.

Sara lo miraba sin un ápice de cordialidad.

—Si lo que crees es que me estoy aprovechando de tu padre —dijo con cierta soberbia—, te equivocas.

—Mi padre es un hombre adulto —dijo Pierce con media sonrisa—, y toma

sus propias decisiones.

—Me alegra ver que lo tenéis claro —dijo Cary.

Pierce miró a su padre a los ojos.

—No he venido de visita —dijo muy serio—. Estoy aquí para quedarme. Si no te parece mal.

Cary lo miró extrañado pero no molesto.

—¿Has dejado el trabajo?

Pierce asintió.

—Necesito alejarme de todo por un tiempo, hasta que sepa lo que quiero hacer con mi vida —dijo.

Cary puso una mano en su hombro.

—Aquí sois siempre bienvenidos, hijo.

Cenaron juntos y charlaron amigablemente como si todo fuese de lo más normal. Cary solía retirarse después de la cena para leer cómodamente metido en la cama. Era muy madrugador, se levantaba todos los días a las cinco de la mañana, preparaba un café que tomaba solo y salía a pasear por la playa hasta que se hacía de día. Al regresar encontraba a Sara preparando el desayuno para los tres y se sentaba con ellas hasta que ella se iba a la cafetería.

Cary le había conseguido un trabajo allí, conocía bien a Samuel, el dueño, y sabía que necesitaba una camarera. Sara se había hecho enseguida con la metodología del puesto y todos estaban contentos con la situación. En especial él.

Cuando Lewis se marchó a Nashville le pareció lo más normal, era joven y tenía una cierta fama dentro del mundo de la música country. ¿Qué pintaba él viviendo con su viejo padre en Maine? No tenía sentido. Pero tenerlo de vez en cuando allí parlotando sobre giras y conciertos o tocando su guitarra, de la que parecía no poder separarse, había llenado su vida desde que Susan la dejara tan vacía.

Sara lo observó mientras abandonaba la cocina y con una expresión de cariño, que no escapó a los ojos de Pierce, se levantó para recoger los platos.

—Ya veo que mi padre no mueve un dedo —dijo recogiendo también.

—Cada uno tiene su tarea —dijo Sara empezando a llenar el lavavajillas—. Tu padre se encarga de cuidar de Bonnie para que yo pueda trabajar. Juntos hacen la compra todos los días y cada uno se encarga de arreglar su habitación. ¿Verdad, Bonnie?

La niña asintió muy seria.

—Yo hago mi cama toooooodos los días —dijo dándose importancia.

Pierce la miró asintiendo con expresión de exagerada admiración.

—Mira, tengo un móvil —dijo la niña sacándolo de su bolsillo y mostrándoselo—, y tiene un botón de emergencias para cuando Cary y yo estamos solos.

—Vaya, vaya, eres toda una señorita —dijo Pierce.

—Una señorita que se va a la cama ahora mismo —dijo Sara secándose las manos.

Pierce las observó salir de la cocina y suspiró al tiempo que se apartaba el pelo de la cara. Aquella parecía una maldita familia feliz.

Cuando Sara salió al porche, como todas las noches, se encontró con que Pierce se le había adelantado y le había quitado su sitio en el columpio en el que ella se sentaba a contemplar el mar y a leer. Así que se quedó un poco cortada sin saber qué hacer.

Pierce se columpiaba hacia delante y hacia atrás suavemente, con una cadencia constante y controlada. Parecía relajado.

—Puedes sentarte aquí —dijo poniendo la mano en el asiento que había junto al suyo—. No voy a comerte, lo cierto es que cocinas muy bien y ya he comido demasiado. Aunque me vendría bien dar un paseo. ¿Qué me dices? ¿Te vienes? Será una buena manera de que nos vayamos conociendo.

Sara se encogió de hombros primero y después asintió.

—Bien —dijo él poniéndose de pie—. Hay una buena luna y podemos caminar por la playa, si quieres.

Sara volvió a asentir y bajaron las escaleras de la casa hacia la arena. Se quitaron los zapatos y caminaron descalzos sintiendo el frescor de la noche en los pies.

—Tengo entendido que eres inversor —dijo Sara.

Pierce asintió mirándola un momento.

—Lo era hasta ayer, sí —dijo.

—No sé exactamente qué es eso —dijo Sara—, es esa clase de trabajos que ves en las pelis o las series de televisión en la que los protagonistas llevan trajes caros y se mueven de un lado a otro como si estuviesen haciendo algo muy importante, pero en realidad lo único que hacen es hablar.

Pierce la miró con una enorme sonrisa, la primera en muchos días.

—Acabas de explicar con claridad meridiana lo que ha sido mi vida los últimos diez años.

—Según tu padre ganas mucho dinero sin producir nada. —Sara sonrió con

malicia.

—Mi padre es un sabio desaprovechado —afirmó Pierce—. Él trabajó en el mismo taller mecánico durante toda su vida. Aún existe, ¿sabes? En Brooklyn. Cuando era un crío me pasaba las horas allí con él, me encantaba el olor a grasa y el sonido de los motores.

—Dice que eras capaz de reconocer un coche por el sonido de su motor.

Pierce sintió cierta nostalgia al recordar aquella época.

—También dice que hubieses sido un fabuloso mecánico, que tenías un don especial para ello —siguió Sara.

—Siempre creyó que montaría mi propio taller —dijo Pierce metiéndose las manos a los bolsillos—. Y que me casaría con Lucy y que tendríamos tres hijos.

Sara sonrió abiertamente.

—Deduzco que no acertó en nada.

—Bueno, Lucy tiene tres hijos, pero yo no tuve nada que ver. Se casó con Travis, mi mejor amigo del instituto. Hace mucho que no les veo —dijo con nostalgia—.

—¿No te gustaba tu trabajo? —preguntó ella.

Pierce se encogió de hombros.

—Me gustaba el éxito —confesó.

Siguieron caminando durante unos minutos en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos.

—¿Y tú? —preguntó él cuando se cansó de recordar—. ¿A qué te dedicabas en Pensilvania?

—Tenía una floristería —dijo escuetamente.

—Vaya —dijo él extrañado—. ¿Tenías un negocio? Resulta extraño pensar que lo dejases todo y te marchases a la aventura con una niña tan pequeña. ¿Y el padre de Bonnie?

—Murió... en un accidente de coche —dijo ella esquivando su mirada.

—Lo siento mucho —dijo él con sinceridad.

—Al quedamos solas comprendí que no quería estar allí. —Se quedó unos segundos pensativa—. Es curioso. Cuando no tienes nada y puedes volar es muy difícil escoger tu camino.

—¿Por eso dejaste que fuese Bonnie la que señalase un lugar en el mapa? —Sonrió y Sara asintió—. ¿Y cuáles son tus planes?

—No soy una estafadora, no quiero nada de Cary, aparte de su amistad y su cariño.

—No te pongas a la defensiva —dijo él—. Mi padre está feliz de teneros con él y yo no tengo nada que decir a eso. Es un hombre adulto y toma sus decisiones. Además me da la impresión de que le encanta cuidar de Bonnie.

—Es un gran hombre —dijo Sara asintiendo—. Y estaba muy solo...

—Quise que se viniera a vivir conmigo —dijo Pierce rápidamente—. Tenía un ático enorme en Nueva York...

—No quería decir...

—No te preocupes, lo entiendo —la tranquilizó—. Lo cierto es que las cosas no deberían haber sido así para él. No debería estar aquí solo.

—Me contó que Susan y él prepararon durante años venirse a vivir aquí cuando se jubilaran.

Pierce asintió.

—Sí, desde niño les escuché hablar de ello. Era su sueño. Mi madre quería una casita con jardín y mi padre que estuviese frente al mar.

—Es muy triste que ella no pudiera acompañarle —dijo ella con expresión apesadumbrada—. Se merecían haber envejecido juntos.

—Mi madre era una mujer extraordinaria. Supongo que todos los hijos piensan eso de sus madres, pero de verdad que era... increíble. Nunca la escuché quejarse por nada, no dejaba que hablásemos mal de nadie. Tenía una sonrisa dulce y era increíblemente cariñosa. Nunca dejó de abrazarnos, de besarnos...

—Debió ser una gran mujer si dejó esa impronta en sus hijos y en su marido.

Volvieron a quedarse en silencio y acabaron sentados en la arena, contemplando el mar bañado por la plateada luz de la luna.

—Toda esa desconfianza surgió porque cuando Niall y su familia llegaron, os marchasteis.

—Tu padre me pidió que nos fuésemos —dijo ella después de pensarlo unos segundos

Pierce la miró sin comprender.

—¿Qué?

—Estoy segura de que Cary se enfadará conmigo por decírtelo, pero eres su hijo y debes saberlo. —Lo miraba abrazada a sus rodillas y se soltó para colocarse frente a él—. No quería que descubrieseis por qué estábamos allí en realidad. El verdadero motivo por el que vivimos con él.

Pierce se puso tenso.

—Tu padre sufrió una angina de pecho hace un mes.

Él empalideció y la miró aterrorizado.

—Tranquilo, ahora está bien —dijo rápidamente—. Tiene que seguir una dieta estricta y ha aumentado el ejercicio diario, pero todo está bajo control. No es un infarto, pero debe tener cuidado.

—¿Por qué no nos avisó? —Se puso de pie, agobiado.

—No quería asustaros —dijo ella imitándolo—. Yo lo llevé al hospital y nos

quedamos con él hasta que le dejaron volver a casa.

—¿Os quedasteis? ¿Quiénes? ¿Bonnie y tú?

Sara asintió y la expresión de Pierce no pudo ser más elocuente. ¿De verdad su padre había tenido que ir al hospital y nadie los había avisado?

—Tu padre es un hombre muy orgulloso —dijo Sara adivinando lo que pasaba por su cabeza—. No soporta la idea de que tengáis que aparcar vuestra vida por él. Me hizo jurar que no os avisaría y, por su tranquilidad, tuve que aceptarlo.

—¿Entonces lo de que os encontró en la playa es mentira? —preguntó con una mezcla de enfado y preocupación.

—No, así fue como nos conocimos, pero yo no tenía intención de que nos quedásemos en su casa más que un par de días, hasta que encontrara un alquiler aceptable —confesó—. Pero cuando pasó lo del hospital me pidió que nos quedásemos con él. Su plan era perfecto, nosotras cuidábamos de él y él cuidaba de nosotras. Pero lo cierto es que me dio miedo dejarlo solo.

—¡Dios! —Pierce se arrodilló en la arena y apoyó la cabeza en sus manos. La imagen de Genevieve, pálida como una estatua, se materializó ante él y un sudor frío empapó todo su cuerpo.

Sara se agachó a su lado y le puso una mano en el hombro.

—Está bien —dijo hablando con suavidad—. El jueves visitó al médico y las pruebas fueron excelentes.

Pierce apoyó las manos en sus muslos y miró hacia el mar recuperando la calma.

—¿A dónde fuisteis? —preguntó.

—¿Cuándo?

—Cuando llegó Niall. ¿A dónde llevaste a Bonnie?

—Alquilamos un bungalow en Riverstone —respondió ella.

—¿El camping? —preguntó.

Sara asintió.

—Gracias —dijo Pierce después de unos segundos y poniéndose en pie la miró con intensidad—. De verdad, muchas gracias.

### 3

## No importa la hora que sea

Pierce abrió los ojos y se sentó de golpe en la cama. La pequeña Bonnie estaba observándolo en silencio y su inmediata reacción fue levantar las sábanas y comprobar que llevaba puesto el pantalón del pijama.

—¿Qué haces? —preguntó una vez se tranquilizó, sabiéndose debidamente protegido.

—Mamá ha hecho tortitas —dijo la niña mirándolo con sus enormes ojos azules.

—Qué bien —dijo él.

—¿No vas a desayunar con nosotros?

La niña no parecía muy dispuesta a marcharse, así que Pierce pensó que sería mejor levantarse. Bajó los pies al suelo y se frotó la cara con las manos.

—Se van a enfriar —dijo la niña al ver que no salía corriendo hacia la cocina.

—Voy enseguida —respondió Pierce empezando a reírse con la situación—. Ve tú, enseguida voy.

La niña asintió y se dio la vuelta saliendo del cuarto.

Cuando Pierce entró en la cocina llevaba puesto un pantalón vaquero y una camiseta blanca, nada que ver con el elegante traje con el que había llegado el día anterior.

—Buenos días —dijo saludando a todos.

Había un plato en la mesa que llevaba su nombre.

—Cary dice que te gusta la mermelada de naranja —dijo Sara señalando el pequeño botecito colocado junto a su plato.

—Sí, gracias —dijo él sentándose a la mesa—. Pero por aquí parece que a alguien le gusta más el chocolate.

Bonnie tenía toda la boca y los dedos manchados y trataba de apartarse el pelo de la cara con el dorso de la mano para no pringarlos. Sara se levantó y sacándose una goma del bolsillo le ató una coleta.

—No le gusta llevar coleta —le explicó a Pierce.

—Estoy fea —se quejó la niña.

—Eso no es cierto —dijo Pierce sonriendo—, con el pelo recogido se te ven más esos preciosos ojos azules.

La niña miró a su madre con enorme alegría y su sonrisa iluminó aún más su mirada.

—Es una presumida —dijo Cary.

Bonnie arrugó la boca en una mueca.

—No es verdad —dijo.

—¿Qué no? Ayer tardamos en salir de casa una hora porque no encontrabas tus zapatillas rosas.

—Pero es que iba vestida de rosa, ¿no lo entiendes, abuelo? No podía llevar las verdes —dijo como si fuese algo obvio.

Cary se rio con ganas y Pierce observó a su padre con atención pero tratando de disimular su escrutinio.

—¿Qué planes tienes para hoy? —le preguntó.

—Limpiar —respondió.

—¿Limpiar? —Pierce frunció el ceño.

—¿No sabes lo que es? —preguntó Bonnie con el ceño arrugado.

—No creo que Pierce haya limpiado mucho últimamente —dijo Cary—, pero cuando era un crío ya te digo yo que sí lo hacía. Sus hermanos y él tenían tareas asignadas por su madre y las cumplían a rajatabla.

—¡Cómo no! —exclamó Pierce echándose a reír—. ¡Menuda era mamá!

Los dos hombres se miraron con cariño al recordar a Susan.

—Yo quiero tener un hermanito —dijo Bonnie arrugando la boca en una mueca—, pero mamá y papá no van a tener más niños.

Sara se había puesto de pie para recoger y se detuvo en seco al escucharla. Pierce la miró y tuvo la impresión de que por su rostro había pasado el miedo como una ráfaga. Estaba claro que no quería que la niña recordase la trágica muerte de su padre.

—Yo tengo que irme a trabajar —dijo cuando hubo dejado su plato y su taza en el fregadero—. Bonnie, ¿no vienes a despedirme?

—¡Claro, mami! —dijo la niña, saltando de la silla.

Cuando Pierce y su padre se quedaron solos su hijo lo miró con la interrogación en la cara.

—Nunca habla de él —dijo Cary—. Murió en un accidente de coche. No quiere que Bonnie piense en ello.

Pierce asintió sin responder y se levantaron para recoger el resto del menaje.

Cuando terminaron con la limpieza, Cary y Bonnie se prepararon para ir a comprar al pueblo como todos los días, una costumbre que habían implantado para mantener a Cary activo. La niña le preguntó a Pierce si quería acompañarlos, pero él rechazó la oferta y los despidió en el porche. Cuando se hubieron alejado sacó su móvil y llamó al número que le había dado Sara la noche anterior.

—Soy Pierce Fuller, el hijo de Cary Fuller, paciente del doctor Traynor. Sería posible hablar con él.

—Buenos días, señor Fuller. La señorita Jarman nos ha llamado hace una hora para explicarnos... El doctor tiene consulta hasta las cinco de la tarde. ¿Podría venir a esa hora? El doctor le atenderá entonces.

—Perfecto —dijo Pierce—. Allí estaré.

Colgó el teléfono y se quedó durante unos minutos contemplando la fotografía que su padre había colgado en la entrada. Era de unas Navidades. Él tenía doce años, lo recordaba bien porque fue el año que Lewis estuvo a punto de morir ahogado en el Hudson. Y ahí estaban los tres, cogidos de la cintura y mirando a su padre que era quien les hacía la foto mientras su madre terminaba de preparar el asado de Navidad. Nunca olvidaría aquel día ni el miedo que pasó antes de saltar al agua para salvar a su hermano. Después ya no tuvo miedo, tan solo determinación.

Se apoyó en la pared y bajó lentamente hasta acabar sentado en el suelo con las piernas dobladas. Sabía que era inevitable, que un día moriría su padre, pero no estaba preparado para ello. ¿Se podía estar preparado alguna vez? Recordaba, como si no hubiese pasado el tiempo, el día que se fue su madre. Tal y como había vivido. Se despidió de ellos, de todos ellos con la ternura que la caracterizaba y se fue abrazada por todos, sin aspavientos, sin una queja. No hubo recriminaciones tras la muerte de su madre, no había nada que reprocharse. Todos estuvieron a la altura durante su enfermedad. La apoyaron, la mimaron, la quisieron intentando devolverle una pequeña porción de todo el amor que ella había derrochado durante años.

Su mente le jugó una mala pasada y lo llevó de nuevo a aquel baño. A aquella bañera llena de agua roja y al rostro de Genevieve pálido como la muerte. Su muerte seguía martilleando en su cabeza como un sonido machacón y constante que aboga por volverte loco sin remedio. La recordaba cuando era una niña vivaracha y malcarada. Siempre conseguía sacarle caramelos al señor Bryn, el dueño de la tienda de la Nostrand Avenue por la que pasaban todos los días. Era zalamera y mentirosa como ella sola, pero no podía ser de otro modo ya que había aprendido de la mejor.

Pierce apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos dejando que sus

pensamientos le llevasen de vuelta a aquellos felices días. Felices para él, porque Genevieve vivía entonces en un infierno. Su madre era alcohólica y la única persona que tenía. La mayor parte del tiempo lo pasaba en el bar de Clementain, el único que le fiaba y la dejaba beber lo que quería. A cambio, ella le hacía algún trabajito de vez en cuando.

Genevieve aprendió desde muy pequeña a quitarse de en medio cuando había peligro y para ello tuvo una enorme ayuda en los Fuller. Se quedaba a dormir en su casa cuando su madre llevaba a algún hombre poco escrupuloso en el que la niña percibiese alguna mirada inadecuada o algo peor. Entonces aparecía ante la puerta de Susan Fuller sin importar si era demasiado tarde y ya estaban todos durmiendo. Pierce recordaba perfectamente las palabras que le había dicho su madre la primera vez que apareció en plena noche y con el pijama puesto.

—No importa la hora que sea, Gene, puedes venir siempre que lo necesites.

Pierce sintió el enorme sentimiento que le atenazaba el pecho siempre que pensaba en aquel momento. Él estaba en la escalera y las vio sin ser visto. Su madre la pareció la mujer más maravillosa del mundo y aquella imagen persistió en su mente para siempre.

Creció viendo como aquella larguirucha y desgarbada machopingo se convertía en una rubia impresionante con un cuerpo de vértigo. Cuando Pierce empezó a trabajar en la empresa de Ronald Pattinson solo puso una condición: él se llevaba su secretaria. Aún podía ver la expresión de admiración en el rostro de Gene cuando le dijo que lo había hecho.

Estuvo mucho rato ahí sentado. Demasiado tiempo pensando en el pasado y esforzándose en no revivir el presente. Los últimos días de Genevieve eran terreno pantanoso y no estaba preparado aún para adentrarse en aquella ciénaga oscura y tenebrosa.

La voz de la pequeña Bonnie lo trajo de vuelta y se levantó de suelo de un salto antes de que la niña y su padre entrasen en la casa.

—Tendrías que haber visto la cara de Tracy cuando Robert entró en la cafetería en calzoncillos. —Sara se reía a carcajadas, apenas podía hablar y tenía los ojos llenos de lágrimas—. Tuve que meterme en la cocina para que no viera que me reía.

—Las mujeres sois horribles —dijo Cary aguantándose la risa al pensar en su amigo en medio de la cafetería en paños menores—. Seguro que Tracy va a estar recordándose el resto de su vida.

—Ese hombre es un caso —dijo Sara limpiándose las lágrimas y

recuperando poco a poco la serenidad—, siempre hace algo que pone en evidencia a su pobre mujer.

—¡Es él el que se pone en evidencia! —Cary miró a su hijo que había estado muy serio toda la comida—. ¿Y a ti qué te pasa? ¿Ya echas de menos los negocios?

Pierce hizo un gesto que podía suponer tanto una negación como una velada afirmación.

—Aquí dónde lo veis, Pierce no siempre fue un hombre de negocios estirado —dijo Cary—. Hubo un tiempo en que era un joven melenudo que quería dar la vuelta a América subido en su moto.

Pierce sonrió.

—¿Aún la tienes en el garaje? —le preguntó.

—Por supuesto —dijo Cary mirando a su hijo con cariño—. Jamás me desharía de ella.

Pierce miró a Sara.

—Prácticamente montamos esa Harley juntos —dijo sin que se borrara de sus labios la sonrisa—. Pieza a pieza.

—Tardamos años —dijo Cary con tristeza—. Y cuando acabamos ya era demasiado tarde.

Sara los miró alternativamente.

—¿Tarde para qué?

—Para que hiciese ese viaje —dijo el padre—. Ya había probado el sabor del dinero.

—No le hagas caso, mi padre es un romántico sin remedio —explicó Pierce—. Lo que ocurrió es que maduré.

—¿Es esa moto que tienes tapada en el garaje? —preguntó Sara—. Confieso que he tenido ganas de levantar la lona unas cuantas veces para verla. Me encantan las motos.

—Podríamos sacarla a pasear —dijo Pierce aprovechando la coyuntura—. Estoy seguro de que aún puedo conducirla.

Sara sonrió.

—Sería divertido.

Pierce asintió y miró a su padre.

—¿Le echamos un vistazo para ver que todo está bien? —preguntó.

Cary sonrió asintiendo. Si había algo que echase de menos era trastear con sus herramientas y el sonido de un potente motor.

—Comprueba el nivel de combustible —le dijo Cary.

—Acabo de llenarla —dijo Pierce con una mueca.

—Coge esos alicates de ahí y quita el retén de la lengüeta de combustible de entrada del carburador —dijo Cary mirándolo con severidad—. Ponla en «neutral» y gira el motor con el interruptor de encendido, anda.

Pierce sabía perfectamente lo que tenía que hacer, pero dejó que su padre disfrutase demostrando sus conocimientos delante de sus dos inquilinas.

—Hay que buscar signos de agua o materias extrañas —explicó Cary mirando a Sara—. Después de tantos años parada cualquier cosa podría haber viciado el sistema haciendo que el motor no funcione bien.

—Revisaré las bujías —dijo Pierce cogiendo la llave para bujías y el trinquete.

—Bien hecho —confirmó Cary acercándose a él—. Revisa también las conexiones.

Cuando Pierce hubo comprobado que todo estaba correctamente, se sentó sobre la moto y giró el interruptor de encendido leyendo el medidor.

—200 libras —dijo mirando a su padre.

—¡Perfecto! —Cary dio una palmada y guiñó un ojo a Sara—. Lista para rodar.

Pierce se colocó el casco y señaló hacia el garaje.

—Ahí dentro he visto otro sobre una estantería —dijo.

—¿Ahora? —preguntó ella sorprendida.

—¿Para qué esperar? —preguntó Pierce divertido—. ¿Tienes miedo?

Sara lo pensó un segundo más y después entró decidida en el garaje y salió abrochándose el casco. Subió a horcajadas detrás de Pierce y se agarró a su cintura después de hacerle un gesto de despedida a su hija que daba palmas con una enorme sonrisa.

El potente sonido de aquella musculosa máquina al ponerse en marcha fue una delicia para Cary que observó cómo se alejaban con el corazón latiendo con fuerza. Se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos su vida.

## A mí me pasa lo mismo

La sentía vibrante y potente entre sus piernas, era como si nunca se hubiesen separado. Sus músculos se acoplaban a la perfección contra el cuerpo robusto y acerado de la máquina. Las manos apretadas con firmeza sobre el manillar y el viento acariciándole el rostro, colándose por los recovecos del casco. Fue una sensación revitalizante, como cuando después de una larga caminata llegas a una cala desierta y te metes en el mar. Sus aguas te envuelven, las olas te acarician y te sientes el ser más poderoso de la tierra. Así se sentía él en esos momentos.

Hasta que, de repente, el pasado llegó a él como una ráfaga de metralla que se le clavó por todas partes sacudiéndolo desde dentro. Sus sueños y deseos más íntimos iban montados en esa Harley con él y sintió que de pronto pesaba demasiado. La moto hizo un extraño en una curva y Sara lanzó una exclamación sacándolo de sus pensamientos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella.

Pierce aminoró la velocidad al entrar en la ciudad y la llevó con suavidad hasta la puerta de la clínica del doctor Traynor. Dejaron la moto en la puerta y se llevaron los cascos con ellos.

—Buenas tardes —dijo Pierce cuando estuvieron frente al mostrador de la recepcionista—, soy Pierce Fuller.

—Oh, sí, el doctor Traynor le espera —dijo haciéndole un gesto a una enfermera par que le acompañara.

—Yo te espero en la sala —dijo Sara—, dame el casco.

Pierce hizo un gesto demostrando que le parecía absurdo y no hizo caso. La enfermera los llevó hasta la puerta del despacho del médico y los anunció antes de que pasaran.

—Adelante, adelante —dijo el doctor con una gran sonrisa.

El médico era un hombre de unos cincuenta años, con buena forma física y una expresión amigable en el rostro. Su mano estrechó la de Pierce con firmeza, pero sin violencia, con la presión justa, pensó Pierce, que siempre se fijaba en ese tipo de cosas.

—Me alegra mucho conocerle, señor Fuller, aunque siento que sea en estas

circunstancias —dijo el médico—. La señorita Jarman ya le ha explicado...

—Sí —le cortó Pierce algo brusco—, pero me gustaría escuchar las explicaciones de su médico, si le parece bien.

—Veamos, toda esta situación es un poco incómoda —dijo el doctor—. Su padre no quiso que usted o sus hermanos fuesen avisados de lo que le ocurrió, sin embargo los puso entre sus contactos de urgencia dándoles plenos derechos sobre cualquier dato confidencial. Por lo tanto, ya que usted ha venido voluntariamente contestaré a cualquier pregunta que me haga.

—¿Qué le ocurrió a mi padre? —preguntó Pierce comprendiendo el juego.

—Tuvo una angina de pecho.

—¿Qué diferencia hay entre eso y un infarto?

—Para ser un poco conciso diríamos que la angina es el aviso de que algo no va bien y de que si no lo trabajamos acabará produciéndose el infarto. El corazón de su padre no repartió suficiente sangre oxigenada porque sus arterias estaban algo obstruidas. Le hemos puesto una dieta estricta, que la señorita Jarman se encarga de que respete. Además hemos aumentado su ejercicio diario repartiéndolo en diferentes actividades. Ahora su padre está controlado, señor Fuller.

—¿Puede sufrir un infarto? —Pierce se mostraba sereno.

—Lamentablemente, sí. No hay nada que podamos hacer que garantice que eso no vaya a ocurrir, pero desde luego ahora hay muchas menos posibilidades de que ocurra.

—A partir de ahora hablará siempre conmigo —dijo Pierce—. Voy a vivir con él y seré su contacto de referencia.

El médico miró a Sara con expresión interrogadora y ella asintió.

—¿Usted ya no se va a encargar de él? —preguntó.

—La señorita Jarman seguirá viviendo en la casa —se apresuró a responder Pierce—, estoy muy agradecido por todo lo que ha hecho por mi padre, pero quiero que me informe a mí de todo lo que tenga que ver con su enfermedad.

El doctor Traynor asintió y rectificó el número de teléfono al que llamar en caso de tener que comunicarse con el paciente.

—Muchas gracias por todo, doctor Traynor —dijo Pierce tendiéndole la mano después de levantarse—. Estaremos en contacto.

Se dirigieron a la puerta, pero antes de salir Pierce se volvió.

—Del seguro de mi padre me encargo yo —dijo—. Cualquier cosa que haga falta... No escatimen en nada.

El médico sonrió comprensivo.

—No es una cuestión de dinero, señor Fuller. Por suerte el seguro de su padre es más que suficiente. Pero no se preocupe, en caso de necesidad lo

tendremos en cuenta.

Pierce asintió y salieron de la consulta.

Sara percibía la tensión que emanaba de su cuerpo a través de la fina cazadora. Las manos de Pierce sujetaban con fuerza el manillar de la Harley y los músculos de sus piernas parecían petrificados. Hizo algún comentario distendido, pero no obtuvo ninguna respuesta por parte de su compañero de viaje y optó por dejar que filtrase sus pensamientos en silencio.

Después de varios kilómetros Pierce se metió por la carretera que llevaba al faro. Suavizó la conducción, que hasta ese momento había sido agresiva, y siguió con un rodaje tranquilo hasta llegar a la atalaya donde detuvo el motor.

—Hay unas buenas vistas desde aquí —dijo bajando los pies al suelo y sosteniendo la moto entre sus piernas.

Sara se bajó del vehículo y se quitó el casco agitando el pelo para que se aireara. Pierce seguía con la mirada fija en el horizonte y sin descabalgár.

—¿No vas a bajar? —preguntó ella—. Vamos, te sentará bien dar un paseo.

A Sara le gustaba mucho aquel sitio, los barcos amarrados bajo la vigilancia del faro, la hierba que llegaba hasta el borde del agua, los árboles a su alrededor, que empezaban a cambiar de color anticipándose al otoño.

—Este es un buen lugar para vivir —dijo Pierce junto a ella. Habían recorrido el camino que serpenteaba hasta el mar y ahora contemplaban el paisaje, más relajados—. Solo tiene un defecto.

Sara lo miró con una enorme sonrisa.

—Los Bush —dijeron al unísono y acto seguido rompieron a reír, distendiendo el ambiente.

—En algún lugar tienen que veranear —dijo Sara sin dejar de reír.

—¿Nos sentamos ahí? —dijo Pierce señalando un tronco colocado a modo de banco.

Caminaron hacia el tronco y se sentaron mirando hacia el mar.

—Crecí viendo fotografías de este sitio —dijo Pierce girando la cabeza para mirarla—. Antes de que yo naciera mis padres ya habían decidido que pasarían su vejez aquí.

El mayor de los hermanos Fuller miró de nuevo hacia el mar, había unos quince barcos fondeados allí y se respiraba una paz intensa y silenciosa.

—Me resulta increíble la historia de tus padres —dijo Sara con la mirada perdida en el horizonte—. No puedo comprender cómo dos personas podían tener tan claro que pasarían su vida juntos.

—Es difícil de asimilar —corroboró él—. Mi padre siempre dice que fue fácil, que lo supo en cuanto hablaron la primera vez.

—Salían de la Estación Central.

Pierce la miró sonriendo.

—Te lo ha contado.

Sara asintió.

—Tu madre había comprado un montón de libros y se rompió la bolsa en la que los llevaba —explicó—. Tu padre se paró para ayudarla a recogerlos y vio que tenía El Guardián entre el centeno.

—«Lo he leído doce veces», le dijo sosteniéndolo en la mano con una expresión entre triste y decepcionada, «y sigo sin comprender por qué Holden Caulfield me parece un gilipollas».

—Ella lo miró con incredulidad —siguió Sara—, pero poco a poco se fue dibujando una enorme sonrisa en sus labios y respondió: «a mí me pasa lo mismo».

Pierce recordó a su madre contándoles aquella historia a sus hermanos y a él y su expresión se dulcificó sobremanera.

—La echo mucho de menos —dijo sin darse cuenta—. Su calma era como un bálsamo para mí. Me gustaba el olor a jazmín que solía tener toda su ropa y escuchar su voz áspera y dulce a la vez...

Sara lo miraba conmovida por todo el amor que desprendía.

—La he necesitado tanto estos días... —susurró con la mirada perdida en el mar.

—¿Es verdad que has venido a quedarte? —preguntó Sara.

Pierce asintió.

—Sí, es verdad.

—¿Y no sabías nada de la enfermedad de tu padre?

Pierce negó con la cabeza y después volvió a mirar hacia el mar.

—Me di cuenta de que mi vida no tenía ningún sentido para mí —confesó sin pensar—. Fue muy extraño. Me había despertado como todos los días... Bueno, como todos los días no. No todos los días se suicida tu mejor amiga.

Sara emitió una exclamación de sorpresa y Pierce suspiró dejando salir todo el aire de sus pulmones.

—Apenas había dormido una hora y cuando desperté tuve un momento de incertidumbre. Los sucesos de la noche me arrollaron, pero mi cerebro quiso hacerme creer por unos segundos que todo había sido un sueño.

—¿Es esa Gene que habéis mencionado tu padre y tú alguna vez?

—Genevieve —dijo él sonriendo con tristeza—. Odiaba su nombre más que cualquier otra cosa. Desde que era una cría siempre juró y perjuró que se lo cambiaría en cuanto fuese mayor. Pero nunca lo hizo.

Pierce se puso de pie y se metió las manos a los bolsillos acercándose al

borde del agua.

—Le encantaba este sitio —dijo.

Sara sabía que no le hablaba a ella, tan solo necesitaba sacar aquella angustia que lo atenazaba por dentro y que había vislumbrado detrás de su mirada desde el momento en que llegó. Todo su cuerpo exudaba dolor, un dolor que trataba de mantener controlado, pero que se manifestaba involuntariamente cuando no estaba atento.

—Hace tres meses estuvimos aquí mismo —siguió hablando—. Y ahí sentada me dijo algo que no entendí.

Se volvió a mirar a Sara y su expresión era dura, casi cruel.

—Había localizado a su madre y pensaba ir a verla —dijo mordiendo cada una de las palabras—. Le dije de todo, incluso le grité, algo que no suelo hacer, pero no sirvió de nada. Era una maldita cabezota.

Sara se mantuvo inmóvil y en silencio, no quería romper aquella extraña catarsis con su presencia. Pierce se movió arrastrando los pies sobre la hierba, mirando cómo se hundían en ella sus zapatos.

—Sabía lo que ocurriría, sabía todo lo que removería ese encuentro...

De repente fue como si la viese, como si acabase de darse cuenta de que Sara estaba allí.

—Debes pensar que me he vuelto loco hablando así —dijo mirándola—. No tienes ni idea de lo que digo y sin embargo me escuchas con atención.

—Necesitas hablar, es evidente.

—Sí, lo necesito —dijo sentándose junto a ella—. Y te agradezco que no me hayas mandado a la mierda.

—¿Por qué iba a hacer eso? —dijo ella sonriendo con dulzura.

—Porque no me conoces de nada y te estoy soltando un rollo impresionante —dijo Pierce—. Y encima te traté casi como si fueses una delincuente por vivir con mi padre.

Sara negó con la cabeza y el pelo que llevaba detrás de la oreja cayó sobre su cara. Pierce levantó la mano y ella dio un respingo apartándose bruscamente.

—¿Qué haces?

—Iba a apartarte el pelo, nada más —respondió extrañado.

Ella se colocó el pelo y no dijo nada, pero aquella reacción lo inquietó.

—No me gusta que me toquen —dijo ella incómoda con su silencio.

Pierce sintió un instintivo deseo de protegerla. Se la veía tan frágil y vulnerable en ese momento...

—¿Qué pasó? —preguntó sin poder contenerse.

Pierce se puso serio y los huesos de su mandíbula crearon una línea definida en su rostro.

—Se cortó las venas en la bañera —dijo—. Hablaba conmigo mientras lo hacía. Lo sé porque el móvil estaba junto a ella y la hora de la muerte coincidió con nuestra conversación. Traté de hacerla entrar en razón, pero no me escuchó. Esta vez no.

—¿Ya lo había intentado antes?

Pierce asintió.

—Varias veces —dijo—. La primera vez tenía doce años. Intentó asfixiarse con un tubo de escape. ¡La muy imbécil!

Apoyó los codos en sus rodillas y se sujetó la cabeza con las manos.

—Tú fuiste su amigo —dijo Sara—. Trataste de ayudarla.

Él la miró y sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Lo intenté —dijo derrotado—, juro que lo intenté.

Sara reaccionó de un modo sorprendente para ella y colocó su brazo en los hombros de Pierce con ternura.

—Es muy difícil ayudar a alguien que no quiere ser ayudado —dijo—. Por mucho que nos empeñemos, por muchos esfuerzos que hagamos no está en nuestra mano.

Él asintió y después de unos segundos la miró de nuevo haciendo que ella se sintiese incómoda en aquella situación. Se apartó y se puso de pie.

—Deberíamos volver, no me gusta dejar a Bonnie tanto rato —dijo.

Pierce asintió y se levantó también.

—Gracias por escucharme —dijo.

Sara asintió a modo de aceptación y se dirigió nerviosa hacia el camino de vuelta hacia la moto.

—¿Qué tal el paseo? —preguntó Cary al verlos entrar en el salón.

La pequeña Bonnie y él estaban jugando a las cartas.

—Full de reinas —dijo la niña mostrando su mano.

—¿Estáis jugando al póker? —preguntó Pierce acercándose a ellos sorprendido—. ¿Has enseñado a jugar al póker a una cría de cinco años?

—Dentro de un mes cumpliré seis —dijo Bonnie con expresión airada.

—Es una niña muy inteligente —dijo Cary barajando las cartas—, y el póker es un gran juego de estrategia.

—Ya le he ganado diez gominolas y dos paquetes de patatas fritas —dijo la niña mostrando su botín.

Sara se acercó a achuchar a su hija.

—Espero que no te lo comas todo a la vez —dijo sentándose a su lado.

—No, pero esta vez lo esconderé mejor, que el otro día lo pillé comiéndose

el regaliz a escondidas —dijo la pequeña—. No sabe perder.

Pierce soltó una carcajada al ver a la niña negar con la cabeza como si diese a Cary por imposible.

—¿Podemos jugar nosotros también? —preguntó colocando otra silla.

—¡Sí! —exclamó la niña riendo.

—Aún no me has dicho cómo ha ido la moto? —preguntó Cary mientras repartía las cartas.

—¿Qué puedo decirte, papa? —dijo Pierce mirando a su padre con cariño—. Ha sido como quitarse veinte años de encima.

—Pues mañana me doy un paseo con ella —dijo Cary riendo—, veinte años no son como para desperdiciarlos.

## No será hoy, no será mañana...

Pierce vio a Bonnie inclinada sobre la mesa de centro del salón y un montón de dibujos esparcidos por la superficie de madera y por el suelo. Estaba en uno de sus momentos creativos así que optó por no molestarla. Sara trabajaba esa tarde y no salía hasta las ocho. Buscó a su padre, quería aprovechar que estaban solos para hablar con él. Lo encontró en el jardín de detrás de la casa, sentado tranquilamente contemplando la arboleda. Se sentó junto a él y apoyó la cerveza en el brazo de la silla, imitándolo. Durante unos minutos ninguno dijo nada, disfrutaron de su bebida y de la compañía mientras dejaban vagar libres sus pensamientos.

—¿Qué haces aquí, Pierce? —preguntó su padre al fin.

—Necesitaba un cambio en mi vida —dijo.

—¿Seguro que no estás aquí para vigilar si tu anciano padre ha perdido la chaveta?

Pierce lo miró con una irónica sonrisa.

—Parece que todo sigue funcionando por ahí arriba —dijo—. Pero no sucede lo mismo ahí dentro.

Cary le sostuvo la mirada ignorando el dedo que señalaba a su pecho.

—¿Ha sido Sara? —preguntó.

Pierce asintió.

—Cuando te presentaste en casa supe que acabaría diciéndotelo —dijo y después bebió un largo trago de cerveza—. Supongo que ayer fuisteis a hablar con el Traynor. Me di cuenta de que pasaba algo cuando regresasteis. Todo ese rollo de que querías probar la moto...

—Quería probar la moto —dijo Pierce apoyando la cabeza en la pared con la silla inclinada sobre las patas traseras.

—No hagas eso —dijo su padre—, desequilibras la estructura.

Pierce no se movió y durante unos segundos siguieron bebiendo en silencio.

—Todos tenemos que morir —dijo Cary sin dejar de mirar hacia la arboleda—. Al menos yo he tenido una vida que ha merecido la pena vivirse.

Pierce lo miró con ternura.

—Ojalá yo pueda decir eso algún día —dijo.

—¿Qué pasó? —preguntó su padre mirándolo muy serio—. Sé cómo murió, no me refiero a eso. Quiero saber qué pasó esta vez.

Pierce sintió una punzada en el pecho y respiró hondo por la nariz tratando de contener sus emociones.

—Dody —dijo como si aquel nombre lo explicase todo.

Cary cerró los ojos un instante y masculló una maldición entre dientes.

—¿Ella la buscó o fue su madre? —preguntó.

—Dody la localizó. No sé cómo descubrió dónde trabajaba y la llamó. Le dije que no fuese a visitarla. Le dije muchas cosas.

Su padre apoyó la cabeza en la pared y dejó que su mente navegara por sus recuerdos.

—*Susan, esa niña nos traerá problemas.*

—*¿Qué quieres que haga? ¿Qué la eche a la calle? —Su mujer lo miraba con las manos en la cintura, retándolo a tomar esa decisión—. No permitiré que abusen de ella sin hacer nada para impedirlo.*

—*¡Es su madre! ¡Podría denunciarnos!*

—*¡Que lo haga si se atreve! —gritó Susan—. ¡Es una alcohólica! No debería tener a esa pobre niña a su cargo. ¡Acabará con ella!*

*Cary se había acercado a ella y la había cogido por los hombros para obligarla a mirarlo.*

—*Escúchame, Susan, por favor. Sé lo que está sufriendo esa niña y estoy dispuesto a ayudarla en todo lo que me sea posible, pero no podemos dejar que se quede. Si su madre viene a buscarla otra vez tendremos que dejar que se marche —dijo muy serio—. Podría acusarnos de secuestro y no importaría nada que la niña quisiera quedarse con nosotros.*

*Susan lo miró con una rabia intensa y la furia que provenía de un marcado instinto maternal.*

—*Esa niña acabará muerta. No será hoy, no será mañana, pero si no nos la quedamos acabará muerta algún día.*

—Tu madre lo sabía —dijo en voz alta—. Siempre lo supo.

Pierce asintió sin apartar la vista del paisaje.

—Quería que nos la quedáramos. Trató de convencer a su madre de que la dejase con nosotros.

Pierce lo miró sorprendido y su padre asintió.

—Nos pidió ciento treinta mil dólares por ella, diez mil dólares por cada año que tenía —explicó—. Teníamos la casa hipotecada y un montón de deudas. El taller no daba suficiente para un gasto como ese. Le ofrecimos cinco mil dólares,

todo lo que teníamos en el banco en ese momento, e intentamos convencerla de que era mejor para ella librarse de la niña, pero no quiso escucharnos.

Pierce asintió haciéndose una composición del momento. Bebió un largo trago y terminó su cerveza dejándola en el suelo.

—Gene era una mujer de treinta y cinco años —dijo—. Lo que hizo lo hizo conscientemente. No quería vivir, la vida no le compensaba. Tenía alguien muy chungo viviendo en su cabeza, me lo dijo muchas veces. Aquella noche la última vez.

Su padre lo miró conmocionado.

—¿Te llamó?

Pierce asintió y se sentó inclinándose hacia delante con los brazos apoyados en las piernas.

—Me llamó para decirme que sabía que aquello que sentía no era real. Que era consciente de que su mente la estaba engañando y que no todo en ella estaba podrido. Que no era cierto lo que le había dicho su madre. Todo aquel odio, toda aquel desprecio no nacía de ella sino de Dody. Me dijo que me amaba profunda e irremediabilmente —miró a su padre con los ojos llenos de lágrimas—. No pude amarla, papá, te juro que lo intenté.

—Hijo —su padre dejó la botella en el suelo y se inclinó hacia él poniendo una mano en su hombro—. No tienes nada que reprocharte. Toda tu vida intentaste ayudarla, fuiste su protector, su amigo, su guardián...

—Pero no pude amarla —gimió—. Y sé que si la hubiese amado la habría salvado.

—El amor no se puede forzar, hijo. Lo sabes bien, lo intentaste y no funcionó.

Pierce se limpió las lágrimas y sorbió por la nariz al tiempo que negaba con la cabeza.

—Salvarla hubiera dado un sentido a mi vida —dijo muy serio—. ¿Para qué estoy en este mundo? ¿Qué he conseguido? Tan solo he ganado mucho dinero, dinero que no tengo con quién gastar. Soy un fracaso, un fraude. Si me hubiese quedado con ella, al menos seguiría viva.

—Eso no lo sabes —dijo su padre—. Te recuerdo que fue ella la que te dejó.

—Pero yo no hice nada para impedirselo.

—Porque no podías hacer nada. Ella comprendió lo que hacías y no pudo permitírtelo. Me lo dijo.

—¿Te lo dijo? ¿Cuándo? —preguntó sorprendido.

—Cuando estuvisteis aquí hace tres meses. Tú tenías trabajo y pasamos la tarde charlando aquí sentados ella y yo. Me contó muchas cosas, cosas que yo sabía, pero desde su punto de vista. Hablamos de la primera vez que vino a casa,

de lo mucho que le gustaban las galletas de jengibre que preparaba tu madre. Me dijo que aún conservaba unos guantes que le dio Susan. Unos guantes viejos y gastados, pero que a tu madre le encantaban. Se los dio a ella una de las veces que su madre vino a buscarla porque en la calle hacía mucho frío. Los conservaba como un tesoro.

—Lo sé —dijo Pierce asintiendo. Había visto esos guantes muchas veces—. Solía ponérselos en casa y se abrazaba con ellos, decía que era como si Susan la abrazase.

—Me dijo por qué no funcionó. Lo mucho que te esforzaste en quererla —siguió su padre—. Ella no podía permitirlo, Pierce. Y tampoco se lo merecía.

—¿Qué quieres decir? ¡Claro que se lo merecía!

—No, Pierce. Ella merecía ser amada de verdad, amada por alguien que no sintiese compasión por lo que había vivido. Y sabía que tú no eras ese alguien.

—Matt la quería de verdad —dijo Pierce recordando al hombre con el que había vivido hasta hacía un año.

—Pero ella no sentía lo mismo por él —explicó Cary—. Encontrar a la persona adecuada no es sencillo, es casi un milagro. La gente se enamora, es cierto, pero pocos se aman. Encontrar a la persona, a esa con la que vas a querer compartirlo todo, todo el tiempo, toda la vida...

—Tú la encontraste —dijo Pierce—. Y Niall...

Su padre asintió.

—Con todo lo que le pasó a tu hermano no imaginé que las cosas irían así —dijo—. Pero sí, creo que Niall la ha encontrado. Y tú la encontrarás, Pierce. Pero tienes que soltar todo ese lastre que arrastras. Porque para que puedas buscar a la persona adecuada primero debes encontrarte a ti mismo.

Su hijo suspiró con cansancio.

—Eso es lo que pretendo —dijo—. Hasta hace unos días creía que era feliz. Hacía lo que quería. Nadie gobernaba mi vida. Vivía en un piso de lujo en pleno Manhattan, sin responsabilidades ni problemas de salud...

—No tienes ni idea de lo que es la felicidad. Cuando tu madre y yo nos casamos vivíamos en un pisucho con dos habitaciones y solo podíamos comer en la cocina. Comíamos pasta o arroz casi todos los días y yo trabajaba en un taller, más horas que un reloj. Pero ¿sabes una cosa? Éramos tremendamente felices. No recuerdo ni un mal día entre nosotros. Discutíamos, tu madre era una mujer de mucho carácter y no se cortaba a la hora de dar su opinión sobre cualquier cosa y yo era un tozudo en muchas cosas. Pero nuestra vida era tan plena y satisfactoria que no éramos conscientes de todo lo que no teníamos.

—Lo sé, papá —dijo su hijo mirándolo con ternura—. No he olvidado cómo era la vida cuando estaba mamá. Recuerdo cara caricia y cada beso suyo.

Recuerdo cómo os mirabais, cómo os preocupabais el uno por el otro. Lo recuerdo.

—Se puede tener una vida plena aunque no encuentres un amor como el nuestro, hijo. Lo más importante es vivir en paz con uno mismo.

Pierce se levantó y dio dos pasos hacia la barandilla del porche. Se quedó durante unos minutos contemplando el jardín con tristeza. Su madre debería haber disfrutado de aquel lugar. Era tal y como ella lo había imaginado.

—Lo sé —dijo al fin volviéndose—, por eso lo he dejado todo. No viviré como un zombi nunca más. Quiero sentir que mi vida merece la pena. No la llenaré de cosas para disimular el vacío que me rodea.

Su padre sonrió.

—Y cuando menos lo esperes encontrarás a esa persona —dijo levantándose y colocándose junto a él.

Pierce levantó el brazo y lo colocó sobre los hombros de su padre. Hacía mucho tiempo que no charlaban así.

Entró en la cafetería. Había estado bastantes veces allí, la mayoría de ellas con sus hermanos. Cuando iban a pasar unos días con su padre solían salir a cenar juntos al menos una vez y siempre eran bien recibidos por Rona y Samuel, los dueños. Sara estaba sirviendo una de las mesas y se volvió hacia él al escuchar la campanilla. La camarera se acercó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. ¿Pasa algo?

—No, no pasa nada —dijo él—. He venido a recogerte. Sales a las ocho, ¿no? —Ella lo miraba con el ceño fruncido—. Cualquier excusa es buena para para coger la moto.

La camarera observó el casco que llevaba en la mano y al mirar hacia la calle vio la Harley aparcada frente a la cafetería.

—Aún faltan diez minutos para que acabe mi turno y ahora hay mucho trabajo —dijo—. Siéntate ahí, te tomarás algo para hacer gasto.

Pierce sonrió y obedeció caminando hacia la barra y subiéndose a uno de los taburetes.

—Hola Pierce —dijo Rona—. Dichosos los ojos. ¿A pasar unos días con tu padre?

Pierce negó con la cabeza.

—Tendrás que ir acostumbrándote a verme —dijo—, voy a quedarme una temporada.

—¿Ya te dejan esos lobos de Wall Street? —La mujer limpiaba la barra en un

gesto mecánico que era más un tic que una necesidad ya que el acero inoxidable brillaba reluciente desde la última vez que lo había limpiado, diez minutos antes.

—No soy tan necesario —dijo con una seductora sonrisa—. Ahora me muero por tomarme uno de tus batidos.

—¡Eso está hecho! —exclamó la mujer—. ¿Con pepitas de chocolate?

—¿Se puede tomar de otro modo? —dijo él fingiendo sorpresa.

—Ahora mismo te lo preparo. ¿Tú también quieres un batido Tadeo? —preguntó a un anciano que estaba sentado junto a la ventana leyendo el periódico.

El hombre asintió sin decir nada. Era el padre de Samuel y Rona lo quería y lo mimaba como si fuese el suyo.

—Hace poco estuvo por aquí Niall —dijo Tadeo—. Tiene una familia estupenda.

Pierce se acercó al viejo y se sentó frente a él en la mesa.

—¿Cómo va la vida, Tadeo? —preguntó.

—¿Vida? ¿Qué vida? —dijo el hombre sin dejar de jugar con las servilletas de papel. Le gustaba el origami y se entretenía haciendo figuritas mientras esperaba a que su nuera le sirviese el batido.

Pierce lo observó con interés. Tadeo era uno de los amigos de su padre con los que jugaba a póker. Había sido ingeniero aeronáutico y trabajó en la NASA hasta que se jubiló. Era un hombre huraño y aparentemente amargado, como les ocurre a muchos ancianos, pero sabía que debajo de toda aquella apariencia se escondía un buen hombre con un gran corazón.

—Hacerse viejo es una enorme putada, hijo —dijo apartando las figuritas cuando su nuera les trajo los batidos.

—¿Y tú, para cuándo? —preguntó Rona, interrumpiéndoles—. Ya no eres un crío, muchacho.

—Las mejores ya están cogidas —dijo Pierce guiñándole un ojo.

—¡Serás gañan! —exclamó Rona riéndose a carcajadas.

Samuel salió de la cocina con dos platos combinados y después de dejarlos sobre una de las mesas se acercó a saludarlo.

—Pierce. —Le estrechó la mano después de limpiársela en el mandil que llevaba sobre el pantalón—. ¿Quieres cenar? Hoy hay hamburguesas Samuel con patatas asadas a las finas hierbas.

Pierce sonrió.

—No me tientes —dijo.

—Tu padre estará contento de tenerte aquí. Aunque ahora ya no está solo, Sara y Bonnie son una gran compañía para él. Además a Sara se le da muy bien

la cocina, por eso Cary ya no viene por aquí a cenar como antes.

—Pues la verdad es que cocina realmente bien —dijo Pierce mirando a Sara que se había vuelto desde una de las mesas a las que atendía.

—Es una gran chica —dijo Samuel inclinándose y bajando la voz para que nadie más lo escuchara.

Pierce asintió.

—Lo sé —dijo en el mismo tono.

Vio que Sara se quitaba el mandil y desaparecía en el cuartito que utilizaban para cambiarse.

—Me he alegrado de verte —dijo Samuel dándole una palmada en el hombro—. Te dejo que tengo mucho que hacer.

Pierce miró a Tadeo que lo observaba sin soltar la pajita.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada —dijo el viejo—, solo te miro.

Pierce bebió de su batido sin esquivar su mirada.

—¿Y que ves? —preguntó después de unos segundos de escrutinio.

—Pues veo a un hombre triste —dijo Tadeo.

Pierce frunció el ceño sin poder disimular su desconcierto.

—¿Triste? —preguntó.

—¿Cuándo fue la última vez que lo pasaste realmente bien? —preguntó—. ¿La última vez que cenaste con alguien por ahí sin buscar conseguir algo? ¿Cuándo hiciste algo simplemente divertido, sin ninguna finalidad?

—Ayer —dijo él satisfecho—. Desempolvé mi vieja Harley y dimos una vuelta con ella hasta el faro.

El viejo asintió.

—Acabo de verlo en tus ojos —dijo—, oculta tras toda esa superficial superioridad que desprendes.

Pierce se preguntó si estaba tratando de ofenderlo.

—Estoy lista —dijo Sara parada junto a ellos y mirándolos con preocupación—. ¿Pasa algo?

—No estoy seguro —dijo Pierce.

—No, hija, no pasa nada —respondió el anciano moviendo la cabeza—. Anda, id a pasarlo bien.

—Buenas noches, Tadeo —dijo Sara con cariño.

## 6

### Bonnie's Tale

Subieron a la Harley que los llevaría a casa. O eso creía Sara hasta que vio el cartel que anunciaba la salida de Kennenbunkport.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Le he pedido a papá que hoy se encargue él de hacer la cena para Bonnie. Quería invitarte a cenar para compensarte por todo lo que has hecho por mi padre —dijo Pierce elevando un poco la voz para que lo oyese bien.

—No tienes nada que compensar —dijo ella, molesta—. No necesito que me lo agradezcas, lo he hecho porque he querido.

—Es una sorpresa. Espera a que llegemos antes de decirme que no —pidió él.

Sara se resignó, después de todo era él quien conducía la moto. No quería cenar con él a solas, había intuido el peligro que desprendía Pierce Fuller desde el mismo instante en que lo vio. Era una bomba enterrada bajo la arena de la playa, a la que le habían quitado la espoleta de seguridad. Y ella no necesitaba complicaciones, ya había tenido demasiadas.

Pasaron junto a un cartel que les daba la bienvenida a Oakville y siguieron por una sinuosa carretera durante varios kilómetros hasta detenerse frente a una casa de estilo victoriano que le resultó tremendamente familiar. Entonces vio el letrero colgando de una viga: Bonnie's Tale, y sintió un escalofrío de esos que parecen sacudirte desde la distancia. Miró a Pierce con curiosidad, pero él no podía saberlo, era imposible.

Avanzaron por el camino de gravilla que rodeaba el edificio principal, siguiendo la música. En la parte de atrás se encontraron con un restaurante al aire libre con mesas iluminadas por farolillos en un entorno paradisíaco con árboles frondosos y la suave fragancia de las rosas que salpicaban los setos. El rumor del mar se escuchó a lo lejos cuando la pieza que estaba sonando terminó y los bailarines, que estaban en la tarima que hacía las veces de pista de baile, esperaron pacientes a la siguiente canción.

—¿Por qué hemos venido aquí? —preguntó ella muy seria.

—Cuando vi este sitio pensé que era un lugar especial, no solo porque es

precioso, sobre todo porque se llama como tu hija, lo que me pareció una señal. Quería darte las gracias de algún modo simbólico por lo que has hecho por mi padre. —Había mucha sinceridad en los ojos de Pierce—. También quiero pedirte disculpas por mi desconfianza al principio, no debí juzgarte tan apresuradamente y lo siento. Ahora sé que no hay nada oscuro en ti, que eres una buena persona y que puedo confiar en ti. Esta es mi manera de decirlo.

Sara seguía muy seria.

—No hacía falta traerme hasta aquí para decirme esto —dijo señalando el camino por el que habían llegado—. Podemos volver.

—¿No quieres cenar conmigo? ¿No te gusta el sitio? —preguntó él con expresión desolada—. ¿Tan mal me he portado?

Sara apartó la mirada, no quería mostrar en ella algo de lo que tuviese que arrepentirse después. Respiró hondo y se tranquilizó. Tampoco pasaba nada por mostrarse amigable. Miró a su alrededor, realmente era un lugar especial, aunque no era como ella lo había imaginado tantas veces.

—¿Teníais mesa reservada? —preguntó una camarera acercándose a ellos.

—Pierce Fuller —dijo él asintiendo.

La mujer miró en su Tablet y asintió.

—Por aquí —dijo indicándoles que la siguieran.

La camarera los sentó en un lugar un poco apartado de la música donde podrían hablar con tranquilidad. El frescor de los árboles cercanos contrastaba con la calidez de las luces de colores. Sara, que se había dejado puesta la chaqueta, se mostraba embriagada por la belleza que la rodeaba y por una extraña sensación de trascendencia.

—Es un lugar precioso —dijo mirando hacia el tablón que le había señalado la camarera antes de irse, después de decirle que era la sexta generación de Bonnies de ese lugar.

—Puedes ir a leer la historia de la primera Bonnie —dijo Pierce siguiendo su mirada—, pero si no quieres levantarte puedo explicártela yo.

Sara lo miró misteriosa.

—Me encantaría escucharte —dijo.

—Bonnie Lanaghan tenía once años en 1851. Se enamoró de un inglés de veintidós, Haslett Danett, hijo de un amigo de sus padres, que vino a Oakville a pasar unas vacaciones.

—¿Se enamoró con once años? —preguntó Sara con sarcasmo en la voz.

—Hablamos de 1851 —le recordó Pierce—, las mujeres maduraban antes en esa época. Por supuesto, incluso para entonces ella era demasiado joven. Así que cuando llegó el momento de despedirse juraron escribirse hasta que ella fuese lo suficientemente mayor en opinión de sus padres. Cuatro años después él pidió

formalmente su mano por carta y se casaron por poderes. Imagina cómo estaría de emocionada la pequeña Bonnie cuando llegó el momento de volver a ver al hombre al que amaba y al que había idealizado en aquella relación epistolar. Su padre se ofreció a viajar con ella, pero Bonnie sabía que hacía más falta aquí, así que no lo permitió y con quince años se embarcó sola hacia el viejo continente. Pero entonces ocurrió algo que nadie esperaba. —Pierce relataba con una suave voz y una expresión melancólica.

—Bonnie conoció a John Depter en el barco y se enamoraron apasionadamente —dijo Sara pensativa.

—¿Conoces la historia? —preguntó él sorprendido.

Sara asintió.

—He leído la novela de Harriet Miller. —Su voz tenía un timbre extraño, como si estuviese contando algo íntimo—. Vivieron una intensa historia de amor y Bonnie perdió su virginidad. Decidió que, cuando desembarcaran en Inglaterra, le explicaría a su marido que ya no podía vivir con él y juraron volver a encontrarse cuando la hubiese relevado de su compromiso. Pero las cosas no salieron exactamente como ella quería. Su marido resultó ser mucho menos comprensivo de lo que esperaba y la obligó a quedarse con él. Durante varios meses se hicieron la vida imposible mutuamente hasta que Haslett Danett comprendió que seguir así era un infierno para los dos y habló con su mujer para proponerle un trato. Le pidió un año de vida, uno solo a cambio de devolverle la libertad una vez cumplido el plazo, si es que todavía la deseaba.

—Tu historia es mucho mejor que la que hay en el tablón —dijo Pierce concentrado en escucharla.

—Haslett estaba convencido de que reconquistaría a Bonnie —siguió hablando Sara sin mudar de expresión—. Durante ese año se esmeró en agasajarla, la colmó de regalos y de atenciones y por las noches la amaba con pasión. Al pasar los meses se acostumbró a ver la palidez de su rostro y la expresión melancólica que siempre la acompañaba. Estaba seguro de que después de disfrutar de los lujos que él le proporcionaba no podría renunciar a ellos para vivir con aquel pobretón que había conocido en un barco.

—Pero se equivocó —dijo Pierce.

Sara asintió pensativa.

—Bonnie le pidió su libertad. Le dijo que se había comportado como una buena esposa frente a todos, que había cumplido todas sus obligaciones, incluidas las maritales, y que ahora le tocaba a él cumplir con su palabra y dejarla libre. Le dijo que era un buen hombre y que encontraría una mujer que lo amase como merecía. Durante todo aquel año Haslett Danett estuvo seguro de haber vencido, ni por un momento se permitió dudar de su éxito. Ella no lo vio

venir. El primer golpe la derribó haciéndola caer al suelo y después se ensañó con ella dándole patadas y puñetazos hasta quedar agotado. —Sara se detuvo estremecida y a Pierce no le pasó desapercibida la palidez de su rostro—. Cuando recuperó la cordura Haslett tenía ante sí el cuerpo sanguinolento y roto de su esposa. No la mató, le rompió un montón de huesos y le provocó daños oculares haciendo que perdiese la visión de uno de sus ojos. Aquello escapaba a su propio entendimiento, lo que había hecho iba contra todo lo que había creído toda su vida y no encontró ninguna justificación para sus actos. Haslett se sumió en un estado de permanente ostracismo del que solo salió para concederle su libertad. Nunca le pidió perdón, ni siquiera volvió a dirigirle la palabra. Pero a la que había sido su mujer no le importó, ya tenía lo que más deseaba. Bonnie y John regresaron juntos a América y fueron felices el resto de su vida, aquí, en este lugar.

—Cuando su padre murió abrieron un Hotel en esta casa al que llamaron Bonnie's Tale. Siempre ha sido regentado por una Bonnie —añadió Pierce—, para ello han puesto ese nombre a su primera hija, generación tras generación.

Sara tenía una enigmática expresión.

—Qué curioso que hubieses leído esta historia en una novela. Eso quiere decir que conocías este lugar... —dijo él.

Sara negó con la cabeza.

—La autora del libro hablaba de un pueblecito de Maine, pero no decía el nombre para no alterar la vida de sus gentes —dijo melancólica—. Todo este tiempo ha estado tan cerca y yo sin saberlo...

Pierce la miraba interrogante.

—Mi hija se llama Bonnie por el personaje de esa novela —dijo Sara mirándolo a los ojos con una fuerza que Pierce no había visto antes en ellos.

Él esperó a que continuase hablando, pero en ese momento llegó la camarera a tomarles nota.

—¿Ya saben lo que van a cenar? —preguntó.

Se dieron cuenta de que ni siquiera habían mirado la carta.

—¿Qué tal si nos recomiendas algo? —pidió Pierce.

—¿Qué prefieren, carne o pescado? —preguntó Bonnie.

—Yo pescado —respondió Sara revisando los platos.

—Yo también —dijo él—.

—Entonces os recomiendo una ensalada Nicosá para compartir y de segundo el salmón a la salsa de soja con granadas.

Sara asintió y Pierce le devolvió las cartas con una sonrisa.

—Has hablado con tu padre —dijo Sara mirándolo a los ojos.

—Sí. Tenía que hacerlo.

—Ahora pensaré que no se puede confiar en mí —dijo resignada.

—No creo que piense eso en absoluto. Más bien creo que sabe que te preocupas por él.

Un camarero les trajo su ensalada y dos platos para que se sirviesen al gusto.

—¿Por qué has dejado tu trabajo? —le preguntó Sara cuando empezaron a comer—. Tenía entendido que te iba muy bien.

—No estaba en ello por vocación —respondió Pierce—. Se me da bien hacer dinero. Hacer que los demás lo ganen y ganarlo yo. Tengo un sexto sentido para las inversiones, soy capaz de detectar si una empresa es fiable tan solo charlando unos minutos con su presidente. Pero no es lo que quiero hacer el resto de mi vida.

Sara lo miraba con atención mientras comía lentamente su ensalada. Pierce no había probado bocado, estaba en plena introspección y parecía lejos de allí en ese momento.

—A veces, sentado en mi despacho, me quedaba embobado mirando a través del ventanal que me mostraba los altos edificios de la ciudad. Me preguntaba quiénes habría allí, al otro lado y qué pensarían de sus vidas. Me preguntaba en qué gastarían su dinero, ese que les obligaba a trabajar durante largas jornadas. Me preguntaba si eran conscientes de vivir presos de esos trabajos y esas vidas, que habían elegido o no.

—Creo que entiendo por dónde vas —dijo Sara soltando el tenedor—. Yo he sentido eso también. De repente te cuestionas la vida que llevas, el porqué de las cosas que haces. Trabajas todo el día para ganar un dinero que luego no tienes tiempo de gastar y que empleas en comprar cosas que hagan tu vida más cómoda: una bonita casa a la que solo vas a dormir, un comfortable coche que utilizas tan solo para ir a trabajar, una cocina abierta en la que nunca cocina nadie...

Pierce la miró con expresión agradecida, era como encontrarse con un amigo en medio de una ciudad extraña.

—Exactamente eso —dijo cogiendo el tenedor y empezando a comer.

—Yo creo que todos tenemos un momento rojo en nuestra vida —dijo Sara—. Un momento en el que nuestra vida va a cambiar lo queramos o no. Algo dentro de nosotros nos empuja a lanzarnos, a romper con algo, a intentar algo. Es un momento crítico y de nuestra decisión dependerá el resto de nuestra vida.

—¿Un momento rojo? —dijo él que no había dejado de fruncir el ceño—. Por un momento he imaginado el barrio de Ámsterdam que tiene aquellos farolillos en la puerta.

—No he estado en Ámsterdam —dijo Sara—. Nunca he estado en Europa.

—¿No te gusta viajar? —preguntó sin librarse del desconcierto.

—No lo sé —reconoció Sara sin esquivar su mirada—. Nunca he salido de los Estados Unidos.

—Yo tampoco es que haya viajado mucho —confesó él—. Para eso hay que tener vacaciones y yo apenas he cogido diez días al año los últimos diez años. Y no, no es un trabalenguas.

Sara se echó a reír a carcajadas.

—Ha sonado a eso —dijo sin dejar de reír.

—Lo sé. —Pierce también se reía.

—Me lo estoy pasando genial —dijo Sara.

—Pues espera a que te saque a bailar a magnífica pista —dijo señalando la tarima de madera en la que tan solo había una pareja de ancianos bailando una canción de Lauren Alaina—. Tendremos que competir con ellos, pero creo que podremos superarles si no intentamos hacer acrobacias.

Después de la cena y de cumplir su amenaza, sacándola a bailar dos canciones, Pierce le propuso dar un paseo por los alrededores del Bonnie's Tale y Sara aceptó encantada. Caminaron uno junto al otro disfrutando de la agradable noche y de la compañía. Empezaban a encontrarse a gusto y las conversaciones fluían sin que ningún resquemor les hiciese protegerse.

—¿Vendedora de flores? —Pierce la miraba interrogador—. No das el pego de florista.

—¿Y cómo tiene que ser una florista según tú? —Sara llevaba las manos dentro de los bolsillos de la chaqueta y lo miraba fingiendo estar interesada.

—Pues deberías llevar un peto tejano, camisa de cuadros y zapatillas de lona —dijo él aguantándose la risa—. Deberías hablar todo el tiempo de lo hermosa que es la naturaleza y lo poco que la cuidamos...

—Pues lo cierto es que sí tenía un peto tejano —dijo ella—. Y la verdad es que no me quedaba nada mal.

—¿Y qué haces trabajando de camarera? —dijo él sin dejar de sonreír—. ¿No estarás huyendo de la policía?

Una sombra cruzó la mirada de Sara y rápidamente apartó el rostro como si hubiese escuchado un ruido tras ellos.

—Deberíamos volver —dijo—. Nos hemos alejado demasiado.

Pierce la miró consciente de que algo la había perturbado.

—Hey —dijo deteniéndose en medio del camino—. Tranquila, somos amigos.

Sara suspiró.

—No me preguntes —pidió.

—No voy a hacerlo —dijo él sonriendo—. Volvamos a casa.

—Pierce —dijo cuando hubieron recorrido unos cuantos metros—. No soy

una delincuente, no tienes nada que temer de mí.

El hombre sonrió con sinceridad.

—No hace falta que lo digas. Lo sé.

Caminaron hasta el lugar en el que habían dejado la moto y regresaron a Kennenbunkport.

## Los amigos se guardan las espaldas

Pierce abrió los ojos y dio un bote al ver a Bonnie parada junto a su cama observándolo. Nunca iba a acostumbrarse a ese despertador tan incómodo.

—¿No te levantas? —le preguntó.

—Sí, Bonnie —dijo soltando el aire que había absorbido de golpe—, ahora mismo bajo. ¿Te importaría irte?

—¿Por qué eres tan dormilón? —dijo la niña sentándose en la cama—. Siempre eres el último en levantarte.

Pierce cerró los ojos un momento, pero enseguida se sentó y puso los pies en el suelo.

—No tener que madrugar es algo muy agradable —dijo.

—¿Estás jubilado? —preguntó.

—¿Tan viejo crees que soy?

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y siete.

—Entonces eres mayor que mamá.

Pierce asintió.

—Espero que cuando yo tenga treinta y siete años tenga una bonita casa y un barco —dijo la niña mirándolo con sus enormes ojos azules.

—¿Me estás cuestionando?

—¿Qué es cuestionar?

—Pues... —pensó cómo explicárselo—, decirle a alguien que no está haciendo bien las cosas.

—Bueno, eres viejo y no tienes casa, ni familia, ni nada.

—¡Vaya! —Pierce no sabía si enfadarse o echarse a reír—. Anda, Bonnie, deja que me vista y bajaré a desayunar.

La niña se levantó para salir de la habitación.

—Bonnie —la detuvo antes de que llegara a la puerta—. ¿A ti te gustaba dónde vivías antes?

La niña mostró una enorme sonrisa y asintió, pero no dijo una palabra.

—Supongo que una floristería es un lugar muy bonito para una niña.

Los ojos de Bonnie se abrieron más de lo normal mostrando enorme sorpresa. Se acercó a Pierce y bajó la voz.

—¿Mamá te ha hablado de floristería? —preguntó y Pierce asintió—. No quiere que hable de ello con nadie.

Pierce trató de mantener una expresión neutra.

—Somos amigos —dijo—, los amigos se cuentan esas cosas.

Bonnie asintió y volvió a sentarse junto a él en la cama.

—Me gustaba mucho la floristería y Charlie. Echo de menos a Charlie.

—Charlie trabajaba con tu madre... —se aventuró.

Bonnie asintió.

—Yo no quería irme —dijo haciendo pucheros—, pero mamá se puso muy nerviosa cuando vino aquella señora a la tienda preguntando por Brittany y dijo que teníamos que irnos de viaje.

—¿Brittany? —Pierce se esforzaba mucho en que no se percatase de su interés.

—¡Sí! —exclamó la niña.

—Shsssss —dijo Pierce poniéndose el dedo frente a los labios—. Ya sabes que tu mamá no quiere que mencionemos ese nombre.

Bonnie asintió.

—Es verdad —susurró.

—¿Y a ti no te pareció normal que se pusiera nerviosa? —preguntó haciéndose el sorprendido—. Pues yo sí lo entiendo.

La niña lo miraba confusa.

—Esa mujer se empeñaba en que quería hablar con Brittany y Charlie no hacía más que decirle que allí no había nadie con ese nombre. Mamá y yo estábamos en la trastienda y me hizo gestos para que me estuviese callada hasta que se fue.

—Hay gente que no está bien de la cabeza —dijo Pierce quitándole importancia—, seguro que esa mujer tenía una amiga imaginaria y se había empeñado en que tenía que estar allí.

—¿No le dirás a mamá que he hablado de ella?

—Por supuesto que no, tú y yo somos amigos también, ¿verdad? —dijo y la niña asintió repetidamente—. Pues los amigos se guardan las espaldas. —La niña frunció el ceño sin comprender—. Significa que se protegen, que cuidan el uno del otro.

Bonnie mostró su enorme sonrisa.

—A partir de hoy yo no volveré a hablar de Brittany, ni de la floristería, ni de Pensilvania —dijo Pierce haciéndole un gesto para que ella dijese algo.

La niña asintió con la cabeza.

—Ni de Beaufield, ni de Charlie ni de la señora pelirroja que asustó a mamá —dijo como si se tratase de un pacto.

—Eso es —dijo Pierce—. Y ahora baja y di que estaré enseguida.

Cuando la niña salió de su habitación Pierce se frotó la cara con las manos. Se sentía un poco mal por haber manipulado a la niña, pero en su descargo podría decir que no había sido algo premeditado. Cogió el móvil de la mesita y abrió el navegador buscando en el mapa Beaufield, Pensilvania. Después de marcarlo con una banderita se levantó y entró en el baño con toda aquella información dando vueltas en su cabeza.

—Buenos días. Hoy he preparado tostadas —dijo Sara con una dulce sonrisa al verlo aparecer.

—Buenos días a todos —dijo él sentándose.

—Pierce, ¿te vienes de excursión? —preguntó la niña—. Vamos a Goose Rocks.

—¿Goose Rocks? —dijo Pierce—. ¿Habéis visto el tiempo? Es casi seguro que va a llover.

—¿Y qué importa? —dijo Sara untando una tostada con mermelada para Bonnie—. ¿Temes encogerte si te mojas?

—Pierce es un cagueta —dijo Bonnie riéndose a carcajadas.

—No es cierto —dijo el hombre mirando a la niña con falsa expresión de enfado.

—Bueno —añadió Sara—. Si lo prefieres puedes quedarte con Cary y sus amigos, seguro que te dejan un sitio en la partida.

—No quiero que te sientas mal —dijo Cary mirando a su hijo y siguiéndoles el juego—, pero me temo que los chicos acaben destripándote, no es que juegues muy bien, la verdad.

—¿Los chicos? —dijo Pierce sonriendo de medio lado—, eres el más joven del grupo.

—No pierdes una ocasión de recordarme que ya estoy en la rampa de despegue —dijo su padre haciéndole una mueca de desagrado.

—Tú te lo has buscado poniéndote de su parte —dijo Pierce y acto seguido se echó a reír a carcajadas—. ¡Los chicos!

Bonnie salió del coche y corrió hacia la arena sin esperarlos. Pierce y Sara cogieron algunas cosas del maletero y la siguieron. Escogieron un lugar para extender la manta pareo y dejaron las cosas encima.

—¿Damos un paseo? —preguntó Sara después de quitarse las zapatillas.

—¡Sí, sí, sí! —gritó Bonnie dando saltos.

Sara se quitó la sudadera y miró a Pierce sonriendo. Se había puesto un peto tejano con una camisa de cuadros. El hombre sonrió divertido.

—Pues tenías razón —dijo—, te queda muy bien.

—Ayer dijiste que te gustaba correr —dijo Sara—. Veamos qué tal se te da.

Sin esperar respuesta echó a correr. Pierce se quitó los zapatos lo más rápidamente que pudo y corrió tras ellas.

—¿Qué te gusta hacer, aparte de trabajar en el Coffee too e ir de excursión con Bonnie? —preguntó Pierce mientras la niña hacía un castillo de arena con sus cubos de colores. Sara y él se habían sentado a descansar en el pareo después de la larga carrera por la playa que, por supuesto, había ganado Sara haciendo trampas.

—Pues... —Sara apoyó las manos en el suelo un poco retrasadas y echó la cabeza para atrás dejando que el tibio sol le diese en la cara—. Me gusta mucho dibujar, leer, escuchar música... Me encanta sentarme en el columpio del porche de tu padre y leer mientras ellos duermen. Me gusta charlar con Cary. Que Rona no se canse de explicarme cómo se hacen sus batidos a pesar de que nunca me salen como a ella y que Samuel quiera hacer de mí una auténtica chef. Me gusta correr cuando todo el mundo duerme y me encanta hacer el pino en la pared que hay junto al garaje.

—¿El pino? —dijo Pierce sorprendido.

Sara abrió los ojos y lo miró asintiendo.

—Sí, me habrás visto alguna vez...

Pierce negó con la cabeza.

—Pues lo hago cada día varias veces —dijo—. No pongas esa cara, es divertido.

—Si tú lo dices.

—Además es bueno para la circulación de la sangre —explicó—. Siempre hace el mismo recorrido y es bueno obligarla a cambiar. ¿Y a ti qué te gusta hacer?

Pierce lo pensó durante unos segundos y se dio cuenta de que no lo sabía. Cambió de posición y se incorporó mirando hacia donde Bonnie jugaba tranquilamente. Sara también se sentó y lo miró durante unos segundos sin decir nada. Era un hombre muy atractivo, tenía un perfil fuerte y marcado y sus facciones eran perfectas. Sintió deseos de sentir entre los dedos la textura de su cabello, parecía tan suave...

—Tendré que buscarme un trabajo —dijo de pronto.

—¿Un trabajo? ¿Aquí? ¿En Kennenbunkport? —preguntó Sara.

Pierce giró la cabeza y la miró por encima de su hombro.

—¿No te había dicho que voy a quedarme por aquí un tiempo? —dijo con ironía.

—Sí, no, no es eso —dijo ella titubeante—, es solo que no creí, bueno pensé que esto...

—¿No creías que hubiese dejado mi trabajo de verdad? —dijo él sonriendo—. Ya, papá tampoco me cree.

—Es que es un cambio demasiado brusco... No rompe uno con su vida así como así.

—¿Y cómo sabes que ha sido así como así? —preguntó.

—No lo sé, claro.

—¿Dejar Pensilvania fue así como así? —preguntó sin apartar sus inquisidores ojos de los de la mujer.

—No estamos hablando de mí —dijo ella.

—No, nunca hablamos de ti —dijo él.

—Mamá, ¿puedo ir a las rocas? —preguntó Bonnie poniéndose de pie.

—Sí, cariño, pero donde siempre, no te muevas de ese sitio —dijo su madre sonriéndole.

Cuando se quedaron solos Sara miró a Pierce y le pareció que una sombra había cubierto su expresión. Era como si algo lo atormentara y ahora mismo estaba allí dentro de esa oscuridad.

—¿Qué ha pasado para que quieras abandonar tu vida de repente? —preguntó con tacto.

Él levantó la mirada del suelo en el que había estado dibujando círculos concéntricos.

—Si no quieres hablar de ello, lo respeto —dijo Sara rápidamente—, no es un interrogatorio. Tan solo quería que supieses que puedes hablar conmigo... como un amigo.

—¿Amigos? —dijo él frunciendo el ceño—. Los amigos no tienen secretos y me parece que tú no estás dispuesta a abrirle tu corazón a nadie.

Ella lo miró extrañada.

—Hace muy poco que nos conocemos...

—Sabes que no es una cuestión de tiempo —la cortó él muy serio—, es una cuestión de confianza. Puedes conocer a alguien durante años y no llegar nunca a ese sitio. Mi padre siempre dice que confiar en alguien es hacer una apuesta y las apuestas no siempre se ganan.

Sara encogió las piernas y se abrazó a sus rodillas mirando hacia donde su hija jugaba. Entonces lo vio, era un perro grande de esos cuya musculatura les

obliga a andar moviéndose sinuosos. Parecía estar solo y todas las alarmas se encendieron en el cerebro de Sara que se puso de pie dispuesta a gritarle a su hija.

—No grites —dijo Pierce que ya se había puesto de pie antes que ella—. Podrías asustarla y el perro lo sabría. Quédate aquí, no se ocurra echar a correr.

Sara lo miró sin comprender y lo vio caminar hacia las rocas rápido, pero aparentemente calmado. Lo siguió tratando de contener la urgencia que sentía. Cuando Pierce llegó Bonnie miraba al perro temblando de miedo y el animal emitía un gruñido constante y contenido sin apartar los ojos de la niña y babeando entre los dientes.

—Tranquila Bonnie —dijo Pierce en un tono suave pero firme acercándose hasta colocarse delante de la niña—. No te muevas.

El perro seguía gruñendo pero no se decidía a atacar. Pierce hizo un barrido a su alrededor buscando algo que usar contra el animal, pero no había nada lo suficientemente cerca. Entonces vio una pelota de goma entre las piedras y frunció el ceño. ¿Sería por eso que se mostraba tan agresivo? ¿Creía que Bonnie quería quitarle su estúpida pelota?

—Bonnie no lo mires —dijo sin cambiar de tono—. Mantente detrás de mí y ve moviéndote hacia tu madre.

Pierce miraba hacia un lado para no fijar su vista en el perro y que no lo viese como una amenaza, pero no perdía detalle de sus movimientos. El perro seguía gruñendo, pero se resistía a atacar a pesar de que todo su lenguaje corporal era agresivo y amenazante. Cuando Sara pudo alcanzar a Bonnie, Pierce caminó hacia atrás lentamente y bajó de las rocas con mucho cuidado de no caerse. Cuando estuvo lo suficientemente lejos para el perro este dejó de gruñir y cambió por completo de actitud acercándose hasta el lugar en el que estaba su pelota y cogiéndola entre los dientes.

—¿En serio? —Sara no daba crédito.

—¡Pinkie! ¿Dónde estás maldito chuchó? —Una joven apareció corriendo y se dirigió al perro con muy mal carácter—. ¡Perro idiota! ¿Se puede saber qué haces?

—Deberías llevarlo atado —dijo Pierce—. Es un perro peligroso y podría morder a alguien.

La joven que estaba extremadamente delgada y apenas llevaba ropa lo miró con una sonrisa irónica y despreciativa.

—Claro que sí —dijo mirándolo con las manos en la cintura—. Y con bozal. Para que los tipos como tú puedan pasearse a gusto con sus familias.

—Pues sí —dijo él sin apartar la mirada.

—Ya te digo —dijo la chica riéndose—. Te has cagado de miedo.

Pierce empezaba a estar algo más que enfadado.

—¿Melody, qué haces? —dijo un chico acercándose a ella.

—Este, que quiere decirme cómo tengo que cuidar a Pinkie.

—Tu perro ha estado a punto de atacar a una niña —dijo Pierce—. Y supongo que sabes que todo lo que haga ese animal será responsabilidad tuya.

—Pinkie no ataca niños —dijo la que parecía llamarse Melody—, siempre y cuando ellos no le hagan nada.

—¡Melody, no seas gilipollas! —le gritó el chico—. Perdonen si Pinkie les ha molestado —dijo al tiempo que cogía la correa que la chica llevaba colgando de un bolsillo y se la ponía al perro—. Papá te va a romper los dientes como el perro muerda a alguien.

—¡A mí no me llames gilipollas! ¡Gilipollas! —gritó la joven yéndose detrás de su hermano—. Como le digas algo a papá te ahogaré mientras duermes, capullo.

Pierce se volvió hacia Sara y Bonnie que estaban abrazadas. Las dos temblaban, pero Sara tenía una expresión extraña, como si estuviese en trance.

—¿Qué pasa, Sara?

Ella negó con la cabeza, se limpió una lágrima antes de que cayera de su ojo y se dio la vuelta alejándose de allí. De repente ya no le apetecía un día de excursión.

## Me ha encantado charlar contigo

—¿Angina de pecho? —Lewis se dejó caer en el sillón—. ¡Dios, mío!

—Tranquilo, tío, está bien —se apresuró a calmarlo—. A mí me pasó lo mismo, pero hablé con el médico y no hay que temer nada. De hecho ha sido una suerte que le haya pasado eso porque así han podido actuar a tiempo.

—¿Quieres decir que le hubiese dado un infarto?

—Probablemente, algún día...

—En cuanto acabe la gira voy a verlo —dijo Lewis apartándose el pelo de la cara.

—Está muy bien cuidado y además, ahora estoy yo aquí, no tienes de qué preocuparte. Ven cuando quieras, pero estate tranquilo.

—¿De verdad lo has dejado todo? —Lewis sabía por lo que había pasado su hermano. Era el único que conocía la historia completa y fue la persona a la que llamó aquella noche hecho pedazos.

—Sí, hermano.

—Hay que reconocer que tienes huevos.

—Ha sido fácil —dijo Pierce. Estaba sentado en el columpio del porche meciéndose relajado—. No imaginaba que sería tan sencillo deshacerse de todo.

—¿Y ya has pensado a qué te vas a dedicar? No te veo viviendo de renta.

—Estoy dándole vueltas.

—¿Montar un negocio? —Lewis hizo un gesto a Luke, su manager, que había entrado en el camerino a buscarlo, para que le diese unos minutos más.

—Quizá...

—Si necesitas algo, ya sabes.

—Tranquilo, lo sé. Y no te preocupes por papá. Sara lo ha estado cuidando como una hija y está muy bien.

—¿Qué tal es? —preguntó su hermano pequeño con curiosidad.

—Maja.

—¿Maja? —Lewis soltó una carcajada—. ¿Eso es todo?

—¿Qué quieres que te diga? Es una buena chica, tiene una hija adorable y nada más.

—Vaya, vaya. —Lewis no podía desaprovechar una oportunidad de reírse de su hermano—. Pierce Fuller no tiene palabras. Tengo que conocer a esa chica.

—Imbécil —dijo el otro—. Anda y vete a cantar.

La risa de Lewis se perdió al colgar la comunicación y Pierce dejó el teléfono sobre el columpio. Enseguida entró mensaje con un gif de su hermano riéndose a carcajadas. No pudo evitar reírse.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Cary que acababa de salir.

—Tu hijo Lewis, que es un tonto del culo —dijo Pierce moviendo la cabeza.

—¿Ya le has contado lo de mi problema?

Pierce asintió.

—Bien, ya soy oficialmente un anciano —dijo Cary sentándose junto a él en el columpio—. La verdad es que cuando pensé en este porche no imaginaba estar sentado contigo en este columpio. Más bien pensaba en tu madre.

—Lo sé —dijo Pierce meciéndolo con suavidad—. Tendrás que conformarte conmigo, viejo.

—Si empiezas a llamarme viejo te echo de esta casa.

—Está bien, te llamaré chico —dijo riéndose.

Durante un rato se quedaron en silencio disfrutando de la mutua compañía y de una noche preciosa.

—Menudo susto os habéis llevado —dijo Cary—. Sara está que no da pie con bola.

—Era una bestia —dijo Pierce poniéndose serio—, y aquellos dos críos no lo tenían controlado en absoluto.

Su padre asintió.

—Hace tiempo que quiero comprar un perro —dijo.

Pierce lo miró con sorpresa.

—¿Un perro? ¿Ahora? ¿En serio?

—Ya, ya sé que tú siempre quisiste tener uno, pero ya sabes los que pensaba tu madre.

—Sí, que era cruel tener un perro en un apartamento en la ciudad —dijo Pierce.

—Y tenía razón, lo sabes —dijo su padre—. Además se habría pasado el día solo, todos teníamos ocupaciones.

—Cierto.

—Ahora estoy jubilado y tengo tiempo y una casa...

—Me parece una buena idea —dijo Pierce.

—Pero después de lo que ha pasado hoy... Quizá a las chicas les dé miedo.

Pierce lo miró sorprendido.

—Hablas como si pensaras que se van a quedar para siempre, papá.

—¿Y a dónde se van a ir que estén mejor que aquí? —dijo Cary poniéndose de pie—. Anda, vamos, que ya debe estar la cena.

Pierce observó a su padre entrar en la casa y no pudo evitar sentir cierta inquietud. Cary había establecido ya un profundo vínculo con Sara y Bonnie, pero no sabía nada de ellas. No dejas entrar en tu familia a alguien que mantiene en secreto su pasado. ¿Y si había algo terrible que debían saber?

—¿Preparada para tu primer día de clase?

Pierce miraba a la niña que estaba equipada con todo lo necesario para su nueva etapa vital. Bonnie sonreía emocionada, en cambio su madre era un manojo de nervios. Se agachó para estar a la altura de la niña y la miró muy circunspecto.

—Me temo, Bonnie, que vas a tener que tener mucha paciencia con mamá. No te enfades si se pone un poco tonta en la puerta de la escuela y suelta alguna lagrimita...

Sara le dio un manotazo por burlarse de ella y Pierce se echó a reír poniéndose de pie.

—¿Vas a portarte bien, Sara? —dijo sin dejar de reír y contagiando a la niña.

—Dejad de reinos de mí —dijo ella—, sois dos tontos. Bueno, tres.

Cary se reía también sin esconderse.

—Deberías dejarme que la llevase yo —dijo el hombre—, al menos el primer día es mejor que no la pongas en evidencia.

—Seréis... —cogió a su hija de la mano y se dirigieron a la puerta—. No les hagais ni caso, cariño.

—Vale, mamá, pero tú no llores, ¿eh?

Salieron de la casa y los dos hombres se miraron cómplices.

—Es un gran momento para ellas —dijo Cary.

Pierce asintió y suspiró.

—Lo sé.

—Y ahora tú y yo vamos a organizar ese garaje como me habías prometido —dijo Cary.

Pierce sonrió asintiendo.

—Mamá, no te preocupes estaré bien —dijo la niña mirando a su madre que hacía infructuosos esfuerzos por disimular las ganas de llorar.

—Cómete el bocadillo que te he preparado y diviértete, mi vida.

La niña entró en el colegio ante la atenta mirada de su madre.

—¿Es la primera vez? —dijo una mujer acercándose con una enorme sonrisa. Sara asintió—. Tranquila, es un buen colegio, estará bien. Soy Bárbara Cartland.

Sara la miraba con desconcierto cuando estrechó su mano.

—Sí, mis padres son muy bromistas y me pusieron el mismo nombre que la escritora. Una curiosidad que me ha traído algún que otro inconveniente.

—Sara Jarman —dijo con una sonrisa—, lo imagino.

—¿Tienes tiempo para un café? —dijo señalando la cafetería situada en la calle de enfrente—. No he tomado ninguno y no soy persona hasta que recibo mi dosis diaria de cafeína. A no ser que tengas que ir a trabajar...

—No —dijo Sara después de dudar unos segundos—, no entro hasta la tarde.

—¿Entonces, vamos?

Sara aceptó y juntas cruzaron la carretera y entraron en el local. Sara pensó que le hacía falta confraternizar con las otras madres. Es bueno tener a quién acudir si surgía alguna duda o problema.

—¿Tú hija no es de las más pequeñas? —preguntó.

—No, April es de cuarto grado, es toda una mujercita ya.

Se sentaron en una mesa después de pedir dos cafés con leche en la barra.

—No he olvidado lo nerviosa que me puse la primera vez —dijo Bárbara quitándose la chaqueta y colgándola en el respaldo de la silla—. Aunque debo reconocer que mi marido estaba mucho peor.

—Yo no he pegado ojo esta noche —dijo Sara.

—Mañana irá mejor, ya lo verás. Es cuestión de acostumbrarse —dijo Bárbara con una dulce sonrisa—. ¿Tu marido no ha insistido en venir contigo? Alfred nos acompañó todos los días durante un mes.

—No estoy casada —dijo Sara algo incómoda.

—Oh, querida, no te sofoques, la mayoría de las mamás de este colegio son divorciadas. Reconozco que soy un bicho raro por seguir con Alfred, pero es que soy bastante conformista, ahora que no nos oye.

Sara no pudo evitar sonreír ante aquella maldad.

—No, mi marido murió —aclaró—. En un accidente de coche.

—¡Oh! —exclamó poniendo una mano en su antebrazo—. ¡Cuánto lo lamento! Pobrecita.

—Bonnie, mi hija, tan solo tenía un año...

—¡Dios mío!

El camarero trajo los cafés con leche y Bárbara le detuvo antes de que se marchara.

—Tráenos dos pedazos de la mejor tarta que tengas —le dijo y cuando se alejó miró a Sara a los ojos con fijeza—. Necesitamos azúcar. Es el único

consuelo cuya efectividad es instantánea.

Sara sonrió.

—No es necesario, pero nunca rechazo un buen pedazo de tarta.

—Yo trabajaba en una gasolinera, allí en Wisconsin —siguió contando Bárbara, que resultó ser una auténtica cotorra—. Alfred siempre pasaba a poner gasolina y no tardé en comprender que no era la calidad del crudo lo que le hacía regresar.

Sara sonrió divertida.

—¿Y tú? ¿Siempre has vivido aquí? —preguntó encendiendo un cigarrillo y apartando el plato en el que ya solo quedaban las migas de la tarta.

—No. Bonnie y yo venimos de Pensilvania. Teníamos una floristería.

—¿Y lo dejaste todo cuando tu marido murió?

—Bueno, en realidad nos hemos mudado hace poco.

Bárbara la miraba desde detrás del humo de su cigarrillo esperando que siguiese hablando. Sara comprendía que después de todo lo que ella le había contado esperase algo de colaboración por su parte, pero llevaba demasiado tiempo guardándose sus cosas y no le salía de manera natural.

—¿Vivís cerca? —preguntó Bárbara.

Quizá responder preguntas fuese más sencillo.

—En Ocean Avenue —dijo—. Vivimos con Cary Fuller, ¿le conoces?

—Cary Fuller, Cary Fuller —repitió en voz alta mientras hacía memoria—. Lo cierto es que me suena muchísimo ese nombre, pero ahora mismo no caigo...

—Todo el mundo lo conoce por aquí —dijo Sara—, si llevas tanto tiempo viviendo en este pueblo seguro que lo conoces.

—Me vas a perdonar un momento que vaya al lavabo —dijo poniéndose de pie—. Vengo enseguida.

Sara la vio alejarse y le pidió al camarero que le preparase la cuenta. No quería entretenerse más.

—Tengo que marcharme —dijo poniéndose de pie cuando Bárbara regresó.

—¡Se ha hecho tardísimo! —exclamó la otra riendo—. Cuando empiezo a hablar no hay quién me pare. Espera que pagaré la cuenta.

—No, no, ya está pagada —dijo Sara amablemente.

Salieron juntas del local y se pararon un momento frente a la puerta para despedirse.

—Me ha encantado charlar contigo —dijo Bárbara—. Espero que te apetezca repetirlo.

—Claro que sí —dijo Sara fingiendo el máximo entusiasmo de que fue capaz.

Cada una iba en una dirección y se dieron la vuelta para marcharse. Pero Sara tuvo que detenerse al oír que la llamaba.

—Espera un momento —dijo Bárbara acercándose—. Ese Cary Fuller con el que vives no será el adorable anciano que vive frente a la playa de las cañas.

Sara asintió, así era cómo los lugareños llamaban a aquella cala, aunque ella no había visto una sola caña desde que estaba allí y tampoco iba nadie a pescar.

—¡Oh! Ya decía yo que me sonaba ese nombre —dijo Bárbara riéndose—, si no hubiese conseguido acordarme no habría pegado ojo esta noche.

—Pues me alegra que lo hayas recordado —dijo Sara—. Yo no he dormido y va a ser un día duro.

—Desde luego —dijo Bárbara alejándose—. Volveremos a vernos.

Sara la saludó con la mano y se dio la vuelta para alejarse también, recriminándose por ser tan insociable.

—... y hemos dibujado un retrato nuestro y los hemos colgado todos en la clase con nuestros nombres. Y he hecho una amiga, mamá. Se llama Maisie y tiene el pelo más negro que he visto jamás.

Sara miraba a su alrededor buscando a Bárbara sin éxito. No es que tuviese muchas ganas de encontrársela, pero se había prometido esforzarse con ahínco por hacer amistades.

—Vamos a casa —dijo su hija tirando de su chaqueta—, que tengo que contárselo todo a Cary.

Regresaron caminando y Bonnie no dejó de hablar ni un momento hasta que subieron las escalinatas de la entrada de la casa. Por suerte para Sara en cuanto tuvo a Cary delante, cambió de espectador y dejó que su madre descansara un rato de su parloteo constante.

—Ven abuelo que te enseño todo lo que he hecho —dijo llevándoselo al salón.

Sara se metió en la cocina a beber un vaso de agua antes de marcharse a trabajar. Hoy le tocaban cenas y con el sueño que tenía comprendió que iba a necesitar algo más que agua. Preparó la cafetera y se tomó una taza de café sentada frente a la ventana. No quería reconocerlo, pero miraba a través del cristal, ansiosa por verlo aparecer. Cada día sentía más fuerte aquella pulsión, aquel anhelo siempre que Pierce no estaba y por más que se decía que era una locura, que aquello solo le traería problemas, no podía dejar de pensar en él.

Sintió un escalofrío y dio vueltas a la cucharilla dentro del café. Desde la otra noche nada había vuelto a ser igual para ella. Se descubría recordando sus brazos rodeándola en la pista de baile, escuchaba su suave voz susurrándole

cerca del oído para que los que cenaban en la mesa de al lado no escucharan su historia. No podía evitar mirarlo de soslayo cuando estaba distraído y dibujaba en su mente cada uno de sus rasgos. Su cuerpo la atraía como un imán, se imaginaba tocándolo por debajo de la camiseta, abrazándolo a traición por la espalda, apoyando su mejilla contra su cuerpo...

—¿No trabajas?

La voz de Pierce la hizo dar un respingo en la silla y por poco tira la taza al suelo que alcanzó casi en el aire vertiendo el poco líquido que aún le quedaba.

—Vaya susto te acabo de dar —dijo riendo—. Sí que estabas ensimismada.

Sara sintió que el calor que sentía por todo su cuerpo sería pronto visible en su rostro así que se levantó presurosa y llevó la taza hasta el fregadero para estar de espaldas a él.

—Estaba pensando en mis cosas —dijo a modo de excusa.

—Ya veo, ya —Pierce cogió una taza y se sirvió un poco del café que ella había preparado—. Estoy muerto.

Sara fregó la taza con agua fría dándose tiempo a recuperar la calma.

—Pues ya somos dos —dijo volviéndose con un trapo en las manos para secarlas—. Esta noche no he pegado ojo con lo de Bonnie y ahora me tengo que ir a trabajar.

Pierce sonrió con aquella tierna sonrisa que tenía el poder de desarmarla. Él entrecerró los ojos sin apartar la mirada.

—¿Te ocurre algo? —dijo—. Estás... diferente.

Sara se mordió el labio y soltó el trapo sobre la encimera.

—Estoy cansada, ya te lo he dicho.

—¿Todo ha ido bien en el colegio? He visto a Bonnie hablando sin parar con mi padre. De hecho voy a tener que ir a rescatarlo pronto.

—Todo bien —asintió Sara sonriendo al pensar en su hija—. Está entusiasmada de verdad. No ha parado de hablar durante todo el camino desde el colegio hasta aquí.

—¿Y tú? —preguntó solícito—. ¿Qué tal ha ido tu día?

—Bien. He conocido a una mamá y hemos tomado café esta mañana. Por cierto, no has dicho a dónde has ido.

Pierce tenía una expresión de lo más seductora y sus brazos cruzados frente al pecho tensaban la camisa marcando sus fuertes músculos. Sara apartó la mirada temiendo que reflejara demasiado bien lo que sentía.

—Es una sorpresa —dijo el hombre que no dejaba de analizar todos sus movimientos.

Pierce bajó los brazos y se acercó a ella, le cogió la barbilla y la obligó a mirarlo.

—¿Qué ocurre, Sara? —preguntó y sus ojos brillaban de un modo electrizante—. Creía que éramos amigos...

Sus labios la llamaban y Sara apartó la mirada demasiado brusca antes de alejarse de él.

—Tengo que irme o llegaré tarde —salió de la cocina dejando a Pierce con un desconcierto del tamaño de la bahía.

## Muerta y enterrada

—¿Un taller? —su padre miraba a Pierce desconcertado—. ¿Quieres abrir un taller en Kennenbunkport?

—¿Qué tiene de raro? —Pierce miró a Sara—. ¿Tú qué opinas?

—Bueno, aquí la gente tiene coche...

—¿Ves? —dijo Pierce volviéndose de nuevo a su padre—. Sara está de acuerdo.

—Hey, hey a mí no me metáis —dijo levantándose a retirar los platos.

—Tengo el dinero y sé de coches...

—¡Ah, bueno! Entonces ya está, claro que sí. —Cary tenía esa expresión irónica que tan bien conocía Pierce.

—Bueno... —Su hijo se apartó el pelo que le caía a los lados de la cara—, contaba con que tú me ayudaras al principio.

A Cary se le iluminaron los ojos antes de que pudiera controlar su sincera expresividad.

—Estoy jubilado —dijo muy serio.

—Tranquilo, no pretendo explotarte —dijo Pierce—. Tan solo necesitaré tus consejos. Sus sabios consejos. —Miró a Sara y le guiñó un ojo.

—Vaya dos —dijo la mujer colocando los platos en el lavavajillas.

—Antes de decir nada, piénsatelo, papá —dijo Pierce—. Siempre me gustó la mecánica, lo sabes, se me daba bien.

—Todo lo que te has propuesto en la vida se te ha dado bien, hijo —dijo Cary poniéndose serio—. Pero estás actuando movido por la pena y eso no es sano.

Pierce lo miró molesto por sacar ese tema.

—No es cierto —dijo tajante—. Si no quieres ayudarme me las apañaré solo.

—No es eso, hijo, pero no puedes actuar de manera tan precipitada. No se cambia de vida así, de la noche a la mañana.

—Tengo derecho a decidir cómo quiero vivir.

—Por supuesto que tienes derecho —Cary trataba de mantenerse sereno—. Pero desde que murió Gene no haces más que dar palos de ciego. Necesitas un

tiempo de calma, pensar bien...

—¿Crees que no lo he hecho? —Pierce se sentía furioso y no entendía por qué le importaba tanto que su padre no lo apoyase—. Lo he pensado suficiente y estoy decidido. Ya he visto varios locales que pueden servirme y pensaba que me ayudarías a decidir con cual quedarme, pero ya veo que tendré que hacerlo solo.

Se levantó y salió de la cocina. Cary se encontró con los ojos de Sara cuando escucharon la puerta de la calle cerrarse de un portazo.

—He sido un idiota —dijo el anciano.

Sara asintió. Se secaba las manos cuando escucharon el sonido del motor de la Harley. Fue hasta la mesa y se sentó frente a su amigo.

—Está tratando de descubrir quién es —dijo—, y esa es la parte más difícil en la vida de cualquier persona.

—Pero temo que tome decisiones equivocadas fruto del dolor que lo reconcome por dentro.

—El dolor también es un factor en la ecuación, no se puede prescindir de él cuando vive con nosotros.

Cary extendió la mano para coger una suya.

—Eres una jovencita muy sabia —dijo sonriendo.

—No tan jovencita, me temo.

—¡Ay! Lo que daría por tener de nuevo treinta años. Mi querida Susan seguiría conmigo...

—Ella sigue aquí —dijo Sara señalando el lugar donde estaba su corazón—. Y en tus hijos. No importa que se equivoque, debes ayudarle en todo aquello que emprenda o te arrepentirás.

—Jamás le daría la espalda, y espero que cuando se calme lo recuerde.

—Quizá lo que necesita es volver atrás.

Cary asintió.

—Bueno, venga —dijo ella dándole unas palmaditas en el brazo—. Vamos a hacer cosas que tengo que terminar de decapar esa cómoda.

Sara estaba restaurando algunos muebles de la buhardilla y aprovechaba todos los ratos que tenía libres para dedicarse a ello.

—Yo me encargo de ir a buscar a Bonnie al cole y luego iremos al parque un rato —dijo Cary.

—No te olvides de la merienda —dijo Sara saliendo de la cocina.

Cuando Pierce volvió de su paseo motero subió a la buhardilla donde sabía que la encontraría. Sara llevaba una camisa atada a la cintura manchada de barniz y sostenía una brocha en el aire mientras observaba con detalle su trabajo

antes de dar el visto bueno.

—¿Mi padre ha ido a buscar a Bonnie o necesitas que vaya yo? —preguntó Pierce.

Sara lo miró un instante, dejó la brocha y cogió un trapo humedecido para limpiarse.

—Ven, vamos a hablar —dijo señalándole el viejo sofá, que había viajado hasta aquella buhardilla desde Brooklyn.

Antes de sentarse, Sara cogió el álbum que le había dado Cary antes de irse. Lo puso sobre sus rodillas y lo abrió por donde había dejado la marca. Pierce miró aquellas fotografías visiblemente emocionado.

—Este soy yo —dijo señalándose.

En la fotografía podía verse a un adolescente larguirucho, con la cara y los brazos manchados de grasa, frente a un Camaro color negro.

—Me pasé una noche sin dormir para arreglarlo —dijo emocionado al recordar—. Niall se quedó conmigo en el taller y durmió con su saco en un cuartito que teníamos. Recuerdo que hacía un frío tremendo, pero yo sudaba como nunca.

—Lo sé, me lo ha contado tu padre —dijo Sara junto a él mirando todas las fotografías—. Y debo decirte que se ha emocionado muchísimo al hacerlo.

Pierce asintió y fue pasando una tras otra todas las páginas hasta llegar a una en la que se veía a una mujer riendo junto a un Cary más joven.

—Mi madre —dijo.

Sara asintió. La había visto en otras fotografías, pero aquella tenía algo especial, el fotógrafo había captado el momento a la perfección.

—La hizo mi hermano Niall —dijo Pierce melancólico—. Nunca se separaba de su cámara. Es curioso —dijo como si se acabara de dar cuenta—. Niall siempre con su cámara, Lewis que no se apartaba de su guitarra y yo trasteando con motores.

Sara asintió con una gran sonrisa.

—Quizá estas fotografías eran lo que necesitabas para encontrarte —dijo volviendo a la imagen que mostraba al desgarbado y orgulloso muchacho que había logrado arreglar el Camaro negro.

Él la miró con intensidad y sin haberlo planeado, sin pensarlo siquiera se inclinó y la besó en los labios. Sara no se apartó. La cogió desprevenida, pero al sentir sus no pudo disimular lo mucho que deseaba aquella caricia. Le dejó el paso libre enseguida y la lengua de Pierce serpenteó deliciosamente dentro de su boca. El álbum de fotos se cayó al suelo mientras ellos se enredaban contra el respaldo del sofá.

Sara se estremeció al notar sus dedos deslizándose por debajo de su

camiseta. Abrió los ojos y su mirada se engarzó en la de él como la piedra a un anillo. Ambos buscaban su resistencia, pero no daban un paso atrás, querían cruzar la línea.

—Para —susurró ella.

—¿Por qué? —preguntó él sin apartarse un milímetro.

—Porque es una mala idea.

Sara sentía el corazón bombeando sangre a borbotones y lanzándola directamente hasta su sexo que palpitaba recordándole que, a pesar de todo, seguía vivo.

Pierce la besó en la comisura de su boca y sentir su aliento tan cerca estuvo a punto de volverla loca.

—Esto no es justo —susurró ella poniéndose de pie y dando un paso lejos de aquel peligroso sofá.

—Define justo —dijo él con la voz ronca.

Una voz en la cabeza de Sara no dejaba de gritarle que se apartara, pero no había ni una pizca de lógica que cupiese ahora mismo dentro de ella.

Pierce se levantó y se acercó a ella decidido. La rodeó por la cintura y la atrajo de nuevo besándola en la mejilla. Sus manos serpentearon por su espalda y se metieron en la parte trasera de sus pantalones agarrándola con firmeza. Sara deseó que toda aquella ropa que los separaba no estuviese allí y cerró los ojos conteniendo un gemido.

—No sigas —dijo ella sin ninguna seguridad.

—¿De verdad quieres que pare? —susurró él haciéndole cosquillas en el oído—. Lo haré si es lo que quieres, aunque me cueste la vida.

Sara se estremeció, su voz sonaba tan excitante que sintió que se le mojaban las bragas. No supo de dónde sacó las fuerzas para apartarse, pero consiguió dar un paso atrás resistiendo el impulso que la empujaba a pegarse a él.

Si creía que distanciándose sería más sencillo, se equivocaba. El fuego que había en sus ojos amenazó con derretirla.

—Somos adultos —dijo él—. Podemos ser dos amigos que se enrollan. Sin complicaciones.

—¿Solo sexo? —preguntó ella.

Pierce asintió y se mordió el labio con un gesto demasiado sexy. Muy despacio se acercó a ella pero esta vez no la tocó.

—Es peligroso —dijo Sara—. Podría despertar sentimientos... confundirnos.

Pierce levantó una ceja mostrando una expresión irónica, aunque dentro de él algo se estremeció tratando de advertirle del peligro.

—¿Tienes miedo de enamorarte de mí? —preguntó con cinismo.

El tono que utilizó provocó el instintivo rechazo de Sara, que se puso rígida.

—Imbécil —dijo dándose la vuelta para salir de allí.

—Espera. Sara, no me jodas —la alcanzó antes de que llegara a la puerta y se interpuso en su camino—. No quería sonar como un gilipollas.

Soltó el aire por la nariz, arrepentido. Se moría por tenerla entre sus brazos, desde la primera vez que la vio sintió que esa mujer lo atraía como la llama a una mosca.

—Tenemos edad suficiente como para saber mantener las cosas en el plano que queramos —dijo muy cerca de ella pero sin contacto.

—¿Estás seguro? —Sara se maldecía por querer dejarse llevar. Sentía el cuerpo masculino como un imán del que no quería librarse.

—Tú y yo estamos en el mismo punto de nuestra vida. —Se inclinó hasta que su aliento le rozó los labios—. Ninguno de los dos quiere abrirse a una relación.

—Yo no puedo —dijo ella mirándolo a los ojos.

Él se vio conmocionado por aquella mirada.

—Quiero que lo entiendas bien, Pierce —dijo ella con intensidad—, yo no puedo quererte. Esa parte de mí está muerta. Absolutamente muerta y enterrada.

Aquella mirada lo traspasó como un cuchillo y sintió el impulso natural de huir. Pero después de un instante de duda respiró hondo y la rodeó por la cintura haciendo que sus cuerpos chocasen. Alguien debía haberle hecho mucho daño y ese pensamiento le resultó incomprensiblemente insoportable.

—Disfrutaremos de nuestro cuerpo, como dos adultos que saben lo que quieren —dijo mostrando seguridad.

—Y lo que no quieren —añadió ella.

Pierce asintió.

—¿Entonces nada de enamorarnos? —dijo Sara muy seria colocando las manos en su pecho.

Pierce hundió el rostro en su pelo y aspiró su aroma con deleite. Ella tembló y se apretó contra él sin disimular ya su deseo.

—No eres mi tipo —dijo con picardía—, eres demasiado estirado.

Sentía sus músculos bajo la camisa y se moría de ganas de tocarlo. Metió las manos debajo de la ropa y notó la dureza de su abdomen en la yema de sus dedos.

—Pues en eso somos diferentes —dijo él con la voz ronca—, yo no tengo un tipo, pero estoy seguro de que tú me vas a encajar a la perfección.

Ella echó la cabeza hacia atrás y lo miró un instante antes de rodearle el cuello con los brazos y ponerse de puntillas para besarlo. El fuego volvió a encenderse entre ellos exacerbando sus sentidos. Pierce enredó los dedos de una mano con su pelo mientras con la otra en su espalda la llevaba hacia la pared

más cercana. Chocaron con una mesa, pero no se separaron y siguieron hasta que la espalda de Sara se encontró con el muro.

Acarició los labios masculinos con su lengua y él no pudo contenerse y le mordió el labio inferior antes de tomar posesión de su boca. Apretado contra ella podía sentir el calor que desprendía su cuerpo y un estremecimiento lo recorrió de arriba abajo. Era sorprendente lo que podía hacer un beso, no recordaba haber sentido nunca algo parecido.

Sara sentía que le faltaba el oxígeno, pero no podía despegarse de sus labios. Gimió excitada y jugó con su lengua devolviéndole cada una de sus acometidas con igual intensidad. La sangre hervía por todo su cuerpo y el calor era insoportable.

Las manos de Pierce acariciaban con maestría, recorriendo sus curvas y deteniéndose en cada lugar estratégico pensando tan solo en arrancarle la ropa. Metió las dos manos dentro del pantalón para acariciar de nuevo su trasero y la elevó, momento en el que Sara enredó sus piernas alrededor de sus caderas. Cuando Pierce volvió a tomar posesión de su boca ella agarró con firmeza su pelo, necesitaba sujetarse a algo. Pierce lanzó un gruñido sintiendo que iba a explotar dentro de los pantalones.

—Dios, cómo te deseo —susurró ella contra su boca.

Sus labios se fundieron de nuevo, saboreándose con fruición, como si el ansia que habían controlado desde que se conocieron tuviera la carga de una bomba nuclear. La respiración agitada se volvió descontrolada cuando Pierce empezó a quitarle la ropa. Ella no se quedó a la expectativa y le imitó. Temblorosa, como una adolescente primeriza, metió las manos por debajo de su camiseta y tiró de ella para sacársela por la cabeza. Con timidez le acarició el torso provocando que él se detuviese en su tarea de desnudarla cuando ya solo llevaba el sujetador y las braguitas. Sara se miró aterrada y respiró aliviada al ver que se había puesto el conjunto azul eléctrico y no cualquier cosa que hubiese en su cajón.

—Eres preciosa —dijo él confundiendo su expresión—. Increíblemente preciosa.

Sara se sentía en desventaja y acercó sus pequeñas manos al botón de sus vaqueros para desabrocharlo, pero cuando vio que había más se puso nerviosa y no atinó, de modo que Pierce tomó el relevo y se deshizo de esa prenda y la siguiente. Se mostró desnudo ante ella y el deseo intenso que mostraban sus ojos se evidenció también en aquella parte de su anatomía que Sara estaba tratando de no mirar sin éxito.

Pierce llevó las manos a su espalda, desabrochó el sujetador y lo dejó caer al suelo. Sara tembló al sentir cómo la miraba, y contuvo la respiración al notar una

de sus manos bajando desde su cuello para posarse sobre uno de sus vulnerables pechos.

—Quítate las bragas —dijo mirándola a los ojos y sin soltar aquella porción de carne firme y estremecedora, mientras su otra mano descansaba en el final de su espalda.

Sara obedeció y Pierce la llevó hasta el sofá haciendo que se tumbara para poder contemplarla desde su altura. Se subió de rodillas y le cogió las manos elevándolas por encima de su cabeza al tiempo que descendía sobre ella. Sara sintió el peso de su cuerpo y el contacto de cada porción de piel como una descarga eléctrica.

—¿Cómo te gusta? —susurró Pierce en su oído—. ¿Quieres que lo haga suave o que me deje llevar? Piénsatelo bien porque estoy tan excitado que no sé si podré controlarme si me das vía libre.

—¿Qué te gustaría hacer? —dijo ella provocadora.

Pierce levantó la cabeza y la miró un instante antes de responder. Sonrió.

—Me gustaría hacerte un traje de saliva. Me gustaría que me suplicas que te follara como un poseso...

Sara se movió desesperada, contoneándose, buscándolo. Pierce soltó una de sus manos y la llevó hasta su entrepierna abriéndose camino entre sus labios. Con clara maestría supo encontrar lo que buscaba y acarició suave y decidido allí donde el placer tiene su origen. Sara gimió incontrolable, pero lejos de ceder él intensificó su ataque llevando sus dedos más allá, acariciando zonas más ocultas y secretas hasta provocarle un insoportable éxtasis.

Pierce se estiró para llegar hasta su pantalón y Sara sintió la dura erección contra su pubis como una promesa. Ajeno a lo que sus movimientos provocaban en ella metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros y sacó la cartera.

—Vaya. Veo que vas bien preparado.

—Con estas cosas no se juega —dijo él sonriendo con picardía—. Nunca sabes lo que puede ocurrir.

Se incorporó para colocárselo mostrándose impúdico en todo su esplendor. Sara gimió apretando los puños y cuando volvió a colocarse sobre ella le rodeó la cintura con las piernas.

—Me vuelves loco —dijo, contenido y tenso, al tiempo que volvía a sujetarle las manos por encima de su cabeza.

Buscó su contacto mientras ella se retorció colocándose. Entró muy despacio a pesar de que sentía una urgencia abrumadora. Su boca se posó en la de ella tratando de repartir su ansia en varios frentes, pero Sara no iba a ponérselo fácil con aquel ritmo que había impuesto a sus acometidas. Se irguió sobre sus musculosos brazos para mirarla a los ojos y recuperó el control con movimientos

lentos y calculados.

Sara se estremecía en oleadas de placer mientras él continuaba con su posesiva actitud, reteniéndose y acometiendo sin freno hasta lo más hondo de su ser. Sara se dejó controlar moviéndose al ritmo que él marcaba, pero sus gemidos funcionaban en el cerebro masculino como un látigo que le exigía ir más rápido, más profundo...

Pierce se inclinó entonces sobre su pecho y el roce de su lengua alrededor del pezón lo convirtió en un duro cúmulo de sensaciones. Lo capturó y comenzó a mordisquearlo y succionarlo hasta llevarla al paroxismo provocando el movimiento errático y descontrolado de sus caderas. Trató de soltarse de sus manos que la mantenían presa, pero él no lo permitió y siguió moviéndose a su voluntad. Ella se arqueó provocando que se hundiese más en su embestida y Pierce lanzó un largo y tenso gemido. Las piernas de ella se apretaron más fuerte alrededor de su cuerpo y se elevó de la cama sin querer separarse. Pierce jadeaba ya sin control con un ritmo frenético. Se dejaron llevar al fin, sus cuerpos cabalgaban sobre sus sentidos desatados y un intenso placer los atravesó haciéndolos estallar al unísono.

## Sexo sin complicaciones

Cary se dio cuenta de que las cosas habían cambiado entre aquellos dos. Los veía escabullirse a cualquier hora y desaparecer con cualquier estúpida excusa. Se reían sin que viniese a cuento y siempre estaban dispuestos a hacer cosas juntos como limpiar la casa, regar las plantas o cocinar. Observaba a Bonnie y vio que la niña se sentía feliz con la nueva situación y pensó que si a ella le parecía bien, ¿por qué no iba a parecersele a él? Le gustaba mucho Sara, así que todo estaba bien. Muy bien.

Pierce siguió adelante con su proyecto de abrir un taller en el pueblo. Su padre le ayudó a escoger el sitio y una vez tuvo el local empezó a moverse para conseguir proveedores y clientes. Se le daba bien tratar con la gente, tenía un don no solo para hacer dinero, también para convencer a los demás de hacer cosas.

Sara estaba contenta, no dejaba que pensamientos extraños nublasen el cielo azul que ahora cubría su mundo. El trato que habían hecho funcionaba: sexo sin complicaciones. Se sentían como dos adolescentes que saltan por la ventana de su casa y bajan por la celosía para encontrarse en algún lugar resguardado de las miradas de los adultos que ya no entienden cómo funciona eso de ser jóvenes. Lo hacían en cualquier sitio y la pasión los desbordaba por completo. Nunca había sentido algo así y no dejaría que ningún oscuro pensamiento acabase con ello.

Las nuevas rutinas se fueron implementando en su día a día. Sara combinaba su trabajo con la entregada atención a su hija, los cuidados de Cary y la diversión sexual de Pierce. Ninguno de los dos se daba cuenta de que aquella relación se iba haciendo mucho más intensa, que no solo se buscaban para compartir el placer mutuo sino que charlaban durante horas, paseaban por la playa o se consultaban cualquier duda o problema que necesitasen resolver. Cary fue el único consciente del crecimiento de aquella relación y era algo que miraba con tan buenos ojos que no dijo una palabra para no estropearlo.

Pierce dijo que funcionaría y después de un mes Sara empezaba a pensar que tenía razón, que iba a poder disfrutar de él sin pensar en nada más. Se mostraba encantador con ella y la trataba como a una amiga.

Pensando en ello llegó a la puerta del colegio de Bonnie demasiado pronto, como siempre y sacó el móvil del bolsillo para entretenerse mientras esperaba. Miró Facebook y Twitter, pero las redes la aburrían, así que abrió el lector de ebooks y empezó a leer.

—Hay que reconocer que eres una viciosa —la voz de Pierce en su hombro la hizo volverse sorprendida—. No conozco a nadie tan forofa de la lectura que sea capaz de leer en algo tan minúsculo como ese móvil.

Sara sonrió divertida y las mariposas de su estómago levantaron el vuelo dispuestas a hacerle cosquillas como siempre que él estaba cerca.

—Que lo digas tú que lees mientras esperas en los semáforos...

—Eso fue algo puntual, la novela lo merecía —dijo él con una mirada divertida.

Sara miró a su alrededor, algunas madres los observaban. Como distracción podía valer, pensó.

—¿A qué has venido? —le preguntó ignorándolas.

—Le prometí a Bonnie que hoy vendría a buscarla y la llevaría al taller.

—¿Al taller?

Pierce asintió y señaló la Harley por encima de su hombro.

—He traído casco, tranquila —dijo antes de que aquella expresión aterrada se manifestase en una rotunda negativa.

—Sabes que no me gusta nada...

—Lo sé, pero tienes que entender que a ella le encanta y no permitirle subir nunca es como un castigo, Sara —dijo él arrugando la boca como si hiciera pucheros—. El taller está a dos calles, iré tan despacio que tú llegarás antes caminando.

—¿Y quién ha dicho que yo quiera ir?

—¿No quieres venir? —preguntó bajando la voz—. Pues el otro día parecía que no quisieras irte.

Sara sintió que sus mejillas enrojecían y sintió como si unos potentes focos la estuviesen iluminando delante de todas aquellas decentes madres de familia.

—Bonnie tiene que merendar y no le he traído nada —dijo aunque como excusa era más bien justita.

Pierce señaló la cafetería que estaba al otro lado de la calle.

—Podemos merendar ahí o comprar algo y llevárnoslo.

—No te vas a rendir.

El hombre negó con la cabeza y Sara pensó que se moría de ganas de besarlo.

Bonnie atravesó las puertas de la escuela y echó a correr hacia ellos. Abrazó a su madre y después a Pierce.

—¡Has venido! —dijo.

—Yo siempre cumplo mis promesas —dijo guiñándole un ojo y después se apartó para que viese que había llevado la moto.

—¡Mamá! —exclamó emocionada.

—Pero te pondrás el casco —dijo su madre—. Y solo hasta el taller, después volveremos a casa caminando.

Bonnie asintió repetidamente.

—Pero antes merendaremos —dijo Pierce y cogiéndola de la mano se dirigieron a la cafetería.

Escogieron una mesa y se sentaron los tres a la espera de que el camarero les tomase nota. Sara miró a su alrededor.

—Todo el mundo nos está mirando —dijo bajando la voz.

Pierce la miraba divertido.

—La gente se aburre mucho en los pueblos —dijo—. Si estuviésemos en Nueva York a nadie le importaríamos un pito.

Pierce metió la mano por debajo de la mesa y la metió entre sus muslos. Sara dio un respingo y miró a Bonnie que estaba muy concentrada en la carta de tartas.

—¿Ya sabes lo que quieres, cariño? —dijo ignorándolo.

—Yo sí —dijo Pierce—, y me lo comería aquí mismo. Lo saborearía lentamente...

Sara sintió que la temperatura de su cuerpo subía dos grados.

—Yo quiero un gofre con chocolate y un batido de fresa —dijo la niña.

Su madre la miró con severidad.

—Haremos una excepción y te dejaré pedir una de las dos cosas.

La niña arrugó la nariz, pero sabía que su madre no cedería en eso y escogió el batido de fresa.

—Entonces un batido de fresa y un mini de pavo —sentenció Sara cuando llegó el camarero con su libretita—. Y a mí tráeme un café con leche.

—Yo quiero un gofre con chocolate y un café largo —dijo Pierce muy serio sin hacer caso a las miradas de Sara.

—¿Tú crees que soy tonta? —preguntó cuando se quedaron solos.

—¿Por qué dice eso tu madre, Bonnie? —dijo mirando a la niña que se encogió de hombros aguantándose la risa.

—No vas a comerte ese gofre —dijo mirándolos a los dos alternativamente.

—¿De qué hablas? El gofre es para mí. —Se volvió a mirar a la niña con el ceño fruncido—. Bonnie, no estarás pensando quitármelo, porque tendrás que pelear por él conmigo y te advierto que soy muy peligroso cuando se trata de defender mis gofres.

La niña se reía a carcajadas y Sara tuvo que darse por vencida. Después de todo era la única vez que su hija iba a hacer un exceso con la comida.

El camarero trajo todo lo que habían pedido y Pierce y Sara se repartieron el mini de pavo mientras Bonnie disfrutaba de su chute de azúcares.

—¿Qué? —preguntó Pierce al ver cómo lo miraba.

—Eres de lo que no hay —susurró al tiempo que lo acariciaba por debajo de la mesa.

Pierce la miró con cariño y el corazón de Sara se disparó. Apartó la mano de su muslo y cogió su taza de su café con leche. Bebió mirando hacia las otras mesas como si hubiese algo en ellas que le interesara más que esos ojos clavados en su rostro.

—Antes de venir he estado hablando con Niall —dijo Pierce atrayendo su atención.

—¿Están todos bien? —preguntó ella, agradecida por que sacase un tema de conversación.

—Hemos estado hablando de vosotras —dijo—. Tienen muchas ganas de conoceros.

Ella lo miró alerta.

—¿Conocernos?

—Sí.

—¿Por qué?

—Bueno, porque no os conocen —dijo él curvando una sonrisa.

—Pero... ¿Van a venir?

—En Navidad, como cada año —dijo acercando la taza a los labios.

«Quien fuera taza», pensó Sara.

—Me habías asustado —dijo.

Pierce frunció el ceño.

—No entiendo qué te asusta de Niall, es un poco capullo a veces, pero es buen tío.

—No es eso, ya lo sabes —dijo ella—. Es que no me parece buena idea... tan pronto.

—¿Tan pronto? —Pierce la miraba con curiosidad—. ¿Pronto para qué? No estoy seguro de entender por dónde van tus elucubraciones.

—Si vinieran ahora harían preguntas...

Pierce mostró sus perfectos dientes en una perversa sonrisa y Sara

comprendió que había estado burlándose de ella.

—Somos amigos, ¿verdad Bonnie? —dijo volviéndose a la niña que asintió repetidamente con la boca manchada de chocolate.

Sara esperaba sentada en una silla mientras Pierce le hacía a Bonnie un recorrido completo por el taller. Le enseñó todas las novedades, y le mostró el Ford Mustang del 67 en el que estaba trabajando en ese momento y que estaba destripado en medio del taller.

Sara los observaba con un sentimiento que no era capaz de catalogar. Nunca había tenido una experiencia similar para poder compararla. Pensó en el padre de Bonnie y sintió una punzada de pánico. ¿Ha donde la llevaba todo aquello? Se preguntó.

—Ven aquí, Sara —la llamó Pierce, provocando que se estremeciera.

Tardó unos segundos en reaccionar y Bonnie se impacientó.

—Mamáááá, ¿no vienes?

—¿Qué pasa?

—Bonnie quiere jugar un poco con esas herramientas —dijo Pierce señalando un grupo de llaves y destornilladores que había en una mesa—. Por mí no hay problema, he revisado que no haya nada con lo que pueda hacerse daño fácilmente, pero le he dicho que tenemos que pedir tu permiso.

Sara se acercó y revisó el grupo perfectamente colocado.

—Se lo habías preparado tú, ¿verdad?

Pierce sonrió.

—Y eso de ahí también —dijo Sara señalando unas cuantas piezas con diferentes tornillos y tuercas colocadas para que la niña se entretuviese.

—No serás de esas que piensan que estas son cosas de chicos —dijo con expresión inocente.

—¿Me dejas, mamá? ¿Me dejas? —preguntó la niña juntando las manos a modo de súplica.

Sara asintió y Pierce y Bonnie dieron palmas como dos críos. Una oleada de cariño la inundó y todas las alarmas comenzaron a sonar en su cabeza. ¿Qué estaba pasando entre ellos? ¿Era seguro lo que hacían?

—Ven —dijo Pierce cogiéndola del brazo cuando Bonnie ya estaba enfrascada en su tarea de aflojar y apretar tuercas y tornillos—, quiero que veas algo.

Fueron hasta el cuartito que utilizaba como despacho y la llevó hasta la mesa.

—Mira esto de aquí —dijo él señalando un cuaderno.

Sara se inclinó y entonces él la cogió por la espalda y la besó en el cuello.

—¿Qué haces? —susurró ella conteniendo la risa mientras intentaba zafarse de él.

—Me moría de ganas de besarte —dijo él dándole la vuelta en sus brazos hasta tener sus labios al alcance de su boca.

—Bonnie está ahí mismo —utilizó el mismo tono quedo que había empleado él.

—Tranquila, no voy a quitarte las bragas —bajó una mano y la posó entre sus piernas haciendo que se retorciera excitada—. Ahora no, pero esta noche te espero en mi cama y te aseguro que cuando salgas de ella estarás agotada pero feliz.

Sara le rodeó el cuello con los brazos y lo besó. Fue un beso apretado, íntimo. Un beso intenso y dulce, de esos que se dan, pero, sobre todo, se reciben.

Los meses fueron pasando y llegó el frío. Sara pasaba cada vez más tiempo en la buhardilla y desde hacía semanas no dejaba que nadie subiese aparte de Bonnie. Y la semana antes de Navidad estalló la bomba.

—¿Cómo vais a dormir en la buhardilla? —Cary miraba a Sara con expresión enfadada—. De ningún modo. Encontraremos otro modo.

—Antes de negarte deberías subir a ver cómo la hemos dejado —dijo Sara mirando a su hija con una enorme sonrisa—, ¿verdad Bonnie?

La niña asintió entusiasmada.

—Te va a encantar, abuelo —dijo.

Cary aceptó con reticencias subir a ver el trabajo que habían hecho en aquel trastero polvoriento, decidido a tirarles por tierra aquella idea. Pero su sorpresa fue tan evidente cuando cruzó la puerta que las dos artífices de aquella metamorfosis aplaudieron entusiasmadas.

—¡Pero...! —Cary no encontraba las palabras.

Habían limpiado a fondo y se habían deshecho de todos los trastos inútiles que allí había. Colocaron los muebles que Sara había estado restaurando durante los últimos meses, convirtiendo aquella habitación en un lugar muy especial.

—Hemos limpiado y colocado todo en su sitio, pero, tranquilo, —dijo Sara cogiéndose de su brazo—, no hemos tirado nada.

La mujer se acercó a un armario situado en el rincón más apartado y le hizo un gesto para que se acercase.

—Lo hemos guardado todo aquí dentro. —Lo abrió para mostrárselo—.

Todos los recuerdos de cuando tus hijos eran pequeños y de la querida Susan están aquí organizados por años.

Cary no daba crédito a lo que estaba viendo. Había cajas con fechas y todo estaba perfectamente ordenado.

—Tan solo falta que nos traigan la cama que hemos encargado y que llegará esta tarde —dijo Sara mirándolo satisfecha—. Aquí había todo lo necesario para montar una habitación. Tenemos una cómoda, un armario, varias butacas, el sofá y una lámpara de pie. Bonnie y yo escogimos una cama y dos mesitas en la tienda de Walter.

—¡Y habéis decorado las paredes! Es una maravilla —dijo Cary mirando los cuadros que habían colgado con dibujos de Bonnie—. Ni siquiera recordaba que fuese tan grande.

—Hay sitio de sobra para nosotras dos —dijo Sara abrazando a su hija—. Y de ese modo no tendremos que marcharnos cuando lleguen tus hijos.

—No pensaba dejar que os marcharais —dijo Cary muy serio—. La Navidad es para pasarla en familia.

El anciano se acercó a las dos y acarició sus rostros con ternura.

—Y vosotras ya sois parte de la familia —dijo con una enorme sonrisa—. Es maravilloso lo que habéis hecho aquí.

—Mira abuelo —dijo Bonnie cogiéndolo de la mano y llevándolo hasta la ventana—. Tengo mi propio escritorio, me lo ha hecho el tío Pierce.

Cary asintió satisfecho.

—Me encanta —dijo mirando a su alrededor—. Una maravilla, sí señor.

—Y ese de ahí eres tú —dijo la niña señalando uno de los cuadros—. Hay uno de cada uno.

Cary se acercó a ver el dibujo y después abrazó a la pequeña con mucho cariño.

—Venga, que tengo que llevar a Bonnie al colegio y se nos va a hacer tarde —dijo Sara con una enorme sonrisa—. ¿Nos das tu aprobación?

El anciano asintió sin dejar de mirar cada uno de los detalles de aquella maravillosa estancia.

## No hay modo de huir de esto

—¿Tú sabías lo que estaban haciendo allí arriba? —preguntó Cary a su hijo mientras esperaban para comer.

Pierce llevaba la ropa del taller y por eso estaban sentados en las escaleras del porche. Asintió como respuesta a la pregunta de su padre.

—Pero no me han dejado verlo terminado. Querían que tú fueses el primero. Cary sonreía satisfecho.

—¿De qué te ríes? —preguntó Pierce.

—¿No lo ves? —preguntó él a su vez—. Está claro.

Pierce frunció el ceño, era difícil entrar en la mente de otra persona, mucho más si esa persona era su padre.

—Van a quedarse —dijo—. Y me parece que en esa decisión tú tienes mucho que ver.

—¿Yo?

—Sí, no te hagas el tonto. ¿Te piensas que no me he dado cuenta de lo que os traéis entre manos? —Su padre le dio una palmada en la espalda—. ¿Lo anunciaréis estas Navidades? ¿Cuándo vengan tus hermanos?

—¿De qué estás hablando? —Pierce lo miraba molesto—. No vamos a anunciar nada. No te montes películas.

—Venga, va —insistió Cary—, no vais a tenerme a oscuras siempre, algún día tendréis que reconocer que estáis juntos.

—No estamos juntos —la voz de Sara se escuchó a su espalda a través de la puerta de celosía. Había ido a llamarlos para comer y se quedó paralizada al oírlos hablar.

Pierce se levantó rápidamente y se sacudió los pantalones.

—Ya se lo he dicho —se apresuró a decir.

—Lo he oído —dijo Sara con una extraña expresión.

—Pero ¿qué os pasa? —preguntó Cary—. Cualquiera diría que es una mala noticia. ¡Pero si estoy encantado!

—Pues desencántate —dijo Sara cortante—, entre Pierce y yo no hay nada

más que sexo.

Cary la vio darse la vuelta y marcharse entre sorprendido y decepcionado. Se volvió a su hijo que miraba hacia la puerta pálido y con los labios apretados.

Cuando acabaron de comer Cary se fue a dar su paseo diario por la playa. Antes de irse les dijo que iría a buscar a Bonnie y la llevaría al parque para que pudiesen hablar tranquilos.

—Te lo dije —Sara metía los platos en el lavavajillas mientras Pierce recogía la mesa—. Te dije que no saldría bien.

—Deja de darles esos golpes a los platos o no va a quedar vivo ni uno —dijo él acercándose y cogiéndola de las manos—. Es normal que se haya confundido.

Sara se soltó bruscamente de él y se apartó visiblemente angustiada.

—No debí arreglar la buhardilla —susurró—, debería estar buscando un lugar para irnos, eso debería hacer. Soy imbécil.

Pierce se acercó con el ceño arrugado.

—¿Iros? ¿Iros a dónde? —dijo irritado.

—A cualquier sitio —le espetó—. Esta no es nuestra casa. Vosotros no sois nuestra familia.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué te pones así? Las cosas están bien entre nosotros...

—¡Pero ya no podemos seguir! ¿No lo ves? —gritó—. Ahora que Cary cree que somos una pareja, no parará de presionarnos. Y sufrirá. Yo no quería que nadie sufriese.

Salió corriendo de la cocina y Pierce fue tras ella alcanzándola al pie de la escalera.

—Vamos a hablar de ello, Sara. Encontraremos una solución.

—¿Qué solución vamos a encontrar? Dentro de cuatro días estarán aquí tus hermanos. Niall traerá a su mujer y a sus hijas, ¿qué crees que hará tu padre en cuanto entren por esa puerta? ¿Cómo crees que me va a presentar?

—Hablaré con él...

Sara movió la cabeza angustiada. Tenía los ojos llenos de lágrimas y no encontraba un resquicio por el que salir. Pierce, que no entendía por qué estaba tan angustiada, la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia él, pero en lugar de calmarla eso provocó que estallase su ira y lo empujó con rabia.

—Sabía que pasaría esto, en el mundo real las cosas no funcionan de este modo.

Pierce la observaba con atención, todo su cuerpo se estaba manifestando, le hablaba con cada gesto, con cada requiebro.

—Sara... —susurró con aquella ternura que solo empleaba con ella.

Ella se detuvo en seco y lo miró aterrada. Negó con la cabeza y corrió hacia las escaleras, alejándose de él. Pierce la siguió hasta la buhardilla y entró detrás de ella.

—Tenemos que hablar —dijo cerrando suavemente.

—Sal de aquí —gritó ella—. ¡Vete!

—No hay modo de huir de esto y lo sabes —dijo esto caminando hasta el viejo sofá y sentándose en él—. Ven, vamos a hablar como dos adultos.

—De eso nada —dijo ella cruzando los brazos delante del pecho y negando con la cabeza.

Pierce no podía creer que fuese tan difícil hablar con ella.

—Podemos hablar ahora que estamos solos o esperamos a que llegue Bonnie y la metemos en la conversación.

—No serías capaz —dijo asustada.

Él hizo un gesto que podría haberse verbalizado como: tú misma y Sara optó por no arriesgarse.

—Ya estoy sentada —dijo irritada.

De repente Pierce perdió todo el fuelle que tenía y un sudor frío empapó su cuerpo. Sara, que se había sentado erguida y miraba hacia la puerta, giró la cabeza y clavó sus ojos en él. Enseguida vio que estaba asustado y eso, lejos de tranquilizarla, la preocupó todavía más. No podía ser que estuviese pasando lo que tanto pánico le daba.

—Sara —empezó—, está claro que estamos muy bien juntos. Y no me refiero solo en la cama, que sí, nos compenetramos de un modo increíble, pero también después... y antes.

—Mejor bajamos a tomarnos un café o algo —dijo Sara haciendo ademán de ponerse de pie, pero Pierce la sujetó para que no se moviese de allí.

—No hace falta de finjas no saber por dónde voy —dijo él muy serio—. Está claro que lo sabes.

El corazón de Sara dio un vuelco y sujetó sus manos porque necesitaba agarrarse a algo.

—Tenemos un pacto —dijo temblando.

—Lo sé, pero esa línea hace tiempo que la cruzamos...

Sara se levantó del sofá sin que él pudiese impedírselo. La cabeza le daba vueltas y todo su mundo se había vuelto negro. Sabía que caminaba entre minas, pero nunca estuvo en su mente dejar que le explotasen en la cara.

—No sigas hablando —dijo volviéndose a mirarlo con rabia—. No lo hagas.

Pierce se había levantado también y estaba junto a ella. Su expresión decidida respondía por él.

—Sara, yo te...

—¡Cállate! —gritó.

No podía dejar que lo dijese porque si lo hacía tendría que irse de allí. Tendría que alejarse de él y no quería hacerlo, no quería...

—Lo siento, pero me he enamorado de ti —dijo Pierce con una sonrisa culpable—. No quería que esto sucediese, no tenía que ocurrir, pero es lo que siento.

—¿Por qué? —gimió ella—. ¡Estúpido! ¡Estúpido! ¡Estúpido!

—Vaya, veo que tú no sientes lo mismo.

Sara sentía el corazón golpeándole las costillas y los latidos rebotando en su cabeza.

—Te dije que no podía quererte —musitó ella perdiendo las fuerzas.

—Lo sé. No lo vi venir —dijo con una sonrisa triste que la partió por la mitad—. Estaba seguro de que no ocurriría. Por mucho que me había esforzado otras veces en que me pasara nunca lo logré. ¿Cómo iba a pensar que precisamente contigo ocurriría sin buscarlo?

—Es una locura.

—Cierto —dijo él encogiéndose de hombros—. Me despierto pensando en ti todas las mañanas. La otra noche estuve a punto de pedirte que no te marcharas, quería que durmieses a mi lado...

—No quiero escucharte. —Sara movía la cabeza al tiempo que se tapaba los oídos.

Pierce se movió como un felino y la rodeó con sus brazos impidiéndole huir.

—Escúchame, no pasa nada. Si tú no sientes lo mismo por mí y no quieres que sigamos, me apartaré. No soy ningún crío, podré soportarlo, tranquila. Pero si sientes lo mismo tienes que saber que no soy un tío normal. No he llegado a los treinta y siete sin haberme enamorado porque sí. No soy de esos que han sufrido por amor o que han visto a sus padres sufrir por amor. Debería haberme enamorado de las piedras del camino. Sin embargo, hasta ahora, nunca, que traducido significa: nunca, me he enamorado de una mujer. Bueno, de un hombre tampoco...

De pronto se calló, sus ojos estaban fijos en los de ella y supo que no hacía falta decir nada más. Sara le estaba hablando y decía todo lo que nunca hubiese querido decirle.

—Tú sí que has sufrido por amor —dijo Pierce después de unos segundos interminables.

Ella asintió con los ojos llenos de lágrimas. Pierce respiró hondo, sentía que el pecho le estallaba de amor y no estaba preparado para ese sentimiento tan potente y aterrador al mismo tiempo.

—Yo no voy a hacerte daño —susurró.

—Me lo estás haciendo ahora mismo —dijo ella y su dolor lo atravesó como una afilada hoja.

Pierce negó con la cabeza.

—Te quiero, Sara —dijo.

Las lágrimas cayeron de los ojos de ella y se mordió el labio que temblaba sutilmente.

—Pero yo no te pido nada... —dijo él conmovido.

—Yo no puedo quererte, ya te lo advertí —respondió entre sollozos—. Estoy rota por dentro y ni siquiera sé dónde están los pedazos.

—Pues dime que no me quieres. —Él la miraba con una triste sonrisa, como si quisiera aliviar su pena sin pensar en la propia—. No tienes nada que temer, solo dilo.

—Yo también te quiero —susurró sin poder luchar contra sus sentimientos.

El la atrajo hacia sí y la abrazó con ternura. Después de unos interminables segundos Sara se apartó de él para poder mirarlo.

—No puedo prometerte que no te haré daño —dijo—. Cuando te digo que estoy rota no exagero. Me hicieron daño y devolví el golpe, pero eso me destruyó dejando tan solo un fino resquicio de humanidad que guardo para Bonnie. Si quieres arriesgarte, me arriesgaré contigo, pero te advierto que es un error. Será tu mayor equivocación.

Pierce soltó el aire en un suspiro, había estado conteniendo la respiración mientras ella hablaba. Levantó una mano y la puso en su rostro acariciándolo con dulzura.

—Quiero —dijo sonriendo—. Comprendo que tengas miedo y que no quisieras arriesgarte conmigo, pero soy un buen tipo, ya lo verás.

Sara lo miró y movió la cabeza como si creyera que no había entendido nada.

—No sé si estoy preparada para lo que quieres —susurró—, lo de sexo sin ataduras...

Pierce se apretó contra ella y se inclinó para besarla en la sien con suavidad.

—El sexo está bien —susurró también él— y pienso seguir disfrutando de él, pero me gustaría ser para ti algo más que un pedazo de carne.

Su boca había llegado hasta la comisura de sus labios y Sara sentía su cálido aliento en la lengua. No entendía cómo podía tener tanto poder sobre ella, su cuerpo ya estaba respondiendo plenamente a aquella llamada animal que conseguía poner en marcha todo el mecanismo de su deseo. Se sentía demasiado confusa para analizar la maraña de emociones que la sacudían por dentro. Hacía un instante que estaba aterrada y poco antes furiosa, pero cuando levantó la mirada y la posó en sus ojos, fue amor lo que Pierce vio en ellos.

—Dime que no estoy viendo lo que quiero ver —pidió.

Sara le rodeó el cuello con sus brazos y se arqueó contra él. La potente erección que chocaba contra su vientre la excitó aún más. Ahora que habían abierto la caja de los truenos, en lugar de acallar su deseo se había exacerbado y deseaba hacer cosas que la avergonzaría reconocer.

—Fóllame como un poseso —dijo recordando lo que le había dicho la primera vez que estuvieron juntos.

Pierce la elevó en el aire y la llevó hasta la pared para tener un punto de apoyo que contuviese sus embestidas. Había un deseo visceral en sus ojos que lo arrolló fuera de todo control. La penetró sin pausa, de un golpe mientras Sara jadeaba tremendamente excitada. No era él quien la poseía, era ella la que tenía todo el control con aquella mirada lasciva e impúdica.

—Más adentro —susurraba—, más fuerte.

Lo estaba montando a un ritmo frenético y Pierce se abandonó por completo al placer. Las piernas de Sara apretaron sus caderas y un grito contenido le advirtió de que había llegado al orgasmo un segundo antes de que él se estremeciera vencido por completo.

—¿De verdad no te has enamorado nunca? —preguntó Sara.

Estaban tumbados en el sofá, ella sobre él apoyando la barbilla sobre el dorso de la mano que a su vez estaba apoyada en el pecho masculino. Lo miraba relajada y feliz mientras Pierce reposaba una de sus manos sobre su trasero, acariciándolo de vez en cuando.

—Nunca —dijo él sin dejar de mirarla—. Sé que soy un bicho raro.

—No eres un bicho raro —dijo ella moviéndose un poco.

—Yo no me movería mucho si fuese tú, Bonnie y mi padre no tardaran en volver y no sería bueno que nos encontrasen copulando.

—¿Copulando? —Sara le tiró de los pelos de la axila y se puso de pie con agilidad.

Recuperó su ropa del suelo y fue poniéndose las prendas una a una bajo la atenta mirada de Pierce.

—Mira cómo me estás poniendo —dijo señalando su erección.

—Estás enfermo —dijo ella fingiendo ponerse seria—. Eso tiene un nombre, ¿sabes que tiene un nombre?

Él se echó a reír y se puso de pie para vestirse también. Cuando Sara terminó se acercó al espejo que había en la pared y se arregló el pelo. Sus mejillas estaban sonrojadas y tenía los labios un poco hinchados.

—Cary se va a dar cuenta —dijo preocupada.

Pierce la abrazó por detrás y se meció con ella mirándola en el espejo.

—¿De qué se va a dar cuenta? ¿De que te quiero?

Se volvió para mirarlo de frente y cogió su cara con las manos sin decirle nada.

—Algún día tendrás que contármelo —dijo él.

Sara lo miró muy seria.

—Si quieres que lo intentemos tienes que prometerme algo.

—Lo que quieras —dijo él mirándola sin ambages.

—Nunca me interrogarás sobre mi pasado.

Durante un minuto se miraron con fijeza, como si sus ojos estuviesen valorando la resistencia del otro. Profunda e íntima, así era aquella mirada, mucho más íntima que lo que acababan de hacer en ese sofá.

—Te lo prometo —dijo él dándose por vencido.

Sara se abrazó a él y apoyó la cara en su pecho. Los latidos acompasados de su corazón le parecieron el sonido más bello del mundo.

## Han pasado solo dos días

Sara estaba mirándose al espejo ante el atento análisis de Bonnie.

—¿Qué te parece? —dijo con una expresión algo asqueada mientras giraba el tronco para verse de espaldas—. Horrible, ¿verdad?

—Te va un poco grande —dijo su hija.

Sara pensó que hacía mil años que se compró ese vestido gris y que bien podría haber ido a comprarse uno sabiendo que iban a salir esa noche.

—Al menos los zapatos sí nos gustan, ¿no? —preguntó moviendo los únicos zapatos de tacón que tenía.

Se observó durante unos segundos con mirada crítica analizando cuales eran los principales defectos del vestido. Era de punto y no tenía ningún adorno en la zona del pecho, eso hacía que toda la atención recayese en su anatomía. Además era muy corto.

—¡Ya lo tengo! —dijo y corrió hacia la cómoda para buscar algo.

Sacó un chaleco de piel de color negro y unos calcetines altos que le llegaban por encima de las rodillas. Cuando se volvió a mirar en el espejo sonrió y Bonnie aplaudió entusiasmada.

—¡Ahora sí! —exclamó la niña—. ¡Ahora sí!

Sara no estaba completamente segura de que aquella ropa no llamase la atención donde quiera que Pierce fuese a llevarla, pero al menos no se reirían de ella.

—¿Sabes los que me gustaría? —le dijo a Bonnie cuando se sentó para abrocharse de nuevo los zapatos—. Ponerme mi pijama de felpa y sentarme a ver la tele en el salón con un buen bol de palomitas.

La niña se echó a reír y juntas bajaron a buscar a Pierce.

No debía estar muy mal vestida a juzgar por la expresión del hombre cuando la vio aparecer. Lanzó un silbido a modo de alabanza y ella le hizo una mueca burlona.

—Estás muy guapa —dijo Cary dándole un beso en la mejilla y cogiendo a Bonnie por los hombros—. Anda iros ya, que Bonnie y yo queremos cenar.

—Si quieres llevamos el coche —dijo Pierce cuando estuvieron en el garaje.

—Puedo ir en moto perfectamente —respondió ella—. Estos calcetines son de lo más calentitos y debajo llevo medias.

Pierce se acercó a ella y le dio un suave golpecito con el dedo en la nariz.

—Eres una mujer de recursos, no hay duda.

Se subieron a la moto, salieron del garaje, subieron la rampa y tomaron la carretera. El cielo se había oscurecido y las estrellas iban emergiendo según avanzaba su negrura. Hacía frío y Sara apretó su abrazo pegando la barbilla a su espalda.

—¿Tienes frío? —preguntó él girando un poco la cabeza pero sin apartar la mirada de la carretera.

—No, voy bien —dijo ella—. Este abrigo es de pura lana virgen.

—Tenemos unos cuarenta y cinco minutos de viaje.

—Tranquilo, me encanta ir en moto, ya lo sabes. ¿A dónde vamos?

—A Portland —dijo—, quiero presentarte a unos amigos.

El rostro de Sara cambió de expresión. No esperaba una reunión social, aquello no entraba en sus planes, pero después de un primer momento de tensión se relajó. ¿Qué más daba? Tan solo era una noche.

Entraron en un local llamado Bounce Brothers. Parecía una fábrica de cerveza, con enormes cubas y barriles de madera. Pierce la llevaba de la mano y parecía realmente contento de estar allí.

Había mucho ambiente en el local, era evidente que se trataba de una inauguración.

—¡Pierce! ¡Has venido! —una mujer rubia corrió hacia él y se abrazaron con cariño.

—Lucy esta es Sara —dijo presentándolas.

—Encantada, Sara —dijo la chica dándole dos besos.

—Igualmente —dijo Sara preguntándose si esa Lucy...

—¿Dónde está Travis? —preguntó Pierce.

—Ahí detrás —dijo señalando hacia un muro de piedra—. Está intentando convencer a los niños de que se vayan con Margaret, la canguro, pero parece que se le resisten.

Sara ya no tuvo dudas, aquella Lucy era la que Cary quería que fuese su nuera y con la que Pierce debía tener tres hijos.

—Ve a rescatarlo, anda —Lucy lo empujó para que se marchara—. Ya cuida yo de tu Sara, tranquilo.

Sara se sentía minúscula al lado de la despampanante rubia que tenía delante. Lucy llevaba un vestido negro entallado y bastante escotado que le quedaba como un guante. Pero lo que más llamaba la atención eran los altísimos tacones

que realzaban su espectacular figura y con los que caminaba como una auténtica experta. Su melena rubia se movía sutil y brillante en ligeros rizos. Era una mujer impresionante y Sara no podía dejar de pensar en por qué Pierce la había dejado escapar.

—¿Desde cuándo os conocéis? —Lucy señaló hacia el lugar por el que se había marchado Pierce.

—Unos tres meses —dijo Sara.

—Vaya. Pues habría dicho que llevabais mucho más, a juzgar por la complicidad que he notado que compartís. Conozco a Pierce hace mucho tiempo, desde que éramos críos y nunca lo había visto tan feliz. —Le guiñó un ojo—. Tú y yo vamos a ser buenas amigas, a alguien que hace eso con él la quiero en mi vida.

Aquello reconfortó a Sara y provocó que la arrollase una oleada de ternura.

—Pues si vamos a ser amigas —dijo Sara—, tienes que contarme cómo haces para aguantar ahí subida y comportarte como si llevases unas zapatillas de estar por casa.

Lucy sonrió y sus labios carnosos pintados de rojo mostraron unos perfectos y blancos dientes.

—Tú no has visto mis zapatillas de estar por casa —dijo y volvió a guiñarle un ojo.

Pierce se acercaba en ese momento con otro hombre.

—Sara, te presento a Travis —dijo presentándolos.

Travis ignoró su mano extendida y le dio dos besos.

—Pero ¿qué haces sin una copa? —preguntó señalando sus manos—. ¿Vino o cerveza?

—Cerveza —respondió Sara.

Travis hizo un gesto a uno de los camareros que paseaba por la sala atendiendo a los clientes y pidió cerveza para todos.

Parecía un chico normal, pero después de unos minutos de conversación banal se vislumbraba en él algo especial y muy atractivo. Era unos diez centímetros más bajo que Pierce, debía medir un metro ochenta, y no estaba tan en forma como su amigo, pero era realmente guapo, con unas facciones de tal perfección que daban ganas de dibujarlas, como si se hablase de un modelo. Pero todo aquello se desvanecía después de tratar con él, su personalidad lo convertía en alguien muy especial, cautivador y con un enorme *sex appeal*.

Sara los observaba con disimulo mientras hablaban distendidamente, respondiendo con frases más o menos largas y amables, pero sin perder detalle de cada uno de sus gestos. Hacían una pareja excepcional y sintió un pellizco de envidia al ver lo bien que se compenetraban.

—¿Cuántos años lleváis juntos? —preguntó sin darse cuenta.

Lucy y Travis se miraron interrogadoramente.

—¡Ufff! —resopló ella—. Déjame que piense...

—Veinte años —dijo él.

—Diecinueve, capullo —le espetó Pierce.

Travis torció una sonrisa.

—Bueno, ese año estuvo con los dos.

—No estuve con los dos —dijo Lucy mirando a su marido con expresión severa—. Estuve con Pierce.

—Pero entre nosotros ya había saltado la chispa —dijo Travis que seguía con su provocadora sonrisa.

—Claro que sí —dijo Pierce riéndose.

—Vamos a ver, querido marido, que fue Pierce el que me dejó. Yo estaba coladita por él.

—¿Quieres decir que toda mi felicidad se la debo a este capullo? —dijo Travis sin perder el humor.

—Por supuesto —dijeron los dos amigos al unísono.

—¿Te das cuenta cómo me tratan? —Travis miraba a Sara que no había podido evitar la sonrisa—. No te pongas de su parte, no me dejes solo.

—Anda, vamos a comer algo que la cerveza está empezando a subírsete a la cabeza —dijo Lucy empujándolo con suavidad.

—¿Y desde cuando vivís aquí? —preguntó Sara.

—Nos trasladamos hace dos meses —explicó Lucy—. Hace un año vivíamos tan felices en Nueva York. O eso creíamos. Travis tenía un buen trabajo como editor del New York Times y yo me encargaba de los tres pequeños. Dejé mi trabajo de editora a tiempo completo para cuidar de ellos. He seguido leyendo manuscritos y haciendo informes para la editorial, pero como freelance.

Las dos mujeres se habían sentado en una mesa, Lucy parecía no ser tan inmune a sus tacones como parecía. Los dos hombres seguían de pie junto a la barra e iban ya por su tercera cerveza.

—Un trabajo interesante —dijo Sara.

—No creas, es bastante aburrido leer por obligación; no siempre te llegan cosas que te gustan, pero tienes que hacer el trabajo igual.

Sara asintió y cogió una patata mientras escuchaba atenta.

—La cuestión es que un día Travis tuvo un episodio extraño. Salió del periódico, cogió el coche y condujo durante horas.

Sara dejó el tenedor en el plato sin dejar de mirarla confundida.

—¿A dónde fue?

—A Charleston. —Lucy cogió su vaso de cerveza y apuró hasta la última gota—. Condujo más de ochocientos kilómetros sin decírselo a nadie. Me llamó cuando estaba preparando la cena. Estaba aterrado porque no sabía qué hacía allí ni a qué había ido. Tuvo un ataque de pánico y se fue al hospital convencido de que había perdido la razón.

Sara la miraba anonadada, sin saber qué decir.

—Cuando conseguí encontrar a alguien que pudiese quedarse con mis hijos, fui a buscarlo. Lo tenían sedado y el médico que lo atendió me dijo que tenía un cuadro de estrés grave. —Se bajó del taburete en el que estaba sentada—. ¿Te importa si salimos un poco a que nos dé el aire?, necesito fumar.

Sara cogió su abrigo y le hizo un gesto con la mano a Pierce que las miraba interrogador. Lucy encendió un cigarrillo después de ofrecerle y dio dos caladas antes de volver a hablar.

—Me relaja mucho —dijo—, pero solo fumo en contadas ocasiones. No puedo hablar de aquello sin un cigarrillo entre los dedos.

—Debió ser aterrador —dijo Sara.

—Lo cierto es que todo lo que tiene que ver con la mente lo es, porque nunca sabes qué pasa de verdad ahí dentro. Travis se asustó muchísimo porque no se acordaba de cómo había llegado hasta allí. Recorrió ochocientos kilómetros sin darse cuenta de lo que hacía. Empezó a cuestionárselo todo, se preguntaba cuántas cosas habrían pasado en su vida sin que él las recordase. Fue horrible.

—Pero ahora está muy bien —dijo Sara metiendo las manos en los bolsillos para tratar de disimular el temblor.

Lucy sonrió.

—Sí, ahora está bien —dijo—. Pero estuvo muy mal, Sara. Hubo un momento en el que creí que no lo superaríamos. Solo pensaba en la muerte.

Sara empalideció y Lucy asintió varias veces ante de dar una profunda calada a su cigarrillo.

—Sé que pensó en acabar con todo, pero por suerte reaccionó a tiempo. Se dio cuenta de que lo que le pasaba era que estaba viviendo la vida de otro, la vida que su padre siempre quiso para él y que le había inculcado desde niño. Se sentía como un impostor, como si estuviese agazapado en un rincón oscuro esperando que alguien viniese a rescatarlo. Le dije que yo le rescataría que saliese de ese rincón, que los niños y yo lo amábamos profundamente y que no podíamos vivir sin él.

Sara sintió que se le humedecían los ojos y Lucy la cogió del brazo en un gesto cariñoso.

—Hablamos durante días sobre todo, sobre él y sobre mí. Sacó lo que llevaba guardando tantos años y por fin empezamos a tomar decisiones. Dejó el

trabajo, vendimos la casa y nos mudamos aquí. Compramos este local para montar una cervecería y ahora es el hombre más pleno y feliz que conozco. Como ves es una historia feliz, así que ya puedes secarte esas lágrimas.

—Soy muy tonta, lo sé —dijo riendo mientras se limpiaba los ojos con un pañuelo cuidando de no estropearse el maquillaje.

—No eres tonta, eres una persona empática y eso me gusta. Nunca había visto a Pierce tan contento y estoy segura de que es por ti. Hacéis una pareja estupenda y espero que os vaya muy bien —dijo con cariño.

Tiró la colilla al suelo y la pisó asegurándose de que quedaba apagada.

—Volvamos dentro —dijo.

El móvil de Sara empezó a sonar y se detuvo antes de entrar haciéndole un gesto a Lucy para que no la esperase. Al ver el nombre de Bárbara Cartland en la pantalla frunció el ceño desconcertada. Hacía siglos que no pensaba en ella.

—¿Bárbara? ¿Ocurre algo?

El rostro de Sara perdió el color por completo y tuvo que buscar un lugar en el que sentarse cuando empezó a verlo todo negro.

Cuando salieron del local de sus amigos ya era media noche. Pierce se quedó un momento parado frente a su motocicleta, pero no cogió el casco.

—Creo que deberíamos dar un paseo y tomar un café en algún sitio antes de coger la moto —dijo mirándola con los ojos brillantes.

—Has bebido demasiada cerveza —dijo ella sonriendo—. Si hubiésemos traído el coche podría conducir yo, pero la moto...

—Mmmm —dijo él atrayéndola para que se acomodara entre sus brazos—, qué excitante la idea de tenerte entre mis piernas.

—Anda —dijo ella cogiéndolo del brazo—, busquemos un lugar donde tomar café.

Pierce se inclinó y olió su cabello

—Qué olor tan delicioso.

—Tú tampoco hueles mal —dijo riéndose.

Entraron en una cafetería y buscaron una mesa junto a las ventanas. En la calle había bastante ambiente a pesar de la hora y era agradable ver pasar a la gente.

—Yo quiero un café americano —dijo Pierce cuando se acercó la camarera—, fuerte, muy fuerte.

—Ya veo —dijo la chica sonriendo.

—Yo lo mismo, pero no tan fuerte —dijo Sara cuando la miró a ella.

Cuando la camarera los dejó solos Sara se distrajo un momento mirando

hacia la gente que paseaba por la calle.

—¿En qué piensas? —preguntó Pierce.

—En nada —dijo volviéndose hacia él—. En una conversación que he tenido... con Lucy.

—¿Te ha contado lo de Travis?

Sara asintió.

—Fue algo terrible —dijo él—. No me lo contaron hasta que decidieron mudarse. Entonces hacía ya tiempo que no nos veíamos, por eso era tan especial venir esta noche a la inauguración.

—Lo imagino. ¿Por qué os distanciasteis? —preguntó Sara después de que el camarero dejase sus cafés en la mesa.

—La vida —dijo Pierce después de dar un sorbo a la hirviente bebida—. Yo no tenía tiempo de distraerme, prácticamente vivía en mi trabajo. Llegaba a primera hora de la mañana y salía casi todos los días después de las nueve de la noche. Lo más parecido al ocio que había en mi vida era ir a cenar de vez en cuando con alguna chica y acostarme con ella.

A Sara no le sorprendió su sinceridad, ya lo conocía lo suficiente para saber que Pierce era así.

—¿Y de verdad nunca te enamoraste? —preguntó por enésima vez—. ¿Ni siquiera de Gene?

Pierce estaba pasado de copas, pero no estaba borracho y aquella pregunta lo sacudió por dentro. La miró muy serio.

—¿Por qué me preguntas eso? —dijo.

—No quería molestarte. —Sara sabía leer su lenguaje corporal y en ese momento se había distanciado de ella unos cuantos kilómetros.

—Sabes lo que pasó, no deberías haberme preguntado eso.

—Sé lo que pasó, pero nunca hemos hablado de qué fue lo que lo causó. No tienes por qué contármelo...

—Me parece muy curioso que me preguntes algo tan delicado cuando tú no quieres hablarme de tu marido.

Sara empalideció y Pierce agarró su mano, quizá para evitar que saliese huyendo.

—Me prometiste...

—¿Por qué? ¿Por qué, Sara? ¿Qué hay tan terrible en tu pasado que no puedes compartirlo conmigo? —Tenía los ojos vidriosos y una expresión decidida—. Te contaré todo lo que quieras saber sobre Gene, pero necesito que te abras a mí...

—¿Más? —Sara soltó su mano con brusquedad—. ¿Te parece que me he abierto poco?

Se dio cuenta de que había hablado demasiado alto y la gente que estaba en el local, incluido el camarero, los miraban interesados.

—Vamos a bajar la voz —dijo susurrando.

—Lo único que quiero es conocerte de verdad. Ya has visto lo que supone tener una buena relación, ser cómplices el uno del otro. Yo quiero tener lo que Lucy y Travis tienen, estoy dispuesto a poner todo de mi parte, pero necesito que tú hagas lo mismo.

—Dos días —dijo Sara mirándolo a los ojos—, han pasado solo dos días.

Pierce frunció el ceño sin comprender.

—Dos días desde que me dijiste que podrías soportarlo, que aceptarías lo que te ofreciese. Que nunca me preguntarías...

El hombre cerró los ojos un instante y suspiró. Tenía razón, se lo había prometido. El efecto del alcohol se disipó por completo y cuando abrió los ojos ya había recuperado el control. Bebió un largo trago de café y sonrió.

—Lo siento, Sara —dijo—, han sido las cervezas. No me hagas caso.

Sara lo escuchaba y veía su sonrisa en aquellos labios que la volvían loca. Pero también veía su mirada, aquella mirada penetrante y estremecedora. Y esos ojos hablaban por él y le estaban diciendo que no lo soportaría.

—Volvamos a casa —dijo Sara.

Salieron de la cafetería y caminaron cogidos de la mano como dos enamorados. Hablaron de cosas triviales y se rieron despreocupados dejando por completo olvidada aquella incómoda conversación. Pierce la arrinconó contra la pared un par de veces ansioso por besarla y otras tantas fue ella la que le rodeó el cuello con los brazos para sentir su lengua serpenteando entre sus labios.

Una hora después entraron en la habitación de Pierce intentando no hacer ruido. Sara se quitó el vestido con urgencia, pero él la llevó hasta la cama sin dejarla terminar de desnudarse. La arrastró hasta el centro del colchón y se entretuvo en desabrocharle los zapatos. Después le quitó los calcetines altos y por último las medias dejando a la vista que no había nada más. Se tumbó sobre ella y la besó en los labios para después bajar por su cuello y llegar hasta su pecho. Había colocado la pierna entre sus muslos y la acariciaba con ella. Volvió a subir hasta su boca y la abrazó haciéndola rodar hasta quedar de lado uno frente al otro. Sara intentó montarlo, quería que la penetrara, pero él volvía a abrazarla y la hacía rodar en un juego que más parecía una tortura.

—Quiero que me folles —dijo ella con voz ronca.

—No voy a follarte, voy a hacerte el amor —dijo él acariciándole el rostro—. Como nadie te lo ha hecho jamás.

Comenzó a acariciarla con delicadeza, explorando su cuerpo con ternura. La

hizo colocarse de espaldas a él y la abrazó desde atrás, haciendo que sintiera su miembro duro y expectante contra su trasero. Siguió acariciándola con suavidad, provocando en ella un ansia que iba creciendo por momentos. Sentía aquella dureza contra su espalda y se movió tratando de provocarlo. Pierce la besó en el hombro y la mordió ligeramente cuando se restregó contra él.

—No seas mala —ronroneó—. Todo llegará.

Pero Sara solo podía pensar que quería que la tomase, de cualquier forma, no importaba cómo, pero que lo hiciese ya. Sin embargo él siguió con su tortura agarrándole los pechos al tiempo que se pegaba más a ella. Bajó la mano por su abdomen y se deslizó entre sus piernas. Guio sus dedos hasta el interior de sus labios y buscó con ellos la entrada húmeda que lo acogió con un apretado abrazo. Sara gimió, casi sollozó de tan excitada que estaba y lo agarró por la muñeca utilizándolo para desahogar la tensión con los movimientos de sus caderas.

—¿Estás follando con mi mano? —preguntó él divertido.

—Si no me das más opciones... —dijo ella sin dejar de mover sus caderas y haciendo que el miembro apostado en su trasero estuviese sufriendo un duro acoso.

Pierce comprendió que acabaría perdiendo el control y decidió terminar con aquello. Se colocó sobre ella después de recuperar su mano y Sara jadeó satisfecha mientras la penetraba lentamente. Restregó sus duros pectorales contra la suave piel de los pechos femeninos manteniendo el ritmo en cada embestida. Se detuvo un momento, respiraba con dificultad y estaba claro que quería retenerse para no acabar antes de tiempo.

Sara levantó las caderas haciendo que entrase hasta el fondo y él contuvo el aliento presintiendo las primeras contracciones. Ella siguió moviéndose sin darle tregua y él acompañó sus movimientos apretando los dientes y aumentando la intensidad de sus envites. Cuando supo que era el momento lo abrazó con sus piernas haciendo que gimiese a punto de derramarse. El intenso orgasmo llegó hasta ellos barriendo sus sentidos hasta una larga y profunda sima.

## Querido Pierce

Pierce se despertó con un sobresalto y se sentó en la cama. Cogió aire de golpe, sentía como si hubiese dejado de respirar. Respiró hondo varias veces y bajó los pies al suelo. Le sorprendió que Bonnie no hubiese ido a despertarlo, pero después de un primer momento de confusión sonrió, debía estar ayudando a su madre con los preparativos. Niall, sus mujeres y Jason llegarían a media mañana y Lewis estaba previsto que lo hiciese por la tarde.

Se dejó caer en la cama con la imagen de la noche anterior en la retina. Sin duda había sido la mejor noche de su vida. Sara estaba más sensible y apasionada que nunca y había hecho cosas que ninguna otra mujer le había hecho jamás. Sonrió satisfecho de haber sido capaz de conseguir el éxito tantas veces seguidas.

—Será mejor que dejes de pensar en eso —dijo en voz baja al tiempo que levantaba la colcha para comprobar que tenía una erección en plenitud de forma. Se levantó y se fue directo a la ducha, el agua fría le ayudaría con eso.

Su padre estaba sentado frente a la mesa de la cocina con una taza de café en la mano. Pierce miró a su alrededor, no parecía que hubiese nada preparado.

—¿Hoy no se desayuna en esta casa? —preguntó sonriente—. ¿Dónde están las chicas?

La mirada de Cary fue un anticipo de lo que venía a continuación, pero casi antes de escuchar las palabras la idea fructificó en su cabeza y su expresión se tornó en incredulidad.

—Se han ido.

La voz de su padre lo siguió mientras corría escaleras arriba hasta la buhardilla. Se lanzó hacia la puerta como si de un salvavidas se tratase y entró en el cuarto con el corazón a punto de estallarle en el pecho. Estaba todo perfectamente colocado y la cama hecha. Fue hasta los cajones de la cómoda y los abrió uno tras otro con la misma desolada impresión.

—Debieron irse poco después de que nos acostáramos —dijo su padre apostado en la puerta.

Pierce se llevó las manos a la cabeza apartándose el pelo como si eso pudiera ayudarlo a pensar. Las imágenes de la noche anterior vinieron a torturarlo. Habían estado hablando de las Navidades de cuando eran niños. Ella parecía tan feliz...

—Ha dejado dos cartas —Cary le mostró un sobre—. Esta es para ti.

Pierce miraba la mano tendida sin poder reaccionar. Todo su cuerpo se había paralizado con el mismo pánico que lo atenazó en el baño de Genevieve aquella noche. Su padre avanzó hasta él y le cogió la mano para ponerle la carta en ella. Después se dio la vuelta y salió de la habitación arrastrando los pies. Pierce se preguntó cómo una persona podía envejecer tanto en tan solo una noche.

Buscó un lugar en el que sentarse y al ver el sofá sintió una punzada en el pecho. Apretó los dientes y caminó hasta él. Abrió el sobre y desplegó la carta.

«Querido Pierce,

No sé si hay palabras para explicarte lo que siento en este momento. Imaginar lo que pensarás, lo que sentirás cuando estés leyendo esta carta me parte el alma y me desgarran por dentro.

Ojalá te hubiera conocido antes. Hace años. Pero no, porque de haberte conocido jamás habría tenido a Bonnie. Jamás habría podido estar con su padre.

Quiero que sepas que he sido totalmente sincera contigo, no sé si eso servirá de algo, si podrá calmar la rabia y la pena que debes sentir en este momento, pero es importante para mí que lo sepas.

En estos cuatro días he tratado de convencerme de que podíamos intentarlo. Que podíamos formar una familia, tener a nuestros propios hijos y criar a Bonnie juntos. Pero es imposible, lo supe con certeza en la cafetería, lo vi en tus ojos y tengo que ser valiente para aceptar la verdad. Nunca vas a aceptar no saber qué pasó en mi vida, primero será una curiosidad sutil, algo sin importancia. Pero más adelante, cuando vaya pasando el tiempo y nuestra relación se afiance no aceptarás mis silencios.

No puedo permitirlo, porque esa verdad nos destruiría. Te destruiría. Y, sobre todo, la destruiría a ella.

He tomado la única decisión que podía tomar y puedes estar seguro que es lo más difícil que he hecho en mi vida. Te quiero como no había querido jamás a otro hombre. Quiero a tu padre como si fuese el mío. Y sé a ciencia cierta que con esta marcha hago daño a Bonnie, que es lo que más me importa en el mundo.

Juré que protegería a mi hija con mi propia vida. Juré que haría cualquier cosa por ella. Esta carta es la prueba de que cumplo mis juramentos.

Gracias por tanto. Gracias por el maravilloso recuerdo de una apasionada y dulce noche de amor que me acompañará el resto de mi vida.

Si de verdad sientes amor por mí, me dejarás marchar.  
Te querré siempre.  
Sara».

Apretó con fuerza el papel entre sus manos con los ojos fijos en el dibujo colgado en la pared. Era su retrato pintado por Bonnie. Sara lo había colgado allí porque decía que así lo veía todas las noches antes de dormirse y podía imaginarlo a su lado. Ni un sonido salió de su garganta. Se levantó y salió de la buhardilla cerrando la puerta tras él con cuidado. Bajó las escaleras y entró en la cocina donde su padre volvía a estar sentado frente a una taza de café, con su carta en las manos y la cara llena de lágrimas.

—Vamos a desayunar —dijo Pierce—. Tenemos mucho que hacer.

Beautfield era un pequeño pueblo de cerca de cinco mil kilómetros cuadrados, con unos siete mil habitantes, una calle principal, dos avenidas y un museo. Pierce recorrió las calles buscando la floristería de Sara y sorprendentemente no tardó más de media hora en dar con ella. Detuvo la moto a un lado de la calzada y se quedó durante unos minutos apoyado en el depósito contemplando la fachada del edificio. Un letrero de madera, colgado sobre la ventana que hacía las veces de escaparate, sobre el que rezaba el sutil mensaje: Bonnie's Tale. Observó desde la Harley el movimiento que había en su interior y pudo distinguir la figura de un joven que supuso debía ser Charlie.

Desmontó y cruzó la calle sorteando los coches que pasaban. Había bastante movimiento para ser un martes por la mañana. Entró en la floristería y la campanilla sobre la puerta anunció su visita.

—¡Enseguida salgo! —se oyó la voz masculina.

Debía tener unos veintipocos años y arrastraba una pierna a causa de una marcada cojera.

—Buenos días, caballero —saludó con gran simpatía—. Lo siento, pero está cerrado, tan solo he venido a preparar algunas cosas...

—Hola, buenos días —le cortó—. ¿Eres Charlie?

El joven asintió sin abandonar su sonrisa.

—El mismo que viste y calza —dijo.

—Estoy buscando a alguien...

El rostro del joven cambió por completo y la sonrisa de sus labios se transformó en una grieta seca.

—Estoy buscando a Sara y a Bonnie.

—No conozco a nadie con ese nombre —dijo cortante.

—Soy Pierce —se presentó—. Pierce Fuller. ¿No te ha hablado de mí?

—No sé de quién me está hablando, señor, ya se lo he dicho.

Pierce suspiró al tiempo que apoyaba las manos en el mostrador.

—Ayer fue Navidad, Charlie —dijo mirándolo a los ojos con tristeza—. Tendríamos que haber estado todos en casa. Vinieron Niall y las niñas y Lewis... Mi padre estuvo tan triste... No entiende por qué tuvieron que marcharse. Nadie lo entiende.

Charlie lo miraba atentamente, pero sin mostrar el más mínimo cambio en su expresión.

Pierce estaba cansado, llevaba muchas horas sin dormir, buscándola, tratando de adivinar los motivos por los que se había ido... Apoyó los codos en el mostrador y la cabeza en las manos.

—Sé que esta era su floristería, me lo contó Bonnie. Bueno, ella no me dijo cómo se llamaba, pero lo supe en cuanto la vi, supe que era esta, no podía ser otra. —Levantó la mirada y la clavó en Charlie que empezaba a evidenciar que la tristeza de aquel desconocido no le resultaba indiferente—. Charlie, por favor, solo quiero hablar con ella...

—Ya le he dicho...

—Sí —le cortó—, ya me lo has dicho.

Pierce sacó su móvil y buscó algo en él, después lo dejó sobre el mostrador para que Charlie lo viese.

—¿Qué ves ahí, Charlie? —preguntó.

El joven se inclinó ligeramente para mirar la fotografía que se veía en la pantalla.

—Era feliz con nosotros —dijo Pierce—. Las dos lo eran.

Charlie levantó la mirada y ya no había disimulo en ella.

—No sé dónde está —dijo.

Los ojos de Pierce se iluminaron esperanzados y se acercó al mostrador.

—¿Ha estado aquí?

—Se fueron esta mañana a primera hora, solo vinieron a pasar conmigo el día de Navidad para que Bonnie no estuviese tan triste.

Charlie no se esperaba lo que ocurrió entonces, Pierce tenía los ojos llenos de lágrimas y al cerrarlos éstas cayeron en cascada. El joven caminó renqueante hasta la puerta y dio vuelta a la llave antes de acercarse a él y ponerle una mano en el hombro.

—Ven, tomaremos café y charlaremos tranquilamente en la trastienda.

Pierce observaba a Charlie mientras preparaba el café. Estaban en un pequeño cuarto decorado con dibujos de una pintora que reconoció enseguida.

—Ese de ahí debes de ser tú —dijo señalando un retrato.

Charlie sonrió al tiempo que asentía.

—Bonnie es una gran artista —dijo.

Colocó las tazas en la mesa y se sentó por fin. Pierce estaba agotado y necesitaba ese café si quería seguir conduciendo su moto.

—¿Te han hablado de mí? —preguntó.

—Bonnie no ha hecho otra cosa —dijo—. De ti y de tu padre.

Pierce apretó los labios conteniendo sus emociones.

—¿Por qué? —preguntó—. Sé que me quiere, Charlie, ¿por qué me ha dejado?

—No puedo contestar a eso —dijo él.

Pierce se frotó la frente tratando de relajar la tensión y la impotencia que sentía.

—Lo que sí puedo hacer es contarte mi historia —dijo el joven—, que quizá te ayude a comprender en parte la suya.

Pierce lo miró confundido y Charlie se levantó para buscar algo.

—Tú me has enseñado una fotografía —dijo cuando regresó y dejó algo sobre la mesa—. Yo también voy a mostrarte una.

Pierce se inclinó sobre la imagen que mostraba a un hombre de unos treinta años. Lo miró con atención y tomó la instantánea en la mano para acercarla más y verla en detalle. Estaba claro que se parecía a Bonnie.

—Ese es Ralston Priestley, mi hermano —dijo.

Pierce miró a Charlie que le sonreía.

—Yo soy el tío de Bonnie y el cuñado de Brittany, a la que tú conoces como Sara. —Se levantó de nuevo y cogió una botella de brandy y dos vasos—. Para esta conversación necesitaremos algo más que café.

Pierce cogió el vaso, después de que hubo vertido la bebida y se lo llevó rápidamente a los labios.

—Ralston y yo éramos hermanastros y nos criamos en Whitesville, Kentucky. Su madre murió cuando él era muy pequeño y nuestro padre volvió a casarse diez años después con la que sería mi madre. Cuando yo nací la vida de Ralston no era muy agradable, la relación con su padre nunca fue buena, pero después de casarse con mi madre, empeoró. Así que nunca fue un hermano amantísimo para mí. Tenía el dudoso gusto de utilizarme como saco de golpes, pero era muy inteligente en su maldad y siempre encontraba el modo de que me hiciese verdadero daño sin tocarme. Antes de los quince ya me había roto los dos brazos y la nariz y siempre fue con caídas supuestamente accidentales. No engañaba a nadie y al final nuestro padre se hartó de él y lo echó de casa. — Charlie rellenó los vasos que ya estaban vacíos.

—¿No eres demasiado joven para beber? —preguntó Pierce antes de llevarse el vaso a la boca.

—Tengo veintitrés —dijo sonriendo—. Sigo. Desde que Ralston se marchó la vida en casa cambió por completo. No es que mi padre fuese un hombre cariñoso, pero se relajó y se volvió más amable y tanto mi madre como yo lo agradecemos. Y dos años después regresó a casa con una esposa embarazada.

Pierce dejó el vaso muy despacio en la mesa y Charlie asintió.

—No tenían dónde vivir y mis padres aceptaron acogerlos. Él parecía haber cambiado mucho gracias a ella y todos nos sentimos aliviados. Brittany era una joven dulce y muy cariñosa que se preocupaba por mi madre y me trataba como una hermana. La primera vez que vimos a Brittany con un ojo morado nos dijo que se había golpeado con el mango de la escoba y nosotros hicimos como que nos lo creíamos. Siempre he pensado que todo habría sido distinto si mi madre hubiese hecho caso a mi padre y le hubiese dejado denunciarlo.

Pierce estaba muy serio y daba vueltas al vaso con gesto mecánico.

—Bonnie nació antes de tiempo —dijo Charlie—, Brittany tuvo un accidente al caerse por las escaleras...

—Maldito hijo de puta —masculló Pierce entre dientes.

—Me salto todo lo que tiene que ver con Brittany porque eso no es algo que yo deba explicar, solo te he dado esos dos detalles para que te hagas una idea de la situación en la que vivíamos. Mi padre llevó a Brittany al hospital y al regresar le dio una paliza monumental. Nunca había visto a mi padre así, creímos que lo mataría. Mi madre lloraba y gritaba que lo dejara, que lo iba a matar, pero mi padre estaba fuera de sí y tuve que meterme en medio para impedir una tragedia. Ojalá no lo hubiese hecho.

La rabia se mostraba en aquel joven rostro como un mapa de sufrimiento y arrepentimiento.

—Por suerte para todos, Bonnie nació bien, un poco pequeña, pero sana y con todo en su sitio. En una semana Brittany y ella volvieron a casa, pero Brittany ya no era la misma. Le tenía terror, tan solo verlo acercarse la hacía ponerse a temblar y no soportaba verlo cerca de su hija. Así que mi padre habló con ella y la convenció de que debía separarse de él. Mi padre le pidió que se comportase como un hombre, se marchara de aquella casa y nos dejara vivir en paz. Recuerdo la cara de mi hermano, yo conocía aquella mirada de odio y sabía que no traía nada bueno. Sin decir nada salió de la casa. Yo me asomé a la ventana para verlo marcharse y respiré aliviado al ver que se iba hacia su camioneta. En ese momento se oyó la campana del horno y le dije a mi madre que ya iba yo a pararlo. Mi madre estaba preparando berenjenas rellenas, mi plato favorito. Estaba en la cocina cuando escuché la puerta de la calle abrirse y

golpear contra el mueble que había en la entrada. Recuerdo que sentí que se me aceleraba el corazón y entonces escuché el primer disparo. Sin pensarlo corrí hacia allí y vi a mi padre con un boquete en el pecho y a mi hermano apuntando a mi madre con la Winchester. Le disparó en la cara a bocajarro a bocajarro y se giró hacia Brittany que se había colocado delante de la cestita en la que estaba Bonnie. Iba a disparar, ya tenía el arma preparada y entonces vi que llevaba en la mano el tenedor de dos pinchos que había cogido de la cocina. Se lo clavé en la nuca sin pensarlo, Ralston gritó y se volvió hacia mí con el dedo presionando el gatillo. Por suerte, como estaba cayendo, el disparo me dio en la pierna y solo me dejó cojo.

Pierce estaba pálido y tenso.

—Ralston murió unas horas después —siguió Charlie—. Hubo un juicio y ya sabes cómo funciona esto, la gente habla... La prensa sensacionalista se hizo eco del macabro crimen familiar y hubo gente que opinó sin saber. La gente hace y dice lo que sea por un minuto de gloria. Hubo quién aseguró que fue Brittany quién le clavó el tenedor. Llegaron a decir que todo ocurrió por celos, porque Brittany y yo éramos amantes.

Pierce trataba de asimilar aquella información, pero en lo único que podía pensar era en encontrar a Sara y abrazarla, abrazarla tan fuerte que ni el viento pudiese hacerle daño.

—Al final del juicio todo quedó claro y me declararon inocente. Quedó demostrado que actué en defensa propia y, como además era menor, pues no quedaría constancia en ningún archivo. Me dejaron limpio.

—¿Y Sara? Quiero decir Brittany...

—Estuvo conmigo todo el tiempo hasta que quedé libre. Vendimos la casa y las tierras y nos marchamos de Whitesville para siempre. Compramos una casita aquí, en Beautfield y alquilamos este local para abrir una floristería. Dijimos a todo el mundo que éramos hermanos y vivimos tranquilos hasta hace unos meses.

Pierce frunció el ceño.

—¿Qué ocurrió?

—Apareció una periodista haciendo preguntas —dijo—. Querían grabar un documental de esos de crímenes reales y querían información de primera mano. Nunca imaginamos que podían seguirnos, creímos que habíamos dejado todo aquello atrás, pero resultó que no. Brittany no quería que Bonnie supiese jamás la clase de hombre que era su padre y decidió marcharse con ella a un lugar al que no pudiesen seguirla, pero para eso debían irse solas. Así que yo me quedé aquí y ellas...

—Se marcharon a Kennenbunkport —terminó Pierce.

Charlie asintió.

—Pusimos el mapa encima del capó del coche...

—Y Bonnie señaló ese pueblecito en la costa —volvió a terminar Pierce.

—Entre tú y yo —dijo Charlie sonriendo—, los dos creemos que hizo trampa.

Charlie acompañó a Pierce hasta la puerta y antes de salir se dio la vuelta y abrazó al muchacho.

—De verdad que no puedo decirte a dónde han ido —dijo el joven cuando se separaron—. Hasta que no se instale no me dirá dónde está. Intentaré convencerla de que hable contigo.

Pierce asintió y salió de la floristería. Caminó hasta el otro lado de la calle y se subió a su Harley. Miró hacia la puerta de la tienda desde donde Charlie le decía adiós con la mano. Le hizo un gesto de saludo, se colocó el casco y puso en marcha la moto. El rugido del motor hizo girar la cabeza a algún transeúnte. Pierce dio gas incorporándose al tráfico y se alejó de allí a toda velocidad.

## Los hermanos Fuller

—¿Me das una vuelta? —dijo Rohana, que estaba sentada en los escalones de la entrada.

Pierce ya se había quitado el casco y la miró pensativo.

—No tengo muchas ganas —dijo.

—Vale.

—¿No te enfadas conmigo?

—No. —La niña miraba la moto con suma atención—. ¿Tiene un Big Twin Evo?

Pierce la miró sin dar crédito.

—¿Conoces los motores de las Harley?

La niña se encogió de hombros mientras se ponía de pie y daba una vuelta alrededor de la máquina.

—1340 cc, cabezas y cilindros de aluminio, con mejora de la eficiencia en la refrigeración de aire, un árbol de levas...

—¡Wow! —exclamó Pierce visiblemente impresionado.

Rohana sonrió satisfecha.

—Cuando tenga edad suficiente para poder sostenerla tendré mi propia Harley —dijo.

Pierce le hizo un gesto para que entrase en el garaje.

—En la repisa hay un casco, pónitelo y te llevo a dar una vuelta —dijo.

Rohana corrió a obedecerle y salió con él puesto.

—Avisa a tu madre, no quiero que se preocupe —dijo maniobrando para dar la vuelta y subir la rampa—. Te espero arriba.

Pierce vio a Olivia que salía de la casa con Rohana y subía la rampa con ella. No tenía ganas de hablar, pero trató de poner su mejor cara.

—Pierce... —dijo mirándolo a los ojos.

—Vamos a dar una vuelta —dijo él desviando la mirada—. Tranquila, iremos solo hasta el faro.

—¿Estás seguro? —preguntó Olivia mientras su hija se montaba en la máquina.

—¿Tienes algún problema? —preguntó él a su vez mirándola al fin.

Su cuñada lo pensó unos segundos antes de responder y finalmente negó con la cabeza. Pierce se puso en marcha y se alejaron de allí ante la atenta mirada de la mujer. Niall llegó junto a ella y la cogió por la cintura.

—¿No la ha encontrado? —preguntó mirando cómo la moto se alejaba.

—Si la ha encontrado no ha ido bien —dijo Olivia y cuando dejaron de verlos se volvió a su marido y lo abrazó mirándolo con ternura—. ¿Damos un paseo por la playa?

—¿Cogemos un jersey o tendrás bastante con mi calor humano? —preguntó él con picardía.

—Tú calor humano puede calentarme los pies debajo de las mantas, pero no es suficiente para combatir el frío del invierno, cariño —dijo sonriendo.

—Acabas de dar un serio golpe a mi hombría.

—Eres tonto —dijo poniéndose de puntillas y besándolo en los labios.

Pierce llevó a Rohana hasta el faro y después dio la vuelta hasta casa sin detenerse. Durante el camino la niña no paró de hablar de las Harley y las mil historias que conocía sobre ellas. Cuando estuvieron frente a la puerta del garaje Pierce dejó que se bajara y se quitara el casco.

—Ha sido brutal —dijo la niña—. Me muero de ganas de tener una para mí sola. Pienso viajar por todo el mundo con ella.

Pierce sonrió y metió la moto en su aparcamiento.

—Además tengo a mi tío para que me la arregle si se estropea. O mejor aún, puedes enseñarme a arreglarla y así podré solucionar cualquier problema que me surja cuando esté viajando por países lejanos y exóticos.

—Rohana, ¿dónde te has metido? —Cas bajaba los escalones de la entrada seguida de cerca por Edeline—. Edeline y yo te hemos estado buscando. Hola tío Pierce.

—Hola Cas. Hola Edeline.

Su hermana empezó a narrarles la aventura que acababa de vivir y las tres niñas se marcharon sin prestar atención a la melancolía que impregnaba el ánimo de su tío. Pierce cerró la puerta del garaje y subió las escaleras de entrada quitándose los guantes. Al entrar en la casa escuchó la guitarra de Lewis y caminó hacia el salón. Allí estaba su padre y su hermano, que en cuanto lo vieron aparecer dejó de tocar. Cary se puso de pie mirándolo con apremio.

—¿Las has encontrado? —preguntó.

Pierce negó con la cabeza. Había pasado todo el viaje pensando en lo que les iba a contar y decidió no decir nada. La historia que había descubierto era demasiado terrible para contársela a su padre. Era un hombre demasiado bueno

para tolerar tanta maldad y aceptar que Sara hubiese vivido algo tan atroz.

—Voy a darme una ducha y me acostaré —dijo dirigiéndose a la puerta.

—¿No vas a cenar? —preguntó Cary.

—Estoy muerto, papá, si no duermo algo me desmayaré.

Cary lo dejó marchar y volvió a sentarse en el sillón. Lewis hizo lo mismo, pero dejó la guitarra a un lado, ya no tenía ganas de tocar.

A la mañana siguiente Pierce se despertó temprano y bajó con cuidado de no hacer ruido para no despertar a todo el mundo. Eran las seis de la mañana y aún no había amanecido.

Lewis estaba de pie frente a la ventana de la cocina mirando hacia la playa con una taza de café humeante entre las manos.

—Buenos días —dijo Pierce sorprendido.

—Hay café recién hecho —dijo su hermano girándose un instante y después volvió su vista de nuevo al paisaje.

—¿Qué haces levantado a estas horas? —preguntó Pierce cogiendo una taza.

Lewis tenía el móvil en la mano y se lo guardó en el bolsillo.

—Tenía cosas en las que pensar —dijo Lewis y se llevó la taza a los labios.

Pierce se dejó caer en la silla como si no pudiese con su propio peso.

—¿Has dormido algo? —preguntó Lewis acercándose. Apartó una silla frente a su hermano y se sentó también.

—No mucho.

—Necesitas hablar con alguien, Pierce —dijo Lewis mirándolo a los ojos—. Aquí estoy, hermano.

—Vaya, ¿tenéis una reunión y no me invitáis? —Niall entró en la cocina todavía con el pijama puesto bostezando.

—Pero ¿qué haces levantado? —preguntó Lewis—. Eres un padre de familia, no deberías levantarte antes de las diez de la mañana. ¿Qué clase de ejemplo estás dando a tus hijas?

Niall se echó a reír.

—Qué cachondo —dijo sirviéndose café—. No recuerdo lo que era levantarse a esa hora. Por suerte Jason ya nos deja dormir toda la noche, así que no me quejo.

Se sentó a la mesa y miró a su hermano mayor.

—Venga, estamos aquí para escucharte —dijo.

Pierce miró a sus hermanos y una profunda ternura se aposentó en su ánimo.

—¿Cómo sabíais...?

—Te acostaste sin cenar —dijo Niall—, sabíamos que te levantarías antes de

que amaneciera. Además, con las niñas por la casa no hay manera de hablar tranquilos.

—Llevó tomando café desde las cinco de la mañana —dijo Lewis sonriendo. Pierce sonrió también.

—Por eso tenías el móvil en la mano, le has avisado.

Nial asintió.

—Lo puse en modo vibración y quedamos en que me enviaría un mensaje cuando bajases —explicó.

Pierce ya sabía que tenía mucha suerte con la familia que le había tocado. A lo largo de su vida se había encontrado con muchas personas que en un momento u otro habían formado parte de ella. Pero si algo había aprendido era que los únicos que se quedan a tu lado en los malos momentos, son los únicos que verdaderamente importan.

—Cuéntanoslo todo —dijo Niall.

—Pero todo, Pierce —dijo Lewis mirando a su hermano a los ojos—. Empezando por lo de Gene.

Pierce cerró los ojos un instante y después bebió un trago de café amargo. No le ponía azúcar porque le gustaba sentirlo en la lengua como si de una esponja se tratase. Sus papilas gustativas se abrían al máximo al sentir la acidez y el aroma tostado.

—¿Qué te dijo en aquella llamada? —preguntó Niall.

Pierce dejó la taza en la mesa y los miró a uno y luego al otro.

—Me dijo que me amaba. Que siempre me había amado.

Decirlo en voz alta fue como descorchar un tapón que lleva años apretado contra la boca de la botella. Sintió como si una ventosa se hubiese desprendido de su cabeza.

—Me dijo que en realidad llevaba muchos años muerta, que murió el día que la violó el hijo de puta que estaba con su madre cuando ella tenía doce años, mientras ella estaba borracha en la habitación de al lado. —Los ojos de Pierce se llenaron de lágrimas—. Nunca me lo había contado. Sabía las cosas horribles que le habían pasado: las palizas y el abandono. Pero nunca me habló de eso. Me dijo que intentó matarse cuando tenía catorce años, que se puso un cuchillo en el cuello y cerró los ojos dispuesta a acabar con todo. Pero entonces me vio a mí llorando frente a su tumba y no pudo hacerlo. Fue cuando nuestros padres quisieron quedarse con ella.

Niall asintió, recordaba perfectamente aquellos momentos y lo mucho que sufrió su madre por no poder ayudarla.

—¿Por qué hay tanto cabrón en este mundo? —Pierce sentía una rabia tan profunda que apenas podía soportarlo—. Traté de amarla, os juro que lo intenté.

Estaba dispuesto a vivir con ella aun faltándome eso, pero se dio cuenta y me dejó.

—Tú fuiste siempre su mayor aliado, Pierce —dijo Lewis—, no tienes nada que reprocharte. Estuviste siempre para ella, no debió acabar con todo.

—No sé qué pasó cuando vio a su madre —siguió contando—, no quiso decírmelo, pero sabía que no debía ir, se lo dije. ¡Maldita sea!

Se llevó las manos a la cabeza y tiró de su pelo hacia atrás como si necesitara sentir algo físico para calmar tanta ansiedad.

—Sé que esto que voy a decir te va a doler —dijo Lewis inclinándose hacia delante para estar más cerca de él—, pero es la verdad y debes escucharla. Hay personas que no pueden salvarse...

—Escucha a Lewis, Pierce —dijo Niall al ver que su hermano se revolvía en la silla.

—Gene era una de esas personas —siguió el pequeño de los Fuller—. Nunca estuvo en tu mano salvarla porque ella no quería que la salvaran. Una vez me dijo que si hubieses vivido en otra época habría sido un magnífico caballero andante. Que siempre estabas dispuesto a desenvainar la espada para defender a damiselas que no están en peligro y luchar contra gigantes que en realidad son molinos de viento. Y tenía razón, Pierce. Centriste tu vida en protegerla de todo y de todos, pero en realidad su mayor enemigo estaba dentro de ella.

—Lo que pensamos los dos —dijo Niall—, y estoy seguro de que tú también lo sabes, es que no habría cambiado nada que la hubieses amado. El final de Gene estaba escrito desde hacía mucho tiempo. Siempre encontraba el modo de volver a aquello, de revivirlo como si acabase de pasar. Cuando cumplió los dieciocho se independizó. Primero trabajó para papá en el taller llevándole las cuentas y los tres sabemos que lo hicieron tan solo para poder encargarse de ella sin que se notase que se estaban encargando de ella. La trataron como a una hija. Cuando conseguiste ese trabajo en la empresa de Ronald Pattinson pusiste como condición que ella fuese tu secretaria. La tuviste siempre cerca, protegida. No le faltó nunca de nada...

Pierce se dejó caer contra el respaldo de la silla y se miró las manos dejando que las palabras de sus hermanos entrasen en su cerebro.

—No quería tu ayuda, Pierce —dijo Lewis—, le gustaba hundirse en el fango y regodearse en todo lo malo que había tenido. Cuando, en realidad, si hubiese puesto en una balanza todas las cosas que había vivido, las buenas superaban con creces a las malas.

—Si la hubieses amado —dijo Niall—, la única diferencia habría sido que te habría destruido a ti también.

—Casi lo hace —dijo Lewis.

Pierce negó con la cabeza.

—No me destruyó —dijo con una sonrisa triste—, me hizo darme cuenta de que estaba viviendo una vida que no quería. Y en gran parte fue por ella.

Niall asintió.

—Nunca habrías dejado el taller si no hubiese creído que tenías una responsabilidad para con ella.

—Exacto. Todo lo que hice, mis estudios, dejar el taller, trabajar con Ronald, todo lo hice por ella. La quería muchísimo.

—Lo sabemos —dijo Lewis.

—Pero tenéis razón, no podía salvarla. No se puede salvar a quien no quiere ser salvado y ella no quería. —Hizo una pausa y los miró alternativamente. Las lágrimas que contenía en su mirada cayeron por su rostro sin que ningún gesto lo impidiera. Estaba con sus hermanos, a ellos no tenía que esconderles nada—. Y Sara tampoco.

Durante los siguientes minutos les contó la historia que Charlie le había relatado. Los dos hermanos Fuller lo escucharon con atención y el horror se dibujó en sus rostros como un mapa perfecto, pasando por todas las emociones que la historia de aquellos sucesos les provocaba.

—Dios mío —susurró Niall cuando terminó—. Era un psicópata.

—Un maldito psicópata —confirmó Lewis.

—Sí, pero al escucharos me he dado cuenta de que es cierto, no se puede ayudar a quién no quiere ser ayudado —dijo Pierce limpiándose las lágrimas y sorbiendo por la nariz—. Sara tenía aquí una oportunidad de ser feliz. Le dije que la amaba y sé que ella me ama también. Sin embargo, escogió irse en lugar de quedarse y afrontar lo que fuese conmigo. No me dio opciones a pesar de que yo le había dado muchas.

Sacó un pañuelo del bolsillo, se limpió las lágrimas y la nariz y volvió a guardarlo. Después cogió su taza y se terminó el contenido.

—No se puede ayudar a quién no quiere ser ayudado —sentenció—. Tendré que aprender a vivir sin amor.

Lewis se reclinó contra el respaldo, cruzando los brazos delante del pecho y mirándolo con expresión socarrona.

—Ya somos dos —dijo.

Pierce y Niall se volvieron hacia su hermano pequeño con curiosidad.

—Oye, oye, oye —dijo Niall—. ¿Qué pasa aquí?

—No pasa nada —dijo Lewis.

—¿Cómo que no pasa nada? —Pierce lo miraba muy serio—. ¿Después de todos esos sermones que me has dado te crees que puedes guardarte algo? Ya estás largando.

—Hay una chica, trabajaba para la discográfica componiendo canciones...

—¿Y? —preguntó Niall al ver que no continuaba.

—Y nada —dijo Lewis visiblemente incómodo—. Me atrae mucho, pero yo le caigo como el culo.

—¿Que tú le caes como el culo? —Pierce no daba crédito. Su hermano era el tío más majo del mundo.

—Es que tuvimos un problemilla... Me quejé de ella y la despidieron. —Al ver cómo lo miraban sus hermanos se apresuró a continuar—. Intenté arreglarlo, pero no lo conseguí. Ella no debería haber escuchado lo que dije, no imaginaba que estaba en la sala contigua...

—Menuda cagada, hermanito, eso no... —Niall se calló de repente—. ¿Habéis oído eso? Alguien está tocando a la puerta.

Pierce asintió, se levantó y salió de la cocina seguido por sus hermanos. Cuando abrió la puerta de la calle se encontró con Sara, que abrazaba a su hija apretándola contra su cuerpo.

—¿Podemos pasar? —dijo—. Hace mucho frío.

Pierce se apartó y cerró la puerta cuando estuvo dentro.

—Hola —dijo Sara extendiendo la mano—. Vosotros sois Niall y Lewis.

Los hermanos le estrecharon la mano.

—Esta es mi hija Bonnie —dijo Sara presentando a la niña, que no apartaba sus ojos de Pierce.

—Bueno yo tengo que... —Lewis se rascó la cabeza sin dar con las palabras.

—Preparar el desayuno —le dijo Niall—. Y yo tengo que subir a ver a Jason, que seguro que ya está despierto.

—Bonnie —dijo Lewis—, ¿por qué no vienes conmigo y me ayudas? Seguro que sabes mejor que yo dónde está todo.

La niña miró a su madre que asintió y Bonnie le dio la mano a Lewis y se marcharon juntos a la cocina mientras Niall subía al piso de arriba.

—Has venido —dijo Pierce muy serio.

Sara asintió.

—Te debo una explicación —dijo.

Pierce miró a su alrededor.

—No tardarán en levantarse todos, ya se escuchan ruidos arriba —dijo Pierce.

—Podríamos ir a algún sitio —dijo ella con timidez.

Pierce asintió.

—Cogeré las llaves del coche —dijo.

—¿No podríamos ir en la moto? —preguntó ella.

—¿Con el frío que hace? —Pierce sonrió al fin.

Salieron de la casa y cogieron el coche.

## He encontrado mi camino

Pierce conducía atento a la carretera y sin hablar. Sara lo miraba de soslayo y su fuerte y serio perfil la intimidaba, por lo que se mantuvo callada todo el trayecto. Solo cuando vio a donde la llevaba lo miró abiertamente.

—¿Aquí? —preguntó.

—Tienen una cafetería y estaremos resguardados del frío —dijo aparcando el vehículo.

Esta vez no dieron la vuelta a la casa, sino que entraron por delante y Pierce la guio hasta la cafetería en la que ya había algunas personas desayunando. Seguramente personas que estaban alojadas en el Bonnie's Tale porque era demasiado temprano para que a nadie le apeteciese salir de casa a desayunar con el frío que hacía. Se sentaron en una mesa apartada y esperaron a que les tomaran nota antes de iniciar la conversación. Los dos estaban nerviosos y tensos y se miraban de refilón tratando de no mostrar demasiado en aquellas furtivas miradas.

Dos cafés con leche y nada más, de momento.

—Nos encontraste —dijo Sara.

—Tuve un poco de ayuda de Bonnie —dijo Pierce sonriendo con timidez.

Sara asintió.

—Me contó lo que hablasteis —dijo.

—No me dijo el nombre de la floristería —explicó él—, pero sabiendo el nombre del pueblo no resultó difícil encontrarla.

—Tengo que pedirte perdón por... —dijo bajando la vista.

—No vayas por ahí —la cortó Pierce haciendo que clavase sus brillantes ojos en los suyos—. No empieces con que soy una buena persona y que no me merecía bla bla bla.

—Eres una buena persona —dijo ella, dolida.

—Pero está claro que ese no es el problema, ¿verdad? —dijo muy serio.

—No, no lo es —dijo ella decidida—. El problema es que mi vida se fue a la mierda desde que conocí a Ralston. El problema es que tengo que me voy a

dormir todas las noches preguntándome cómo pude enamorarme de alguien como él. ¿Cómo no vi la maldad en sus ojos? ¿Cómo no hice algo antes de...?

—¿Cómo ibas a hacer algo? ¡Estabas embarazada! —dijo Pierce sin dar crédito a lo que oía.

La camarera les sirvió el café y se alejó sin decir nada, resultaba evidente que estaban en medio de una conversación muy seria.

—En mi descargo puedo decirte que jamás me había puesto la mano encima hasta que fuimos a vivir con sus padres y su hermano —dijo Sara mirándolo a los ojos—. Es importante para mí que me creas.

—No hace falta que dudes —dijo él, que seguía muy serio—, voy a creer cualquier cosa que me digas... Brittany.

Sara negó.

—Soy Sara —dijo dando vueltas a la cuchara dentro de la taza aunque nunca le ponía azúcar al café con leche—, me cambié de nombre cuando nos instalamos en Beautfield.

Pierce sintió cierto regocijo, era como recuperarla un poco.

—Cuando yo le conocí era un joven divertido y simpático —siguió Sara—, siempre tenía conversación y nunca se enfadaba por nada. Era paciente y cariñoso... A veces desaparecía y durante días no tenía noticias suyas. Siempre me decía que iba a ver a su familia y que era complicado, pero que algún día me llevaría a visitarlos. Después supe que era mentira, lo que pasaba era que no podía mantener su falsa personalidad todo el tiempo y a veces, perdía el control. Cuando eso pasaba desaparecía de mi vida y no regresaba hasta estar tranquilo de nuevo.

—Era un psicópata —dijo Pierce.

—Sí —reconoció Sara—. Yo tenía veinte años y él casi treinta. Nunca había salido con un chico en serio, tan solo había tonteado en el instituto, pero sin llegar a nada. Me deslumbró. Era una estúpida.

—Eras una cría —dijo él.

—También. Estuvimos tres años en una relación intermitente en la que él se iba y volvía. Se ganó a mis tíos, con los que yo vivía desde la muerte de mi madre. Ya sabes que mi padre murió cuando yo era muy pequeña. Mis tíos me trataban bien, no quiero que pienses que yo era desgraciada. No tenían hijos, nunca los quisieron y tuvieron que quedarse conmigo por obligación. Siempre fueron correctos conmigo, pero no me dio pena irme de allí.

Pierce trataba de mantenerse sereno aunque sentía una amalgama de sensaciones corriendo por sus venas.

—Cuando descubrí que estaba embarazada me asusté, pensé que aquello sería la verdadera prueba de amor que necesitaba. Y te preguntarás por qué

necesitaba una prueba. Pues porque a pesar de todo, había algo en Ralston que me producía inseguridad. Entonces no sabía lo que era, pero lo percibía.

—¿Ahora lo sabes? —preguntó él.

Sara asintió con los ojos clavados en los suyos.

—Hasta que estuve contigo no descubrí lo placentero que podía ser el sexo —dijo con timidez bajando mucho la voz—. Nunca había tenido un orgasmo hasta que tú...

Pierce frunció el ceño, confundido.

—¿Nunca?

Sara negó con la cabeza.

—El sexo con Ralston era brusco y rápido. Había algo en sus caricias... Algo agresivo y violento en la manera en que me poseía. Yo creía que tenía un problema, que no podía sentir y fingía...

Pierce entrecerró los ojos con una mirada interrogadora.

—Jamás he fingido contigo —dijo ella rápidamente—. Al contrario.

Pierce no apartó la mirada.

—Todo lo que pasó ya lo sé, al menos lo más importante —dijo—. Pero no es eso lo que quiero saber ahora.

Sara asintió.

—Porque salí huyendo como una cobarde...

Cogió la taza y bebió un largo sorbo mientras buscaba las palabras dentro de su corazón.

—Nunca había sentido lo que siento por ti, Pierce. Jamás había querido a nadie con tanta rabia, pasión y ternura. Vivir en esa casa contigo y con tu padre ha sido... No tengo palabras para expresarlo. Ver el amor que os tenéis, el cariño, la complicidad. —Movié la cabeza tratando de contener las lágrimas que empezaban a emerger haciéndose visibles—. Hasta ese momento no entendí hasta qué punto yo nunca había tenido una familia. Aparte de Charlie, que durante cinco años fue como un hermano pequeño para mí. Pero a Charlie y a mí nos había unido la tragedia, el horror. A vosotros os unía única y exclusivamente el amor. Ese amor que pusiste a mi alcance al decirme que tú también me querías.

—¿Por qué no hablaste conmigo? ¿Por qué no me contaste...?

—Iba a hacerlo, estaba decidida. Pero pasó algo... —Hizo una pausa y respiró hondo—. Hace unos meses se acercó a mí una mujer en la puerta del colegio de Bonnie. Se presentó como una madre más y me consoló porque vio que era primeriza y estaba a punto de ponerme a llorar. Tomamos un café y charlamos durante una hora, más o menos. Yo no me di cuenta, tenía la guardia baja porque mi vida se estaba convirtiendo en algo maravilloso.

Pierce la escuchaba con atención y no tenía ni idea de a dónde llevaba todo aquello.

—Después de ese día no volví a verla y al principio me extrañó, pero en poco tiempo me olvidé de ella por completo. Hasta que la otra noche, cuando estaba fuera del local para que Lucy se fumase un cigarrillo, recibí una llamada suya. Debería haberme dado cuenta de que había algo turbio en ella cuando me dijo que se llamaba Bárbara Cartland, que es el nombre de una autora de libros de romántica. Pero me creí su historia como una estúpida.

—¿Quién era?

—Una periodista —dijo—. Aquella conversación en la cafetería después de la escuela sirvió para confirmar que era la persona que buscaban. Por eso no volví a verla. Durante los meses siguientes me estuvieron filmando contra mi voluntad. En la puerta de la escuela, paseando por la playa. Contigo.

Pierce empezaba a hacerse una composición de lugar.

—Con su llamada pretendía volver a jugar la carta de amiga. Me dijo que tenían material de sobra para hacer un programa, pero que me quería dar la oportunidad de participar y de ese modo asegurarme de que todo lo que se contase fuese cierto. —Miró a Pierce con una sonrisa irónica—. Me estaba chantajeando.

Apartó la taza vacía y se recostó derrotada contra el respaldo.

—Me di cuenta de que mi vida iba a quedar expuesta. Todo lo que me había esforzado por proteger a mi hija de toda esa mierda, no iba a servir de nada. En breve todo el mundo conocería la historia y empezarían a opinar, como ya hicieron entonces. Tendríamos que ver sus caras cuando fuésemos a la tienda, cuando llevásemos a Bonnie al colegio. En el médico, en la calle, paseando por la playa...

Bajó la cabeza y fijó la vista en sus manos.

—Me habíais dejado entrar en vuestra familia y yo a cambio iba a permitir que os destrozasen la vida.

—Y en lugar de permitir que otros nos la destrozasen, optaste por hacerlo tú misma —dijo él con dureza.

—No sabía qué hacer, Pierce.

—Podías haber hablado conmigo. Dejar que yo decidiese.

Sara apartó la mirada y trató de limpiarse la lágrima antes de que él la viese. Pierce hizo un gesto a la camarera pidiéndole la cuenta. Cuando hubo pagado se levantó y cogió a Sara de la mano sacándola de allí.

La llevaba casi corriendo porque Sara no podía seguir su acelerado paso. Eso la ayudó a entrar en calor y cuando se detuvo entre los árboles, lo suficientemente lejos de todas partes para tener asegurada la intimidad, Pierce se

detuvo y se volvió para enfrentarla.

—¡Ahora dime algo que justifique lo que has hecho! —dijo con los ojos echando chispas—. Pero no me vengas con la mierda esa de que querías protegerme. ¡Soy un hombre adulto, no necesito que tú me protejas!

—Pierce... —nunca lo había visto tan enfadado.

—¿Tu escuchaste lo que te dije? ¡Te quiero! ¡Maldita sea! —gritó.

—Me estás asustando —dijo ella.

Pierce se calmó de repente y respiró hondo.

—Eso es todo lo enfadado que me vas a ver nunca —dijo recuperando la calma—. Ese es todo el daño que soy capaz de infringir a alguien a quien quiero. Me partiste por la mitad cuando te marchaste. Aquella carta me abrió el pecho en canal y me arrancó el corazón de cuajo. No podía soportar la idea de no volver a verte. ¿Y sabes qué? Eso me alegró de un modo que no podía comprender. Porque pensaba que había algo malo en mí que no me permitía amar sin reservas, sin contención.

Sara sintió que de nuevo se le llenaban los ojos de lágrimas cuando él la cogió por los hombros y la miró con ternura.

—No me importa una mierda lo que hagan en la tele —dijo Pierce riendo—. No me importa una mierda lo que opine la gente. Lo único que me importa es que te quiero y que no quiero separarme de ti jamás.

Sara dejó que las lágrimas escapasen libres de sus ojos mientras trataba de asimilar la felicidad que sentía.

—¿Tú qué es lo que quieres? —preguntó él.

—A ti —sollozó—. Te quiero a ti.

—Papá, cuídate y ahora a volver a la dieta —dijo Niall abrazando a su padre antes de subir al coche.

Olivia, las niñas y Jason ya se habían despedido y estaban todos en sus puestos listos para regresar a Nueva York.

—Conduce con cuidado, hijo —dijo Cary, que sujetaba a Bonnie de la mano.

—Y vosotros, portaos bien y llamad, que el teléfono sirve para algo —dijo Niall mirando a su hermano mayor.

—Largaos ya, que llevamos aquí diez minutos despidiéndoos —dijo Pierce que tenía a Sara abrazada contra su pecho.

—¡Adiós Bonnie! —gritaron las niñas desde el asiento trasero.

—Adiós, adiós, adiós —dijo la pequeña haciendo gestos con la mano y aguantándose las ganas de llorar.

—No estés triste, Bonnie —dijo Olivia inclinándose desde su asiento—,

pronto vendrás a Nueva York a visitarnos.

Lewis dio un par de golpes en el capó y Niall puso el coche en marcha.

—Buen viaje, monstruas —dijo su tío más joven a las niñas—. Y cuidado bien de ese pequeñajo.

Niall hizo un último gesto con la mano y se perdieron en la carretera.

—Ahí llega mi taxi —dijo Lewis dando un abrazo a su padre—. Cuídate, viejo. La ACM aún no me ha dado ningún premio de los gordos y ese día te quiero allí conmigo.

—¿Acabas de ponerle fecha a mi muerte? —dijo Cary—. Pues me queda poco tiempo, entonces.

Su hijo lo miró con una enorme sonrisa.

—Solo tú crees tanto en mí —dijo guiñándole un ojo—. Cuida de él, ¿vale, Bonnie? No dejes que se coma todas esas galletas de Navidad que preparó Olivia.

—Tranquilo, yo me comeré unas cuantas —dijo la niña riéndose.

Pierce abrazó a su hermano y luego a Sara.

—Bienvenida a la familia —le dijo al oído y al apartarse le guiñó un ojo.

—Me hubiese gustado disfrutar más de tu música —dijo Sara agarrándose al brazo de Pierce—. Pierce tendrá que llevarme a verte en concierto.

—Ya la has oído, hermanito —dijo señalándola con los dedos índice.

—Yo no es por meterle prisa —dijo el taxista asomando la cabeza por la ventanilla—, pero el cuentakilómetros no se para.

Lewis cogió su maleta y la metió en el maletero del vehículo. Abrió la portezuela de atrás y antes de sentarse volvió a mirarlos a todos y les lanzó un beso. El taxi se incorporó a la carretera y desapareció.

—¿Qué me dices, Bonnie? ¿Te apetecen unas galletitas de Olivia? —preguntó Cary caminando hacia la casa con la niña de la mano.

—¿Te apetece un paseo por la playa? —preguntó Pierce.

Sara asintió y agarrándose a su cintura caminaron hacia la arena. Recorrieron un buen trecho sin decir nada. El sol empezaba a subir a lo más alto. Había gente paseando y niños que jugaban con los regalos de Papa Noel, que todavía eran novedad. Llegaron hasta el espigón y siguieron avanzando hasta que se acabó. Quedaron frente al mar, Pierce apretó su abrazo y Sara apoyó la cabeza en su pecho.

—¿Crees que sería muy precipitado que hablásemos de casarnos? —dijo Pierce sin dejar de mirar al horizonte.

—Pierce Fuller, no te atreverás a pedirme matrimonio de esta manera —dijo ella apartándose de él para poder mirarlo. Su expresión mostraba a las claras lo que opinaba de ello.

—Solo estoy valorando mis posibilidades —dijo él sonriendo—, no tengo experiencia y no sé si hay un plazo exacto para eso.

Sara entrecerró los ojos y se acercó de nuevo a él rodeándole la cintura con los brazos.

—Mi experiencia en el tema es bastante nefasta, así que preferiría que no siguieses mis consejos —dijo, sonriendo.

—Yo pensaba lo mismo, por eso le pregunté a Niall y me dijo que no hay una fecha exacta para eso. Aproveché para pedirles que fuesen mis padrinos de boda.

—¿Sin preguntar a la supuesta novia? —dijo ella fingiendo enfado.

—Había pensado atraerla hacia la iglesia con algún truco y cuando viese allí a todos los invitados sería más difícil que saliese corriendo, ¿no crees? —dijo Pierce meciéndose con ella.

—¿Serán muchos invitados? —preguntó ella.

—Los justos. Calculo que unos cien.

—Hum... —Sara frunció el ceño—. Por mi parte seremos tres, básicamente.

—Había pensado pedirle a Charlie que fuese mi padrino también, pero pensé que querrías que fuese él quién te acompañase al altar.

Sara sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas al pensar en el que consideraba su hermano pequeño.

—¿Crees que a Charlie le gustaría vivir en Kennenbunkport? —preguntó Pierce haciendo como si no viese que estaba llorando.

—Pierce... —susurró Sara y se abrazó a él con fuerza apretándose contra su pecho.

Él cogió su cara con las manos y la miró a los ojos. Sara sintió una fuerza que nacía de su corazón y se vio arrasada por una oleada de deseo. Necesitaba a aquel hombre más que el aire que respiraba y jamás dejaría de necesitarlo. Era el centro de su universo y a él pertenecía hasta la porción más recóndita de su piel.

Pierce se inclinó y sus labios se rozaron. Enseguida las manos de él estuvieron en su espalda y la apretaba contra su cuerpo haciéndola estremecer. Había entre ellos algo mucho más fuerte que el deseo, algo más profundo e intenso que no se saciaría con simples caricias. Pierce había encontrado lo que buscaba, un lugar en el que se sentía a salvo. Ella era la persona, lo sabía a ciencia cierta y la quería como jamás había querido a nadie.

—Estaba perdido —dijo contra su boca—, pero ya he encontrado mi camino y me lleva directamente a ti.

Sara le rodeó el cuello con los brazos y lo besó dejando que su boca hablase por ella.

Y colorín colorado...

Lewis se colgó su mochila a la espalda y salió de la terminal. Tenía ganas de llegar a su casa y darse una larga y relajante ducha. Por la tarde había quedado con el grupo en el estudio para grabar algunas pistas. Ya debían haber vuelto de sus Navidades. Se sorprendió al ver a Katia, su agente, esperándolo junto a la parada de taxis.

—¿Qué haces aquí?

—Quería darte la noticia en persona —dijo muy seria.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupado.

—John ha fichado por Highway... en solitario.

Lewis la miró incrédulo. John era su mejor amigo además de ser el cantante del grupo, nunca los abandonaría sin hablar con ellos antes. Debía ser un error.

—No es un error —dijo Katia sabiendo lo que estaba pensando.

—No me lo creo —dijo él.

—Los chicos ya lo saben, te esperan en el estudio para hablar del incierto futuro de *Little Town*.

Lewis se apartó el pelo de la cara soltando la mochila en el suelo. John no había dicho que estuviese pensando abandonarlos. Llevaban diez años juntos y les iba muy bien juntos. Miró a Katia frunciendo el ceño.

—¿Y qué dice la discográfica?

Su agente lo miró y la auténtica preocupación se hizo evidente en su rostro.

—No están nada contentos con el tema —dijo.

—¿Quieren rescindir el contrato? —preguntó.

—Pueden hacerlo —dijo Katia—, firmasteis una cláusula...

Lewis comprendió que aquel era el verdadero motivo de la expresión de su agente. Su carrera, todo lo que había conseguido durante aquellos años pendía de un hilo.

—¿Se acabó, Katia? —preguntó poniéndose de pie.

—No lo sé, Lewis —dijo sin disimulo—, pero todo apunta a que sí.

Le indicó dónde había dejado el coche y Lewis tiró de su mochila y se la colocó sobre uno de sus hombros. Le vino a la mente la conversación que había mantenido con sus hermanos en la cocina de la casa de su padre. Las vidas de Niall y Pierce habían dado un giro inesperado en muy poco tiempo y esos cambios habían acabado siendo buenos para ellos. ¿Por qué a él no podía pasarle lo mismo? En verdad, ¿no estaba cansado ya de la vida que había llevado durante los últimos años? Curiosamente, toda la ansiedad desapareció.

Sonrió y miró a su alrededor antes de subir al coche.

—¡Lewis! —gritó Katia, impaciente, desde dentro del vehículo.

El músico abrió la puerta y tiró su mochila en el asiento de atrás. Después ocupó su lugar junto a su agente.

—¿Por qué sonríes? —preguntó molesta.

—Por nada —dijo y giró la cabeza para mirar por la ventanilla cuando el coche se puso en marcha.

---

¡Hola!

No sabes lo contenta que estoy de que estés de nuevo aquí conmigo. La historia de los hermanos Fuller todavía no ha llegado a su fin. Son tres tipos estupendos, ¿no crees? A Lewis le espera una buena aventura, te lo anticipo, y espero contar con tu apoyo.

Nos leemos en la próxima entrega de esta serie romántica. Yo solo te pido un pequeño detalle que te agradeceré toda la vida: ¿Podrías dejar tu opinión en Amazon? De ese modo otras lectoras podrán conocer mis historias y eso me ayudará a seguir escribiendo.

Abrazos, besos y mucho amor.

Kate Dawson